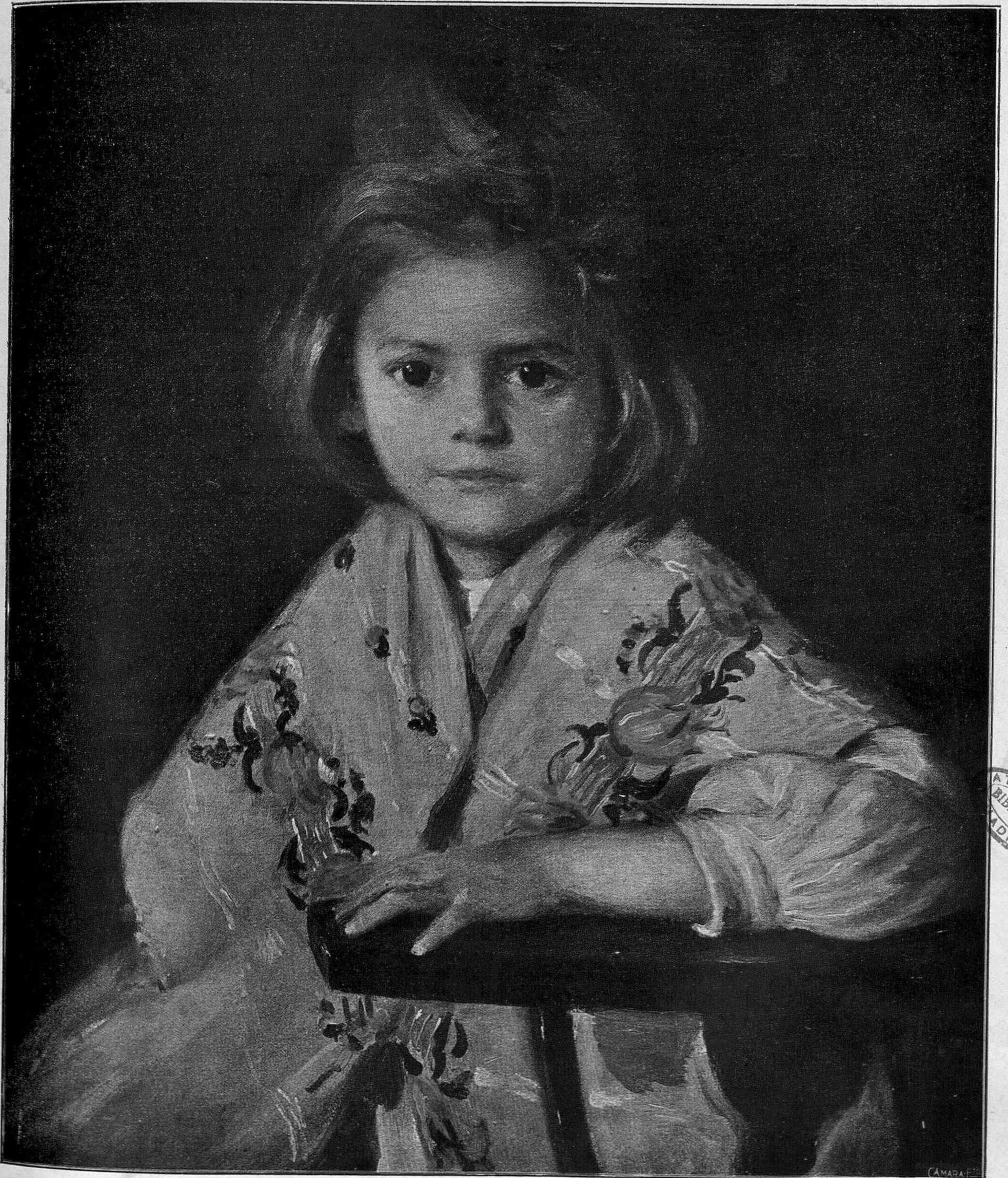


La Esfera

Año VII • Núm. 340

Precio: Una peseta



ATEN
BIBLIOTECA
MADRID

MARICHU, cuadro original de Eduardo Urquiola, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal REUM BELLEZA Fuera canas

A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues devuelve al cabello, *sin tenerlo*, la substancia que le da vida y color, haya sido *rubio, negro ó castaño*. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha. Se usa lo mismo que el rón quina.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.



CREMAS marca BELLEZA (liquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Delicioso perfume.

TINTURA WINTER Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; *cabello, barba ó bigote*, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace renacer el cabello á los *calvos*, por *rebelde que sea la calvicie*. Cabeza sana y limpia e *caspa*.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, **A. García y C.**, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de **Sarrá**.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Vea usted
Compre usted
Lea usted

El Año Artístico 1919

Es la historia de las Bellas Artes en España,
escrita por el ilustre crítico

JOSÉ FRANCÉS

Un tomo de 420 páginas de gran tamaño, con 350 magníficas ilustraciones y cubierta á todo color, original del admirable dibujante

**MANUEL BUJADOS
TRECE PESETAS**

**EL MEJOR POSTRE
Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL**

LEA USTED
LOS VIERNES

**NUEVO
MUNDO**

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
40 cénts. en toda España

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

¿Quiere usted
aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24
Nadie se los enseñará
mejor



NO HACE SALIR EL PELO

pero lo conserva y evita
que se caiga, el

**ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO**

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid

GUÍA DIRECTORIO DE MADRID Y SU PROVINCIA

La Sociedad «Anuarios Bailly-Bailliére y Riera, reunidos», de Barcelona, acaba de remitirnos la *Guía directorio de Madrid y su provincia*, correspondiente al año actual, explicándonos el retraso en publicarse por las repetidas huelgas y perturbaciones sociales que ha sufrido aquella ciudad.

Aconsejamos la adquisición de esta *Guía*, no sólo á los comerciantes é industriales, sino á cuantos ejercen una profesión: abogados, médicos, dentistas, agentes de negocios, etc., pudiendo asegurarse, en realidad, que la *Guía directorio de Madrid y su provincia* no debería faltar en ninguna casa.

Admirablemente presentada, ofrece este año, como novedad, un magnífico plano del Metropolitano Alfonso XIII, con sus líneas en explotación, construcción y proyecto.

Su precio es 12 pesetas, y se vende en todas las librerías y en la de la Casa editorial Bailly-Bailliére, plaza de Santa Ana, 11, Apartado 56, Madrid.

Agente de "Prensa Gráfica" en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", dirigirse á la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo Gráfico". Únicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes **Sres. Ortigosa y C.**, únicas personas autorizadas.

Delegación de "Prensa Gráfica" en Portugal, **don Alejo Carrera**. Rua Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones dirijanse á las delegaciones de "Prensa Gráfica" y "El Sol" en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Cabrera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canalejas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.

PEELE



Quien dijo "Peele" dijo belleza

Maruja Poppeguí

La mujer que usa los famosos productos "PEELE" consigue BELLEZA JUVENIL, y la conserva hasta la más avanzada edad. Los productos "PEELE", por su pureza y maravillosos resultados, tienen fama mundial y son recomendados por eminentes autoridades médicas.

De venta en todas las Perfumerías,
principales Farmacias y en la



CASA PEELE, Soc. col.^a
MADRID
Carrera de San Jerónimo, 40

IMPORTADORES EXCLUSIVOS

para la ISLA DE CUBA: «LA TIJERA», MENÉNDEZ, RODRÍGUEZ Y C.^a, Ricla, 115-117, LA HABANA;
para CHILE, BOLIVIA y EL PERÚ: JUAN MESQUIDA MERCE, Casilla 2.257, SANTIAGO DE CHILE;
para las ISLAS FILIPINAS: MARTINI DRUG. C^o. INC., Plaza Mayor, 29, MANILA; **para EL BRASIL:**
CASA ROMERO, Rúa San José, 23, RÍO JANEIRO; **para MÉXICO:** CARLOS S. PRATS, Avenida Hombres Ilus-
tres, 5, MÉXICO; **para COLOMBIA:** FEDERICO SOLER, en BARRANQUILLA; **para LA ARGENTINA**
Y EL URUGUAY: ALVAREZ MULEY Y C.^a, Victoria, 1.041, BUENOS AIRES.

LA MODA FEMENINA



Para que la falda de raso blanco no desentone con el cuerpo de seda negro, conviene velarla con tul, adornado con piel de mono



El corpiño de seda brochada amarilla imprime un sello goyesco á la falda vaporosa de tul y transparente encaje blanco

FOTS. HUGELMANN

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO - AMERICANA ESPASA

Hijos de J. Espasa, editores = **BARCELONA** = Calle de Cortes, 579 y 581

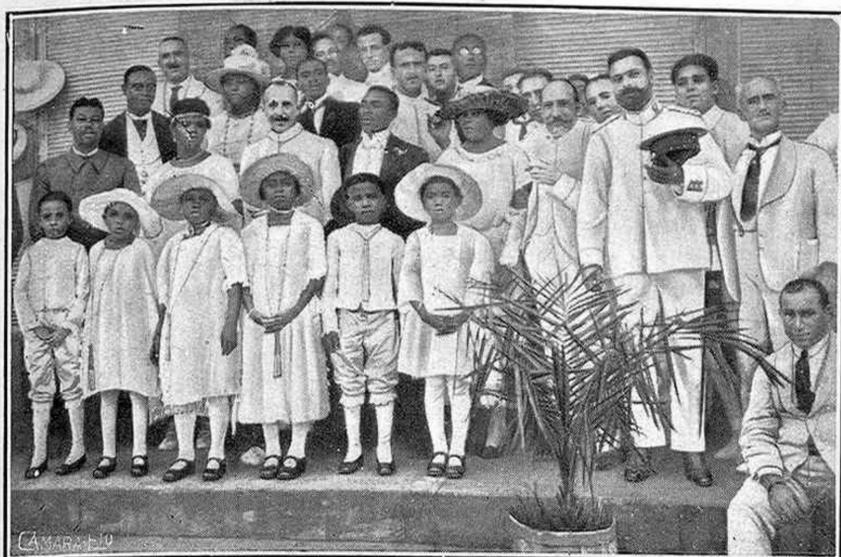
Es la obra mejor ilustrada del mundo. — Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones á que ha sido presentada. — Se adquiere á precios módicos y con toda clase de facilidades. — Se suscribe en las principales librerías y centros de España y América



La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género, así españolas como extranjeras

Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable
antes de adquirir un diccionario enciclopédico

ARISTOCRACIA NEGRA



Boda aristocrática entre indígenas

Bajo este cielo luminoso de Guinea se extiende progresiva, aunque lentamente, una civilización que los españoles traemos. Conquistamos nuestras enseñanzas los pueblecitos costeros y se va abriendo paso por el bosque. Le salen al encuentro para detenerla, y aun para hacerla retroceder, dificultades y obstáculos del salvajismo, hostil á todo adelanto, de las tribus autóctonas pobladoras de este suelo, que á la caricia, ruda como un zarzapazo, de los rayos quemantes del sol que la fecundan, se abre en gemas que cuajan en una vegetación exuberante y feraz.

La civilización que traemos marcha, á pesar de todo, impulsada por la perseverancia en el noble empeño del gobernador y autoridades subalternas, de los padres de las Misiones, de los funcionarios, finqueros y colonos.

Copian los indígenas antes que nada nuestros usos externos. De vestir en Adán á ponerse el traje

A la ceremonia de la boda ha concurrido la colonia de europeos, y el gobernador la ha honrado con su asistencia.

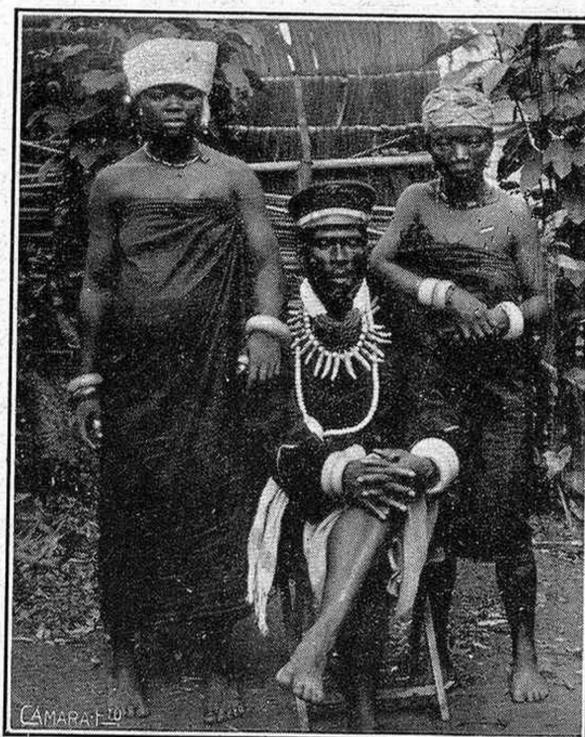
Después de la comida, satisfechos del banquete pantagruélico, excitados por el *champagne*, se han cantado loores á la madre Patria por los indígenas, que saben que la deben todo lo que son. Les traemos enseñanza, les traemos comodidades y adelantos, exigiéndoles su elaboración en la obra del progreso y un poco de cariño y otro poco de agradecimiento.

La mujer de Guinea ha avanzado en su estado social. De ser la bestia de carga, maltratada por el amo, se ha elevado al rango de compañera del hombre.

Los niños que se criaban en el abandono van adquiriendo hábitos sociales, aprenden oficios, estudian, y si intensificáramos como se merece nuestra labor civilizadora, veríamos brotar una sociedad educada é incorporaríamos á la civilización un pue-

blo que de la vida de molición y de ocio del salvajismo vendría á elaborar en la obra humana. El problema de la despensa está resuelto en estas latitudes por el pródigo favor de la Naturaleza. El de la escuela es el que requiere cuidados y atenciones del Estado. Con lo poco que en este aspecto hemos hecho han ido los negros conociendo sentimientos de dignidad y honor, y se ha formado una aristocracia negra con usos, costumbres, ideas y modo de ser, que, aunque está naciendo ahora, se ve que llegará á parecerse al modelo.

J. BRAVO CARBONEL



Un indígena semicivilizado, con dos de sus mujeres

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É
INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 Madrid

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐
"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
» »	Seis meses.....	22 »
» »	Tres »	12 »
EXTRANJERO	Un año	60 »
»	Seis meses.....	35 »
PORTUGAL	Un año	45 »
»	Seis meses.....	25 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO	Un año	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO	Un año	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL	Un año	22 »
»	Seis meses.....	12 »



Sabón Calber

y **Crema Calber (sólida)**. Son dos productos embellecedores del cutis y lo refrescan como un copo de nieve.

Las Aguas de Colonia Calber **Oriente Florido, Las Meninas, Maravillas de España**. Son preparaciones ideales para el baño y tocador, compitiendo ventajosamente con todas las extranjeras.

Dentífricos Calber. Dan la misma sensación de bienestar en la boca que la que se experimenta en el cuerpo después del baño.

Perfumería Higiénica Calber

SAN SEBASTIAN

La Esfera

Año VII.—Núm. 340

10 de Julio de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LA TOBILLERA

Cuadro de V. Borrás Abella, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

DE LA VIDA QUE PASA
LA CONDENA Á RETRASO PERPETUO

De un reloj atrasado no se puede decir que no marcha. Marcha mal; es decir, lleva al tiempo un compás arbitrario, y la única dificultad consiste en aceptarlo, una vez conocido, y en establecer la relación con los demás relojes. Si fuera él solo ese reloj atrasado arbitrariamente, tendría tanta razón como tienen hoy todos los demás relojes juntos contra él. Nosotros vivimos en nuestra España, que atrasa un poco. Como la conocemos bien, sabemos perfectamente á qué atenemos, y haríamos mal en tomar por lo trágico este pequeño defecto de construcción.

Cuando el mundo entero se hallaba en plena guerra; era dolor por todas partes: miseria, carestía, hambre, nosotros estábamos tranquilamente en nuestras casas gozando de una paz que para ser más dulce tenía todos los contrastes del ajeno dolor y una punta de inquietud que siempre viene bien á la felicidad para que no sea demasiado sosa. No olvidaré jamás el efecto que en el ánimo, enardecido al contacto de la desdicha heroica, producía el volver á pasar la frontera de España. El pan blanco, el pan candéal, era el símbolo de nuestra pobre paz y de nuestra *áurea mediocritas*. El símbolo sabía muy bien y estaba tierno, esponjoso, blanco, como no lo había estado nunca ni podía estarlo el pan de guerra.

Luego el *áurea mediocritas* se convirtió casi en opulencia. Entraba el oro á raudales en las cajas del Banco, y cuando veíamos pasar Prado arriba algún furgón escoltado por la fuerza pública, estábamos seguros de que no pertenecía á ninguna ambulancia y de que no llevaba heridos, sino buenas talegas. Lo más difícil, lo imposible casi, lo que nuestra generación no hubiera podido esperar nunca, ni aun en sueños, era ver satisfechos los labradores. Pues este imposible casi se ha realizado, y de un extremo á otro de nuestra Patria ha pasado un gran suspiro de satisfacción, como si fuera ya tiempo de que también á nosotros nos tocara sonreír.

Esa alegría quizás haya tomado en ciertas ocasiones formas demasiado vivas y acaso demasiado egoístas; pero, ¡era tan natural! Las tierras, secularmente secas, sorben con avidez el agua de las buenas lluvias, y no hay que pedirles moderación ni compostura.

Ya entonces debimos acoger esta felicidad providencial, como hombres experimentados, con conocimiento de causa, y gozar de ella dándole todo su valor. Era la ventaja de llevar el reloj atrasado. Cuando los otros soportaban una larga velada de ayuno nos llegaba á nosotros la hora de comer.

¿Podemos sorprendernos de que ahora empiece á ocurrir precisamente lo contrario? Bajó el

dinero extranjero al fondo del pozo, mientras el nuestro iba por las nubes; empezó á aumentar el valor de las cosas, y como se vive de cosas y no de dinero, ha empezado también la carestía que en todas partes llevaba ya cuatro ó cinco años de fecha. El reloj que atrasa nos trae ahora esa molesta compensación. Los que crean que vamos á ponernos en hora, se equivocan. Fuera, marca ya otra muy distinta. Van saliendo de los conflictos agudos originados por el influjo en la moral de los trabajadores; van renovándose los sistemas de producción, y si el hombre quiere rendir menos esfuerzo con sus brazos, la inteligencia, en cambio, va aprendiendo á lograr que ese esfuerzo menor sea más eficaz. Empiezan á ordenar la vida con arreglo á lo que cada cual tiene y, para defenderse, van gobernando en forma que tiende á reducir el mal, á facilitar la vida y abaratarla. A España llegan noticias de que todo esto empieza á ocurrir, y seguramente es que ha ocurrido ya. Pero en vano tendríamos la pretensión de aprovechar ese cuadrante. No nos corresponde á nosotros todavía.

Como la memoria es caprichosa, recuerdo ahora una obrita de Vital Aza que vi hace muchos años en el teatro Lara—Vital Aza y la *bombonera* de D. Cándido nos retrotraen á los tiempos de la Regencia, al limbo del año 90, quizás del ochenta y tantos—. Había en esa obrita un sorbo que se enteraba tarde de todas las cosas, buenas ó malas. Leía su periódico placidamente cuando los demás se creían envenenados, y se creía envenenado cuando á los demás se les había pasado ya el susto. Pues este tipo cómico de *La rebotica* tenía sus motivos personales para estar triste ó alegre; él era tan lógico como los otros. No había más sino que retrasaba un poco. Del mismo modo nosotros podemos sostenernos en la hora que nuestra suerte nos ha deparado. Ciertamente tiene sus inconvenientes, como antes ha tenido sus ventajas, y es posible que haciendo un gran esfuerzo tratemos de correr las manillas, ahora que nos conviene, y colocarnos bonitamente en el minuto que mejor nos parezca. Esto sería un verdadero acto de fuerza—la fuerza de la astucia—, y si lo realizáramos, daríamos

pruebas de ser en lo interior tan hábiles políticos como en lo exterior han sabido serlo, por tradición, los italianos. Sería burlar las leyes convencionales—lo que no está mal—y convertirnos en un modelo de filosofía práctica, que es, en realidad, á lo que aspiran todos los pueblos.

Pero temo que no baste con mover las manillas, y que ni siquiera sea bastante arreglar el reloj. Es la fatalidad, es nuestro destino el que nos obliga al retraso. Y como somos discípulos de Séneca, el estoico, puesto que el tiempo tiene para nosotros este curso, acaso haríamos bien en aceptarlo tal como es, y considerar que no somos nosotros los retrasados, sino que los demás relojes adelantán. De momento, esto nos forzaría á soportar durante tres ó cuatro años una serie de calamidades que nos harán enflaquecer; no es difícil prever que ahora las pagaremos todas juntas, y que van á vengarse de nuestro pan candéal los comedores de pan de guerra. Un poco de paciencia nos permitirá esperar la vuelta de la rueda de la Fortuna y dentro de esos cinco años, cuando los conflictos sociales nos hayan consumido y empobrecido; cuando la peseta esté otra vez en baja; cuando la carestía haya borrado hasta el recuerdo de las siete vacas gordas, es posible que nos llegue nuestro desquite. Consolémonos con la idea de que vivimos en un país de vigorosa personalidad, que no solamente tiene un carácter y un color peculiares, sino que hasta el Tiempo sabe apartarlo y distinguirlo de los otros.

Luis Bello

EL NUEVO PRESIDENTE DE GUATEMALA



EXCMO. SR. D. CARLOS HERRERA
Nuevo Presidente de la República de Guatemala

Esta ilustre personalidad, que acaba de ascender á la Presidencia de la República de Guatemala, es un estadista cultísimo. Versado en Finanzas, en Economía, en Derecho, ha realizado largos y dilatados viajes de estudio por Inglaterra, por Francia, por Alemania, por España, cursando esta fascinadora asignatura que se llama «Europa». Hombre nuevo, educado en las ideas modernas, de capacidad cultural europea, se ha formado en las doctrinas del más puro liberalismo.

Su espíritu, abierto á todas las corrientes del pensamiento moderno, es prenda segura de que sabrá implantar en la República hermana un

nuevo régimen, ampliamente liberal y democrático, hoy que en ese país alienta un resurgir de dormidas energías.

Bajo el gobierno de este hombre preclaro, se prepara en Guatemala una era de esplendor republicano, pacífico, noble, grande, reparador.

Las relaciones de toda índole entre Guatemala y la madre España tienen que ser cada vez más intensas bajo el gobierno del Sr. Herrera.

Este ilustre hombre público hispanoamericano ha demostrado en sus escritos y en sus discursos políticos que ama, cual ninguno, á esta noble España, que un día nos diera, con su divino idioma, su sangre y sus ideales generosos.



El teatro de Monte-Carlo



El Casino y sus jardines

:-: APUNTES :-:
DE UN CURIOSO

MONTE-CARLO

Lujo, arte, confort, organización y réclame: estas seis palabras resumen el pasado, el presente y el porvenir de Monte-Carlo.

Hace cincuenta años, el actual emplazamiento de la ciudad era un árido desierto que los vecinos de Mónaco y de la Turbie conocían con el nombre de *Les Spélugnes*. Pero surgió un hombre de iniciativa, un hombre dotado de cualidades verdaderamente sobresalientes; en una palabra: un hombre de genio, y en el paraje desierto y árido, en el que sólo crecían algunos raros olivos de retorcidos troncos, se cubrió de bellos jardines y un dorado palacio se levantó en él.

Ya supondréis, lector, que he mentado el Casino y su fundador, M. François Blanc, que ya no existe, pero que ha dejado un continuador de su obra: su hijo M. Camille Blanc, presidente de «l'International Sporting Club» y del «Cercle des Etrangers».

Sólo una actividad avasalladora y un espíritu de cohesión maravillosa, dominando la organización de la empresa, pudieron lograr en tan corto tiempo el prodigioso resultado de riqueza y suntuosidad que supone Monte-Carlo.

Evidentemente, la mayor parte del milagro se debe á

una constante publicidad, y, sobre todo, practicada sin mezquinas cortapisas. Hace veinte años, cuando, despertándose por primera vez en mi alma de infante el ansia de los horizontes dilatados, busqué un anticipo de

satisfacción á través de los libros que hablan de maravillas, posóse en mi mente la simiente de una curiosidad que con el tiempo debía crecer hasta apasionarme todo entero en sus ramas tentaculares de enredadera; esta curiosidad era la curiosidad de conocer Monte-Carlo, la ciudad de elección, la ciudad del lujo, la ciudad fatal, la ciudad del azar, en la que se agolpan, refluídas por mil corrientes convergentes, las más desordenadas ambiciones humanas; en la que se dan cita todos los grandes de la tierra y los más audaces y trágicos aventureros.

Este poder de atracción fascinadora que ejerce Monte-Carlo sobre los espíritus constituye su fuerza esencial. Su solo nombre hace trepidar los nervios y estimula viejas ilusiones latentes que tuvieron su hora de exaltación febril.

Así, la primera vez que llegué á sus puertas, no pude menos que decirme á mí mismo. —¡Por fin!...

Carlos BAREIRO PEREYRA
Monte-Carlo, Marzo, 1920.



Vista panorámica de Monte-Carlo, tomada desde un aeroplano



Un aspecto del Hipódromo de Niza



El café de Paris, por la mañana

FOTS. E. RIETTI

ATENCIÓN
BIBLIOTECA
MADRID

NOTAS DEL ALGARVE

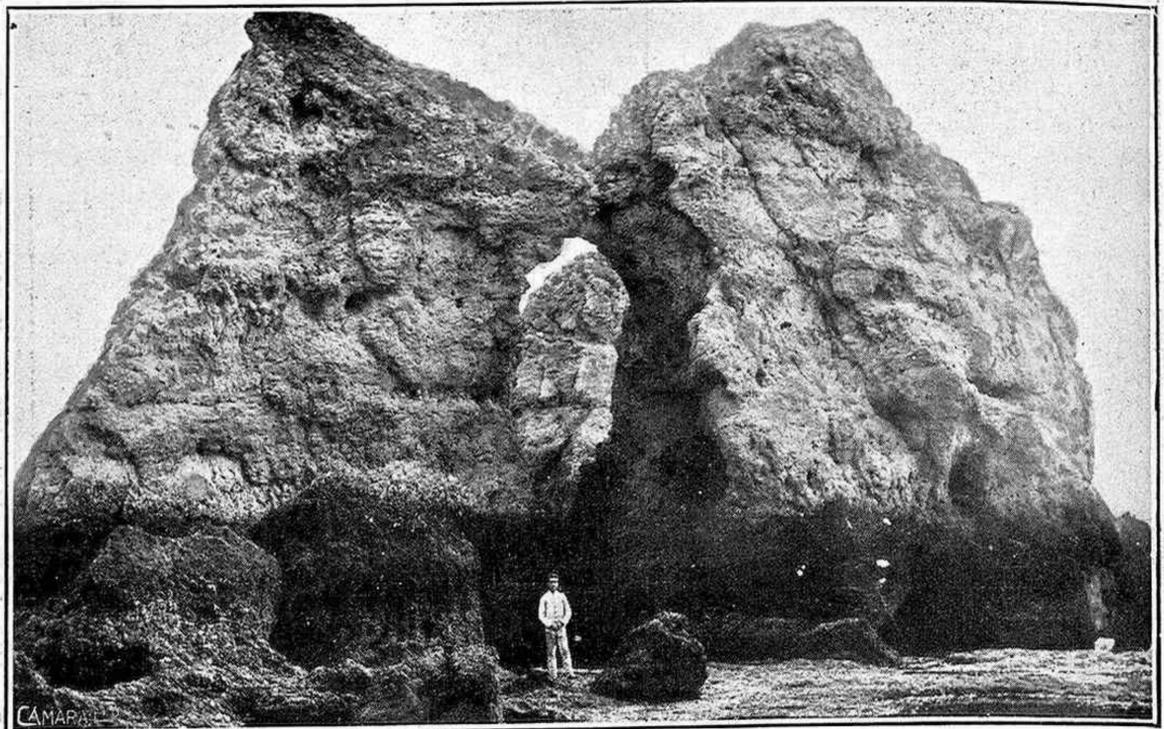
LA PRAIA DA ROCHA

TODA esta franja de tierra de la Península ibérica, al lado del Atlántico, que forma Portugal, es rica en lindas playas, tanto en lo que da al mar como en la ribera del Tajo, en esa linda *Costa de Zafir* que recuerda, por su vegetación, su clima y su encanto, la ribera napolitana en el mar Tirreno.

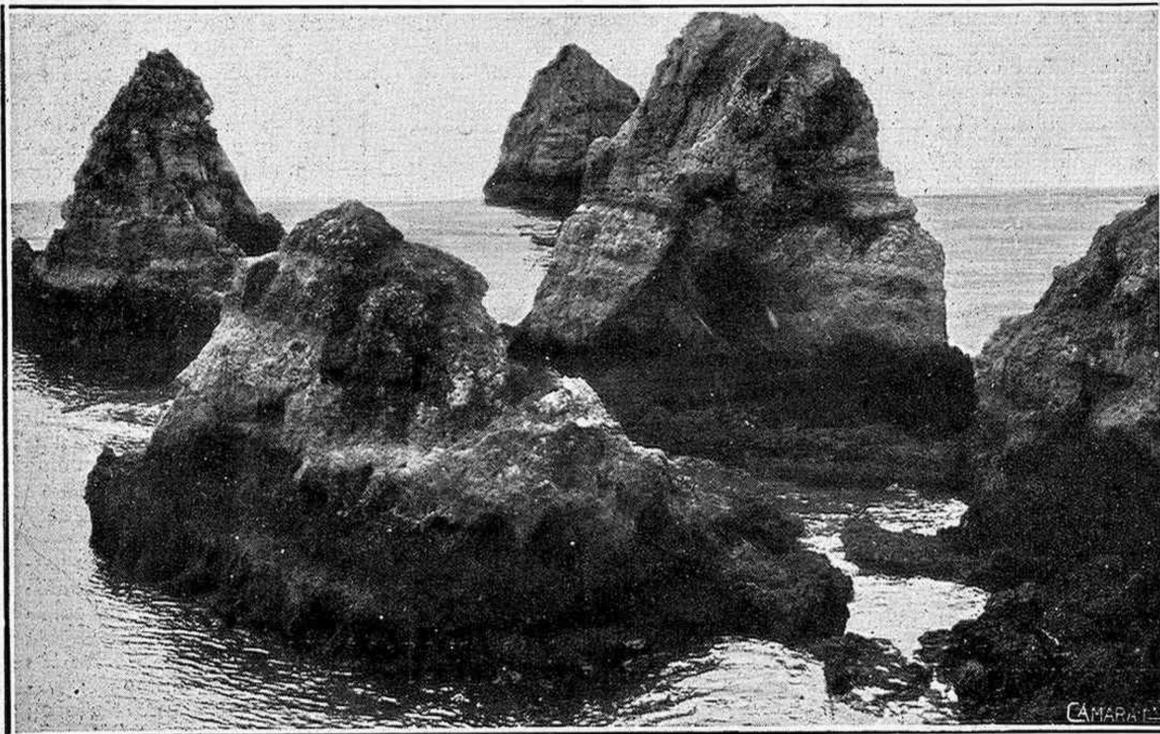
Suelen ser apacibles y bellas estas playas del Atlántico, de grandes mareas y encantadores ponientes; pero ninguna tiene la belleza salvaje, grandiosa, primitiva de la *playa de la Roca*, en el Algarve, cerca de Portimao.

Es esta región del Algarve poco conocida para nosotros, aunque se sostiene con ella un activo comercio. Suele ser desconocida hasta para las otras regiones portuguesas. Es algo aparte este límite de Europa, que se considera ya africano, hasta el punto de que los Reyes tenían el título de Soberanos de *Portugal y del Algarve, del Africa de aquende y de allende el mar*. Tanto se consideraba Africa, que al Algarve iban presos y deportados á cumplir sus condenas.

Sorprende en el Algarve el clima africano, que hace florecer los almendros antes de que brote la hoja, á mediados del mes de Enero, cubriendo así los campos de una floración de nieve.



La playa de la Rocha, en el sitio denominado "Los Osos"



Uno de los muchos sitios pintorescos de la playa de la Rocha

te, bravío y caprichoso. Grandes rocas pintorescas se alzan en grupos, como gigantesca escudra anclada en aquel mar. Sus altos picos están ornados por las bandadas de gaviotas, que les tejen una corona de vuelos bajos con el batir de sus alas, torpes y desmañadas, que agitan como jirones de trapo que fueran á dejar caer, con un movimiento de *abanico de tonta*.

Hay rocas horadadas, por cuyos túneles naturales pasa el sol y el azul del aire, llenándolas de claridad, y parecen bóvedas gigantescas de una catedral derrumbada por los terremotos, que hubiesen quedado de pie.

Hay rocas inmensas en las que la imaginación finge figuras con esa tendencia natural que existe á personificar las montañas; de ese modo que hace ver en el Mont-Blanc, desde Ginebra, la estatua yacente de Napoleón sobre su cima al ponerse el sol, y que en el Círculo Polar Artico se ve un caballero á caballo envolviendo una doncella en su amplio manto. Aquí las rocas de los Osos pertenecen á esa clase. Es una familia de osos, con su gesto grotesco y cómico, lo que fingen esos peñascos, en cuyas cavidades y escorias los ha moldeado la Naturaleza.

Dulce y suave, envuelve un cielo de luz y de llamas ese magnífico paisaje, bañado mansamente por las olas, que van y vienen, con su ritmo incesante, del Africa de acá al Africa de allá.

CARMEN DE BURGOS
Colombine

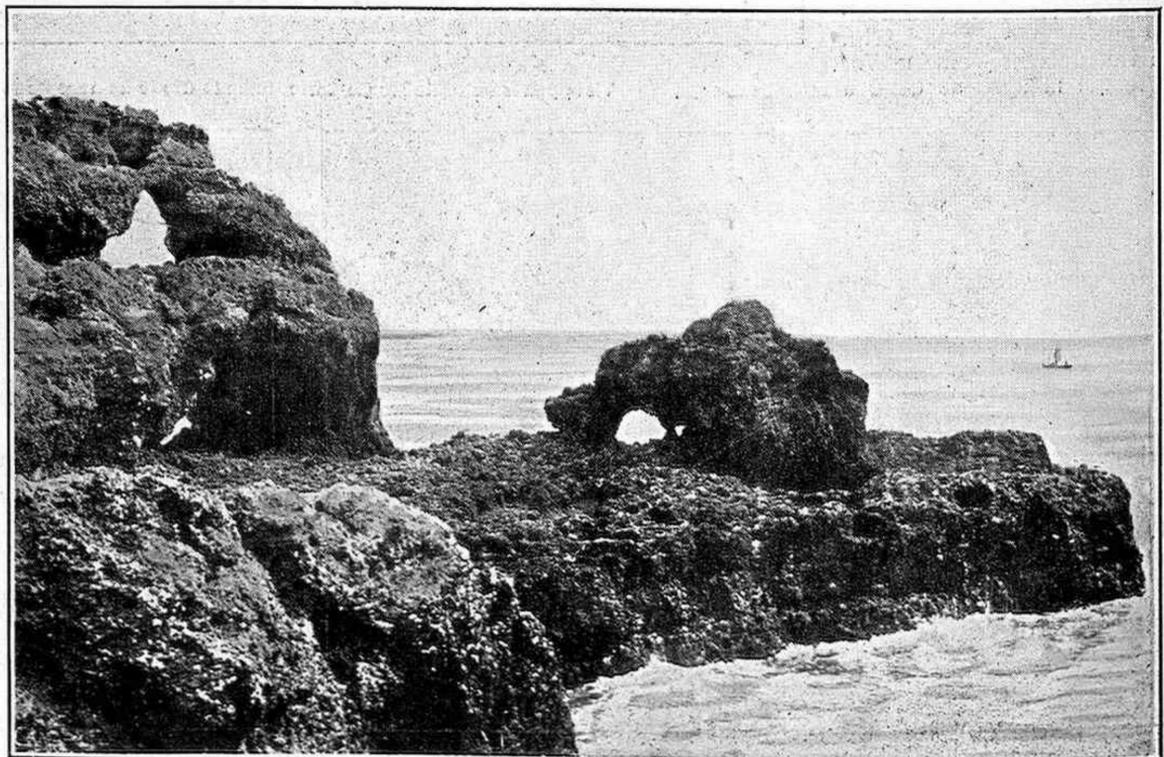
Son sus poblaciones de casitas bajas, blancas y acogedoras. Tienen algo de africano en su construcción con minaretes; sus callejuelas estrechas, con tiendecitas de alma oriental, que parecen tiendecitas moras; con tipos africanos, hombres cetrinos y mujeres de grandes ojazos negros que, para parecer más árabes, se envuelven el rostro en los mantones, puestos de un modo especial, que ha tenido que prohibirse, pero que aún se encuentran en la calle como hijas de Mahoma.

A la savi, recia y fuerte de este país de sol, donde no se conoce el frío, responde la arquitectura grandiosa de la playa de la Roca.

Hay un alma en las piedras que se aprende á descifrar en los países montañosos. Las montañas noruegas han impreso su sello en sus habitantes. De ellas nació esa raza de Vikingos que fueron conquistadores de Europa y troncos de Reyes en Rusia é Inglaterra. De sus montañas salió su religión de gigantes y dioses. Allí nació la concepción del Walhalla y la poesía de los mitos, que escuchó y reprodujo Wágner.

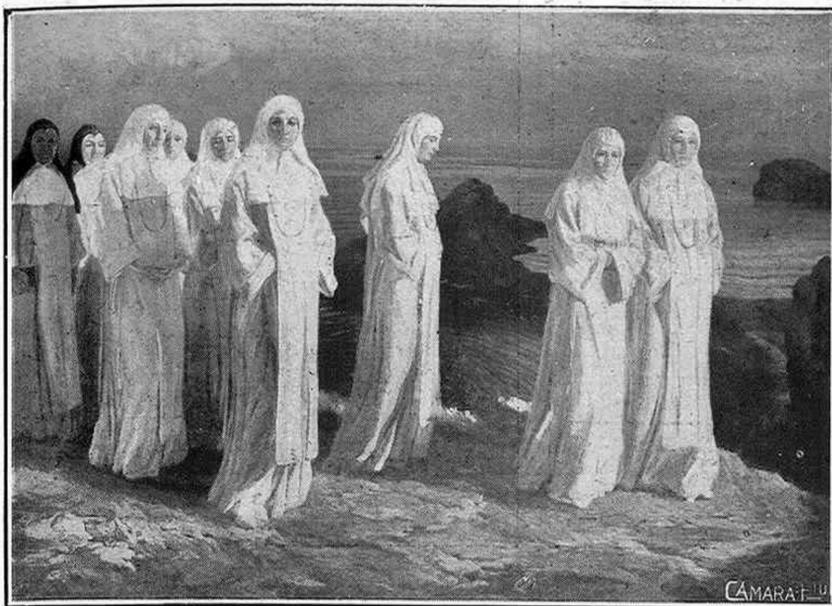
En esta playa hablan también al alma los mitos legendarios, y se escucha el golpear del martillo de Tor, forjando y deshaciendo mundos.

Es un terreno volcánico, ardiente, de cuyo suelo se espera ver brotar llamas, como en la Solfatara; el cataclismo que separó el Africa de acá del Africa de allá quebró como vidrio las montañas, y aquí están, cortadas á pico, resquebrajadas y grandiosas, con su aspecto imponente.



Punta llamada de Juan de Aren, en la playa de la Rocha

LA EXPOSICIÓN NACIONAL
EL CUADRO DE COSTUMBRES



"La senda", cuadro de Alvaro Alcalá Galiano, premiado con primera medalla



"¡Ya viene el vencedor!", cuadro de costumbres del Alto Aragón, de Julio García Condoy

Qué dolor es este *Dolor* de la manera esquemática y las figuras inexpresivas, imaginado por Eduardo Chicharro una mañana lejana en una casa humilde de Avila, durante su período realista?

No acertamos á comprenderlo con la nitidez suficiente para llegar á la emotiva identificación con la obra. Pero ello mismo nos acucia á desentrañarle y á buscarle su lógica incorporación en el arte esencialmente armónico é intelectual de Chicharro, donde un gran temperamento de pintor, disciplinado por la cultura, tuvo siempre dos caracteres definidos: la decoración y la ideología. Aquella, amplia, vasta, eurítmica y de una riqueza cromática bien acordada; ésta, refinada, depurada, quintaesenciada hasta los más sutiles matices de la sensibilidad.

Chicharro es, acaso, el más consciente de los pintores de esa generación intermedia que inician las primeras Exposiciones Nacionales del siglo xx. Sabe su arte y sabe por qué lo realiza.

Es lo que se llamó hace tiempo en Alemania un *gedankerkunstler*, un pintor literario, un pintor de ideas. Pero también un exaltizante decorador. Sus cuadros *Reinaldo y Armida* y *Las tres esposas*, lo dicen con una elocuencia noble, con lo que pudiéramos denominar oratoria de los colores y de los ritmos.

Pero esta elocuencia es objetiva; brota de la composición y de la técnica. Podría ser un producto casual, un resultado ajeno á los propósitos del autor si no existiera en la trayectoria pictural de Chicharro *La Inspiración* y *La Pintura*, dos grandes decoraciones murales de un didáctico subjetivismo.

En ellas el admirable artista llega á un simbolismo conceptuoso para los espíritus frívolos y demasiado externos, claro y profundo para quie-

nes ansían ver en el arte placer sensorial además del visual.

La Inspiración distribuye en torno á la figura extática del artista las otras figuras representativas de los temas tradicionalmente pictóricos, desde el hieratismo egipcio á la dama blanca del siglo xx, desde la centauresa pagana al místico pobrecito de Asís, y en medio las damas de Piero de la Francesca, las cortesanas de Hoku-Sai, y al fondo aquellas lejanías diáfanas y precisadas de Patinín.

Pero más que *La Inspiración*, acusa el boceto de *La Pintura*—no sé si pasó del boceto á la resolución definitiva—la personalidad estética de Chicharro y su capacidad intelectual.

En la parte superior del *panneau* tres figuras femeninas simbolizan *la forma, el color y la composición*. La primera separa el manto que medio la cubre y deja ver el cuerpo desnudo y perfecto; la segunda está vestida de una túnica blanca—la luz—y sostiene su cabeza el arco iris; la

tercera *compone* su misma silueta como una danzarina simpática y á ella se enroscan las serpientes del arabesco.

En la parte inferior una figura enlutada sostiene en sus brazos el cadáver de un niño; un ángel despliega sus alas, unos enamorados se abrazan, pasa un enano grotesco, y el artista contempla pensativo estos símbolos de eternos motivos inspiradores: la muerte, el amor, el ensueño, la realidad.

Esto último es lo que Eduardo Chicharro afronta al recluirse en Avila. Son dos, tres años de su período esencialmente realista. Sin abandonar su orientación decorativa, expresa á Castilla con un acento menos desolador y seco que Zuloaga.

La Castilla de Chicharro es recia, esencialmente policroma, preñada de promesas para el porvenir de nuestra raza: *La fiesta del pueblo*, *La comida*, *La moza de la sandía*, *Los ojos claros*, *El enano de Burgohonda*, son los lienzos briosos de esta época realista.

Después Eduardo Chicharro torna á Italia. Con la madurez le rebrota sus primitivas ansias de ideal, su prodigalidad imaginativa, y producto de esa reintegración á sí mismo será *Los milagros de Huda*, esa obra monumental donde trabaja hace varios años.

Dolor pertenece al modo realista. Podríamos reconstruir—tal vez arbitrariamente—su gestación.

Chicharro ve primero el problema lumínico de las siluetas á contraluz de la ventana con su cortina amarilla y de las figuras negras tratadas simplemente. Le seducen aislados motivos realistas: el vaso de cristal, la jaula del pájaro, el jarro, la cruz, el altarcito candoroso de la derecha del cuadro, etc. Después añadió al problema cromático una vaga idea sen-



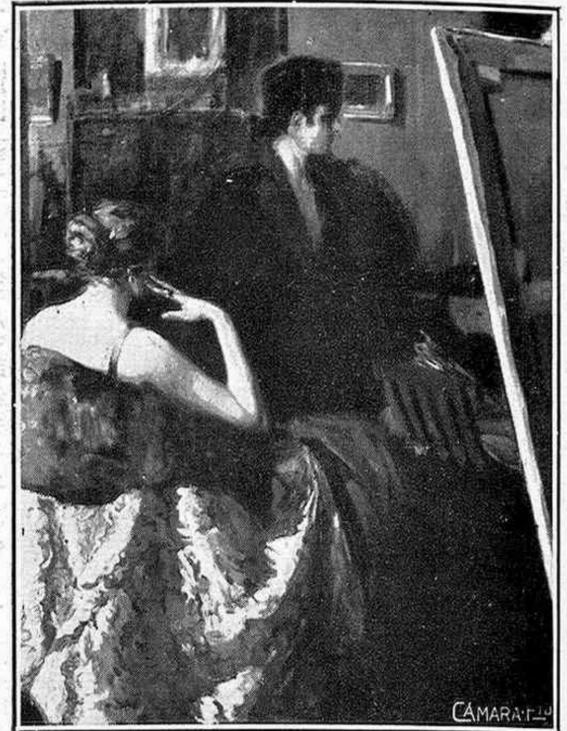
"La Virgen de los Remedios", cuadro de Eugenio Hermoso



"¡Solos!", cuadro de Rafael Argelés



"Valencia", cuadro de Pedro Casas Abarca



"En el estudio del pintor", cuadro de Ramón Roca

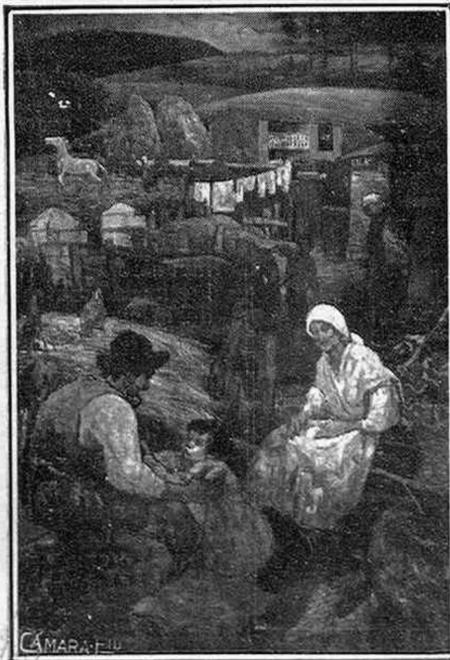
timental que para ser vulgarmente comprendida necesitaba ese sillón vacío que en los actos terceros de los melodramas anuncian la muerte.

Y de este modo, involuntariamente, un espíritu tan selecto como el de Chicharro, un temperamento de gran decorador como el de Chicharro, se desvían á un rezagamiento ideológico y á una simplicidad técnica peligrosa.

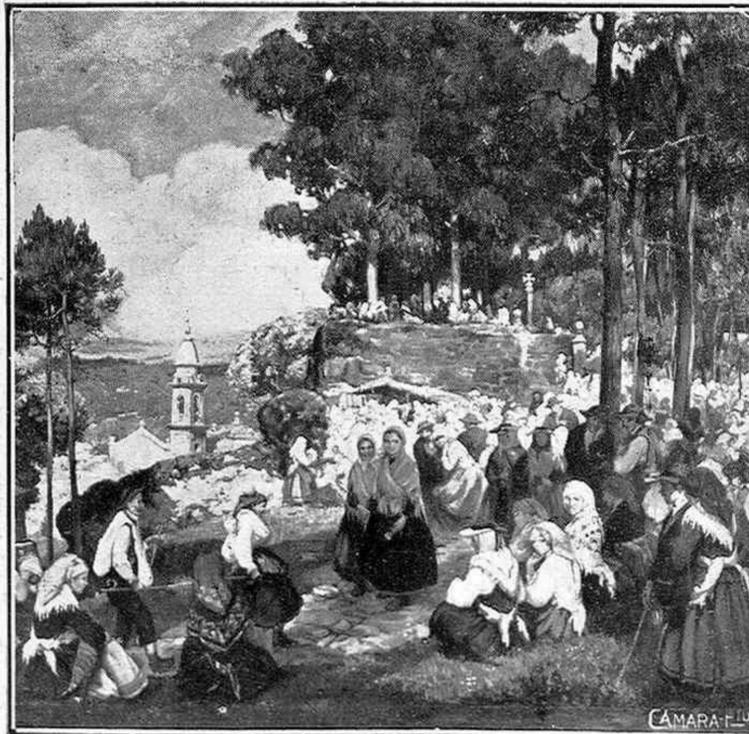
Dolor—¿de viuda?, ¿de madre?, ¿de orfandad? ¡No sabemos!—resulta rezagado. Llega á nosotros con el retraso de años. Después de triunfar en Munich y en Venecia; pero después también de haberse eliminado de la pintura española las fáciles sensibilidades de los cuadros naturalistas que reaccionaron contra los históricos.

Y así este cuadro esquemático como un cartel de película melodramática, si bien tiene en la misma Exposición la ventaja de tanto lienzo enorme de dimensiones y mequinos de resultado, de tanto cuadro desencajado por ese esfuerzo bienal que desarticula á los pintores obsesionados por la medalla, encuentra también los lienzos de Nicanor Piñole, de Vázquez Díaz, de Gutiérrez Solana, de Evaristo Valle, de Zubiaurre, más coetáneos de nuestra época y los verdaderamente laudables sobre todos los demás.

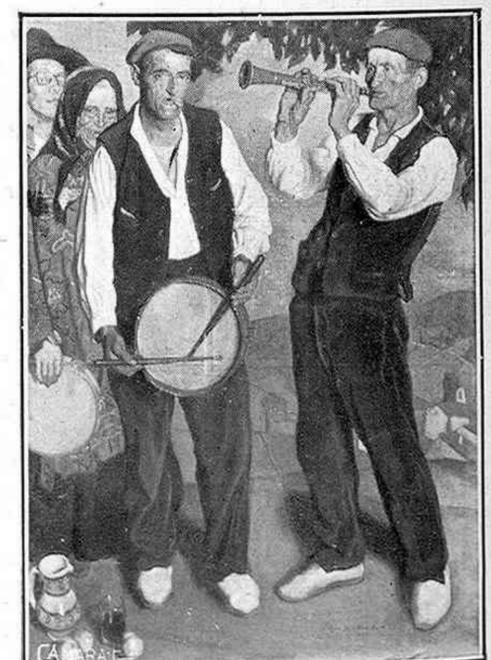
¡Cuánta serenidad íntima y cuánta majestuosidad emocional surten de ese cuadro *Hacia el Crisio de Candás*, de Nicanor Piñole! Se piensa que con este mismo fervor de realidad y de amor á su época pintaban los maestros del siglo xiv y del siglo xv los episodios bíblicos. Esa familia que lleva el hijo enfermo hacia el milagro posible, es acaso la misma sagrada del éxodo egipciaco.



"El nieto", cuadro de Evaristo Valle



"Romería en Galicia", cuadro de Carlos Sobrinos



"Los piteros", cuadro de Ricardo Bernardo

Y además, la expresión de una raza tranquila y soñadora como la astur. Seres del Norte brumoso y ubérrimo, la mujer, el niño y el hombre, acusan enérgicamente sus figuras sobre un fondo palpitante de belleza y de verdad, sobre un paisaje que ya no se olvida nunca.

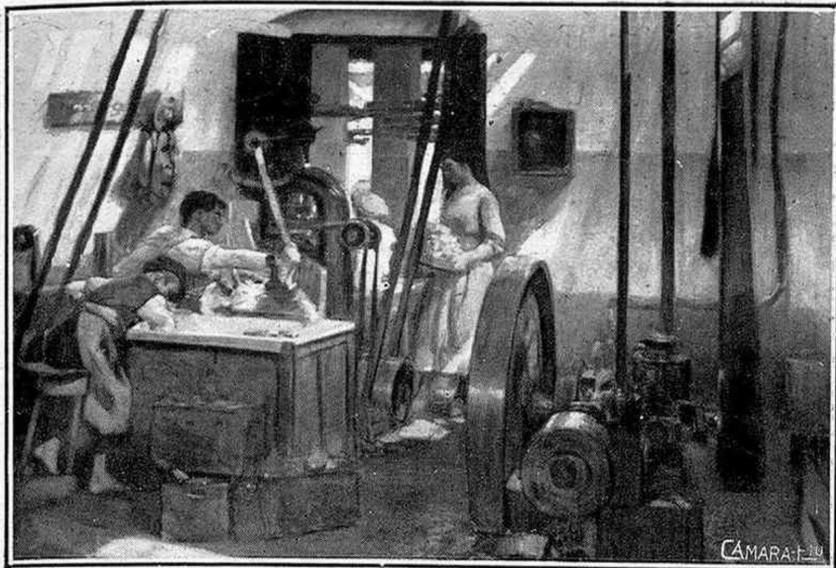
Vázquez Díaz, además del retrato comentado anteriormente, presenta el cuadro *Los ídolos*, después de seis ó siete años de haber sido pintado, y un poco pretérito en la evolución progresiva del joven maestro. Pero ¡qué importa! Envejecen y anquilosan de tal modo la sensación de la pintura española las Exposiciones Nacionales, que este cuadro es audaz de concepto y de factura cuando casi es hermosamente clásico en su verdadera significación.

Evaristo Valle es el pintor lírico de Asturias. El épico, también á veces. Pero ahora es solamente idílico, en una divina dulzura de los tonos, de los términos, del asunto. Todo ello diluido de tal manera, que parece reconcentrarse en sí mismo con una difusa melancolía que sólo deseara sugerir.

En *El nieto* encontramos aquel concepto decorativo, aquella suave sensación bucólica que tenían sus cuadros de la Exposición particular en Casa Lacoste el año 1919.

El Carnaval en la aldea, de Gutiérrez Solana, es algo extraordinario de potencialidad espiritual. Acaso el más denso de emoción de todos los cuadros expuestos. ¡Qué horrible pesadilla y cómo se adivina la angustiada necesidad de fuga que sentirán los que van en aquel coche hacia la estación, más allá del pueblo caído entre cerros, más allá de las carretas idiotas y los harapos sórdidos y las almas crepusculares!

horrible pesadilla y cómo se adivina la angustiada necesidad de fuga que sentirán los que van en aquel



"Una fábrica de conservas", de Santiago Martínez, premiado con tercera medalla



"María de la Luz", cuadro original de Enrique Ochoa

Su otro cuadro, *Procesión en Cuenca*, responde á la serie de lienzos reflejadores del misticismo sombrío de nuestra raza, que eran antes los más representativos de Gutiérrez Solana. Después su realismo se exacerbó, se agudizó con una cóncava penetración psicológica de la vida miserable. *El Carnaval en la aldea* pertenece á los cuadros ultranaturalistas, como *Los autómatas* de hace algunas Exposiciones, como *Mujeres de la vida*, que era una de las más valiosas obras de la reciente Exposición de Bilbao; como *La peinadora*, que ha sido rechazada en el presente certamen, y como—en fin—los capítulos de sus libros heridos y palpitantes.

En cambio, Ramón de Zubiaurre, si prescindí-



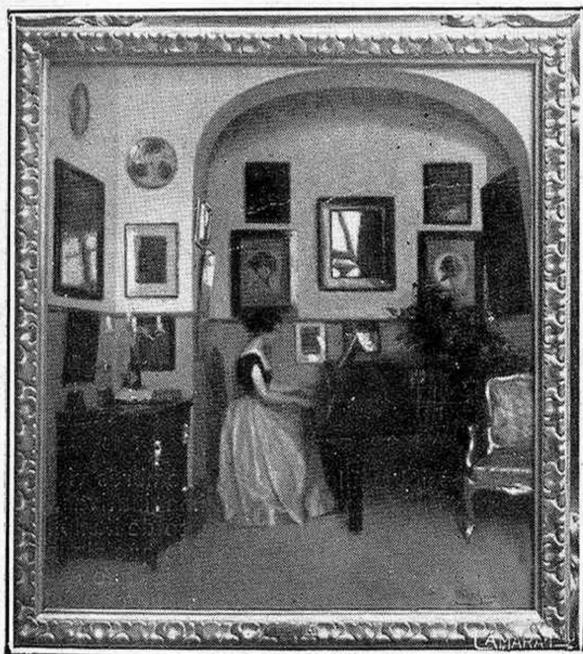
"Granada", cuadro de José Llaser

Estos cinco cuadros habrán de ser comentados aisladamente, conforme se reproduzcan á todo color en estas mismas páginas. Pero debíamos destacarles en una anticipación de elogios.

Primero, ellos. Después, en una inferior gradación de méritos, *Los marineros*, de Salaverría—destotalizado, pero con aciertos rotundos en algunas figuras que relevaremos también en otra ocasión—; *Llevando el pescado*, de Rigoberto Soler, sometido todavía á la tutela de Mongrell; *Cazador de avutardas*, de Adelardo Covarsi; *Mirando al muerto*, de Guido Caprotty, y *María de la Luz*, de Enrique Ochoa.

Y nada más.

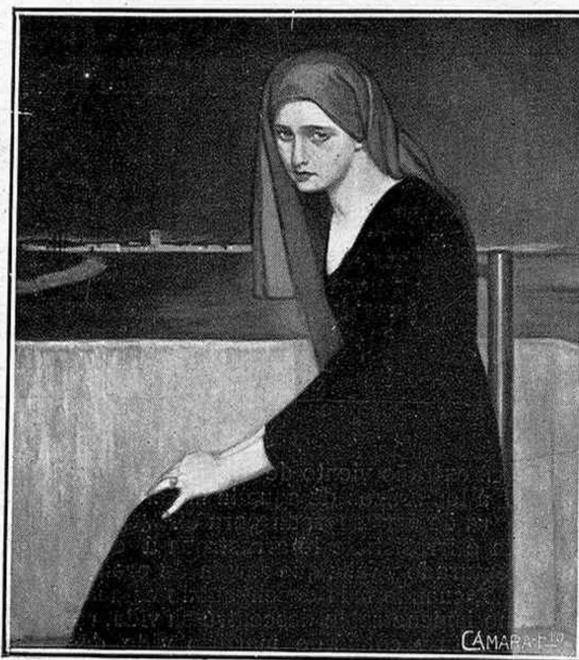
José FRANCÉS



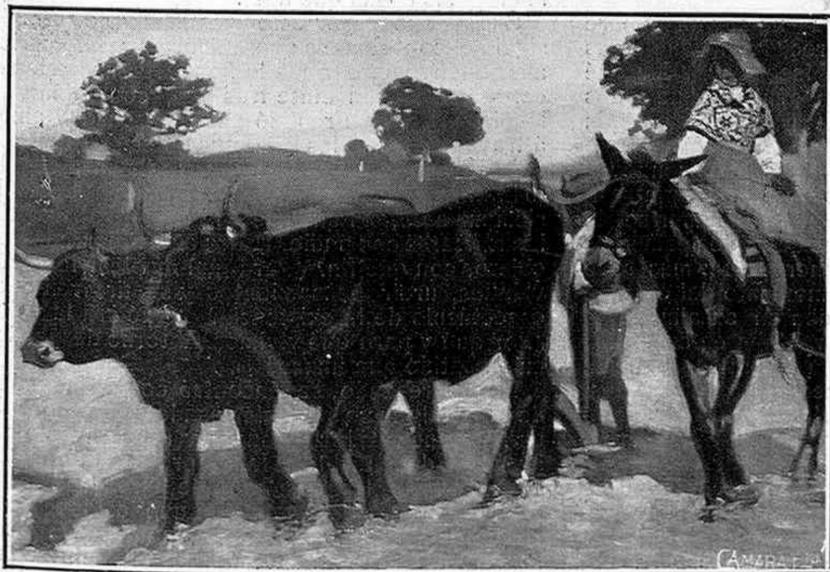
"La novia de Espronceda", cuadro de J. Martí Garcés

mos de *Encajeras de Lagartera*, ¡qué radiante himno lanza entre los cuadros envejecidos y yertos de la Exposición con *La partida*!

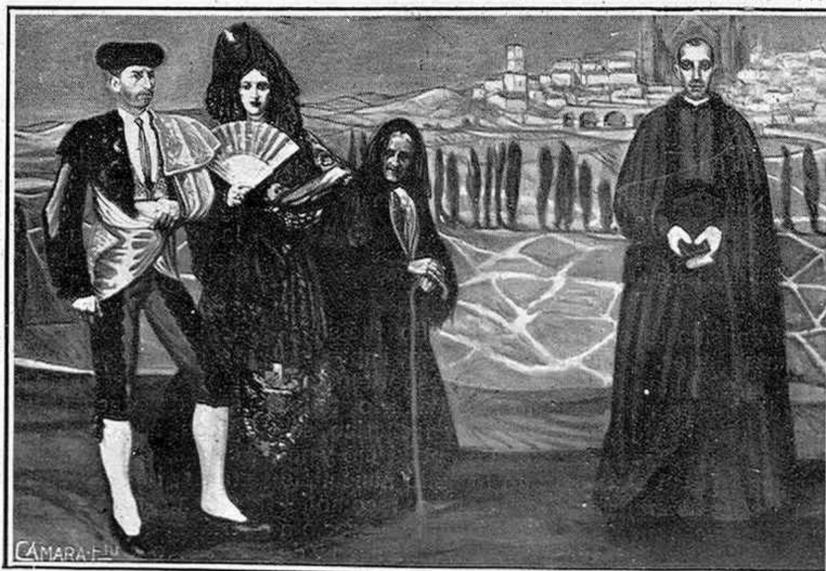
Filial de *Los remeros vencedores de Ondárroa*, si bien no le supera en la armonía compositiva, le vence en luminosidad y exuberancia.



"Anunziata", cuadro de M. Álvarez de la Puebla



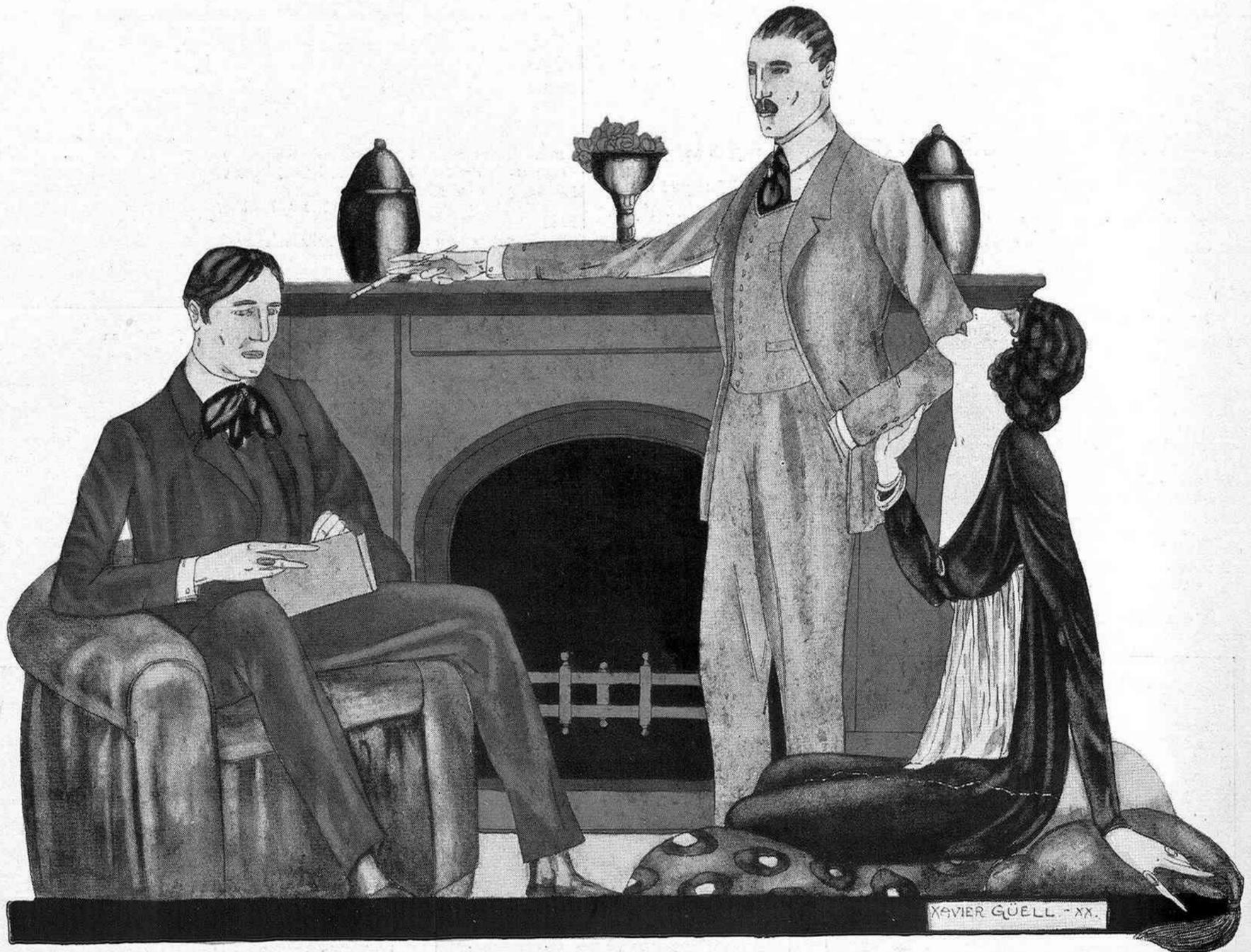
"Final de trilla", cuadro de Fernando Alberti Barceló



"Los años", cuadro de Ceferino Palencia Tubau

Cuentos de
"LA ESFERA"

EL SUEÑO LOCO



XAVIER GUÉLL - XX.

Qué extraño viento de aventura le arrojaba á los brazos de aquella mujer, que debía de ser sagrada para él? ¿Qué fuerza ignota é irresistible le arrastraba á este amor desventurado y feliz que surgía de pronto en su camino, cuando más desengañado estaba? ¿Qué arcano impenetrable descentró su vida, removió su espíritu y colmó de martirio y de deseo su corazón?

Ante la realidad del sueño que siempre había perseguido, Emilio quedó atónito. No sabía qué pensar ni qué hacer. Por un lado, consideraba todos los obstáculos morales y materiales que se le oponían, y por otro, todas las delicias de su ideal, logrado en instantes en que se había propuesto firmísimamente renunciar á su persegimiento. Y á su imaginación acudió el verso del poeta americano:

Nunca ha de ser amor el que encontremos
después de que la vida revolvamos
de tanto rebuscar...

Amor será el que en vano rebusquemos:
¡El fantasma del sueño que encontramos
un día, sin desear!

Esto mismo le ocurría á él. Emilio fué siempre un soñador. Sediento de un vago, impreciso ideal, que se manifestaba por un desbordado anhelo de conocerlo, sentirlo y adivinarlo todo, caminó por la vida, desatinado y frenético, sufriendo borrascosos accesos de optimismo y pesimismo. Buscó el amor y no lo halló nunca. Lo buscó en esas mujeres que se ofrecen como joyas en un escaparate con la etiqueta de precio á la vista, y sólo sintió una sensación de asco y de repugnancia cada vez más acentuada. Lo buscó con el propósito de crear un hogar, y la malla de trivialidades, prejuicios y zonzas preocupa-

ciones le apartó desilusionado. Adonde fuera, se encontró con la falsedad y la comedia, con un materialismo descorazonador, con seres mecánicos que obraban á impulsos del instinto, de la rutina ó del atavismo. Convencido, por último, de que el amor no era otra cosa que una invención del arte y un disfraz con que las gentes visten la ruindad moral en que viven, se dispuso á no proseguir los experimentos. Pero no pudo acallar la tremenda lucha que se libraba en su espíritu.

—¿Es que—se preguntaba—no soy un hombre como los demás? ¿Por qué rechazo lo que otros aceptan con evidente complacencia? ¿Por qué me repugna el amor de los sentidos que todos buscan con frenesí? ¿Hay en mi organismo algún defecto?

Atormentado por la duda, cayó en nuevos desengaños. Por si en su especial biología residiera la causa de su incapacidad de amar según las costumbres ambientes, requirió los estímulos del alcohol y las drogas enervantes; mas todo resultó inútil. Pasado el momento del extraño influjo, el vacío que quedaba en su alma y la violenta protesta que se levantaba en su espíritu le hicieron comprender que nada conseguiría. No se trataba de cuestiones temperamentales, sino de educación; no era vicio ó defectos biológicos, no: era diferencia de mentalidad, diferencia psicológica. No quería el placer de un instante, la satisfacción de un segundo, sino vivir plena, profunda, íntegramente: llegar á las entrañas de la vida.

—No serás nunca feliz—le advirtió su hermano—. Has forjado una quimera. Te has emborrachado de literatura y vives fuera de la realidad. Eso trae cultivar la fantasía. No se puede

pedir imposibles á la vida. Los hombres vivimos de sensaciones, no de utopias imaginativas, y el amor es simplemente un momento de ilusión engendrado por el deseo. El camino que sigues te llevará al suicidio ó al monasterio, que es otro suicidio de índole moral. Tienes que cambiar en redondo si quieres curarte. Emprende un viaje. Renuncia á tus cavilaciones. Verás cómo á la vuelta de un par de años vienes transformado y te diviertes como yo, gozas como yo y te atraen las mismas cosas que á mí.

Sugestionado por este razonamiento, Emilio siguió el consejo de su hermano, y durante varios años anduvo peregrinando por diversas naciones europeas, en constante trasiego, con la misma inquietud con que realizó sus rebuscas de amor á través de todas las zonas sociales. Y lo mismo que antes, tampoco ahora logró calmar la sed de lo infinito que le atormentaba. ¿Había de vivir siempre solo, sin que nadie le comprendiera, sin identificarse con nadie? ¿Para qué viajar, con qué objeto, con qué fin? ¿Para qué emplear las actividades, urdir pensamientos y sentir frente al espectáculo de la existencia? ¿Qué era la vida? ¿Por qué y para qué vivimos? Y tornó despeado, más abatido que nunca.

En regresando, se encontró con la novedad de que Fulgencio se había casado y era padre de un niño encantador, blondo y rosado como un angelote de Murillo. Había prosperado mucho su hermano. El patrimonio que heredara lo empleó en múltiples negocios, que cuidaba con asombrosa diligencia, sin darse punto de reposo. Iba y venía sin descanso, y constantemente estaba en juntas, asambleas y reuniones, tratos, conferencias y consultas. Sus manos se dirían las del Rey Midas: cuanto tocaban se convertía

en oro. Y tuvo, sí, tuvo envidia de su hermano. Una envidia noble y generosa, pero envidia, al cabo, que le llevaba a preguntarse con dolorosa insistencia por qué siendo los dos hijos de los mismos padres habría entre ellos tan radicales antinomias. «¿Por qué es feliz él y yo desgraciado? ¿Dónde está la causa de esto?»—era el lento gotear que horadaba su corazón.

Fulgencio ocupaba un suntuoso principal en la calle de Velázquez, y no quiso que Emilio pusiera casa. Desde el primer instante pretendió asociarlo a sus empresas; pero Emilio rechazó sistemáticamente la propuesta.

—Deja. Yo no siento como tú la fiebre del dinero. ¿Para qué? Me basta con el que tengo.

—Vaya; sigues en anacoreta. Lo siento por ti. Acabarás mal. Te empeñas en buscar lo que no existe. No quieres aceptar la vida como es.

El tiempo siguió su curso indiferente a los afanes humanos, segando y produciendo vidas como flores y plantas. Fulgencio continuó entregado a sus ocupaciones, ampliando cada vez más su esfera de acción, y ya bordeaba la política, solicitado por sus grandes prestigios económicos.

En cambio, Emilio iba restringiendo de continuo su actividad, consumido por el vacío inllenable de su alma. Apenas salía de casa. Los libros y las conversaciones con su cuñada constituyeron todos sus esparcimientos. Algunas veces salió con ella por acompañarla, condolido de la soledad en que la dejaba su hermano. Y en los vespers otoñales, cuando las hojas tejen crujientes alfombras doradas y los árboles muestran desnudas sus ramas como brazos implorantes; cuando el sol tiene agonías violeta ó cárdenas y los paseos y las rúas adquieren un encantador tinte melancólico, fueron los dos a los teatros.

Marta y Emilio simpatizaron en seguida. Ella era alta, esbelta; tenía los ojos negros, de una dulzura infinita, y la tez pálida. Poseía una graciosa distinción natural que no se cuidaba de realzar, y de toda ella emanaba un manso hálito de paz y recogimiento.

Emilio, en su afán de escudriñar las almas, cayó en la tentación de averiguar la espiritualidad de su cuñada. Se le ofrecía la ocasión de saber cuál era, en verdad, el pensamiento y el sentir de una mujer, y no quiso desaprovecharla. Creía llegado el momento de conocer en su justeza cuál era el concepto de la humana felicidad. Conocía el criterio de su hermano; ahora podía saber el de su cuñada, y del contraste de los dos saldría el rumbo definitivo que habría de imprimir a su propia vida. Porque cada vez sentía mayor tristeza por este su existir árido y monótono.

Con objeto de lograr sus propósitos, procuraba dar a las conversaciones giros de intimidad y aspecto generalizador, estrechándola con preguntas capciosas. Y tanto por parte de él como de ella, fué en aumento el interés de estas charlas.

Evidentemente se buscaban, y sin darse cuenta fué naciendo su amor, sorprendiéndoles con su presencia.

sigue siendo tan hondo como antes, y confío en que cuando leas esta carta no habrá en tu alma ninguna sombra de rencor.

No soy un ladrón; no te he robado nada. Me he llevado lo que tú no querías, lo que tú no apreciabas. De saber que con mi proceder labrara tu desgracia, sería yo el primero en sacrificarme. Tu mujer no representaba nada para ti. Era un lujo más que te

habías proporcionado, algo así como un cuadro para adornar el salón de recibir. Tu felicidad consiste en otras cosas que no te discuto; pero así como no te discuto tu felicidad, no te reconozco ningún derecho para que destruyas la mía, este sueño loco que me ha atormentado siempre y que por fin logro realizarlo. Quiero gozarlo por encima de todo y a pesar de todo. Tú me has enseñado a ser egoísta—aparte de que el egoísmo es la esencia de nuestro ser—; sólo que mi egoísmo es de mejor calidad que el tuyo, puesto que con él, lejos de causar la desgracia de nadie, hago feliz a otro.

¿Qué sabías tú de Marta? ¿Te preocupaste de conocer sus sentimientos, satisfacer sus necesidades espirituales, de procurar sus alegrías? Jamás. La heriste constantemente con tu despego, con tu falta de delicadeza, con tu personal, exclusivo y brutal—perdona la frase—egoísmo. Creíste que con alhajarla y vestirla estaba tu misión cumplida. ¿Qué te importaba el alma? Tú no crees en ella; para ti no existe la vida espiritual. A ésta la llamas novelaría, afán de fantasear.

Recuerda que me reprochabas ser forjador de quimeras, enfermo de literatura.

Recuerda que cuando Marta solicitaba tus mimos y caricias, y se quejaba de que no la atendieses, la rechazabas de mal humor, diciéndola que no fuera cursi y ridícula. No debes, pues, extrañar que el novelero y la cursi se hayan ido a otros países a esconder su amor; que el mundo en que tú vives y del cual eres claro espejo, condenará por culpable.

De mí dirá que soy un traidor, un mal hermano; de ella...

Pero no nos importa. Sé que no te robo tu felicidad, y sabiéndolo, en nombre de qué prejuicios iba a renunciar al sueño lo-

co de mi vida? ¿Acaso tiene alguien derecho a causar el infortunio ajeno?

Perdóname y recibe un abrazo muy fuerte, muy fuerte, el último quizás de tu hermano.—EMILIO.»

Fulgencio apoyó la cabeza entre las manos. El timbre del teléfono sonaba con terquedad apremiante.

BALLESTEROS DE MARTOS

DIBUJOS DE XAVIER GÜELL



—¡Oh, qué hacemos, Emilio!—exclamó Marta temblorosa y demudada.

Ambos se habían unido impulsados por sus sentimientos y sus palabras. Se juntaron sus almas, y tras de ellas, se juntaron también sus cuerpos y sus labios...

Fulgencio conoció la letra de su hermano, y rasgó el sobre apresurada y nerviosamente:

«Te debo una explicación, Fulgencio, para tranquilizar mi conciencia. Mi cariño hacia ti

BIBLIOTECA MADRID

NUESTRAS VISITAS

LUIS DE TAPIA

EN CUERPO Y ALMA

AUTORRETRATO

Brilla en mi faz, trigueña cual las granzas,
bigote borgoñón de negra guía...
Con un fieltro de plumas, yo sería
un soldado del cuadro de *Las lanzas*...

Amigo soy de burlas y de chanzas,
que ¡bien tonto será quien no se ría
en esta desdichada patria mía,
donde falta un Quijote y sobran «Panzas»!...

¡Mi espíritu es burlón, pero inflexible!...
¡Odio al tirano que las leyes vicia!...
¡Por no llorar, me río lo indecible!...

¡Y á mi alma roban paz, calma y delicia,
un ansia de que triunfe lo imposible,
y un anhelo, incumplido, de Justicia!...

—Muy bien. Admirable — le dije —. Este es tu retrato espiritual. Ahora vamos con el físico...

—Cuando tú quieras — repuso.

Ya el compañero Salazar tenía preparada su máquina y enfocaba la figura del poeta, sirviéndole de fondo los arcos floridos, los macizos frangentes de «la rosaleda».

Luis de Tapia «posaba» ante el objetivo preparándose, cuidadoso de la línea, reparando en la disposición de figura, en los pliegues de su traje, en la cinta de los zapatos...

—Ya he encontrado — bromeé — el adjetivo que te define como hombre. No eres el «gentil poeta», ni «el gallardo», ni «el apuesto»... Eres un hombre «coqueto».

Rió él. Reímos... El fotógrafo terminó de «tirar» sus instantáneas, y el poeta y yo fuimos á sentarnos al «invernadero» en sendas sillas de hierro.

Yo, mirando á mi amigo, le dije sinceramente: —Pareces un muchacho. Son injustos los que te tachan de viejo...

—Nací en Octubre del 71 — respondió él —. Así que llevan razón al decirme viejo, aunque yo, al confesar mi edad, les quito un motivo de murmuración... Por esto mismo, yo, muchas veces, me creo la perfección personificada, porque al cabo de veinte años de escritor satírico, los enemigos sólo han podido decirme que soy viejo...

—Cuéntame algo de tu niñez — solicité.

—¡Bah! Fué muy vulgar. Puedo decirte que la pasé en las calles del Nuncio y del Almenadro, jugando con todos los chicos de la vecindad. A pesar de que mi familia estaba en regular posición, á mí me gustaba reunirme con todos los desaharrados de la calle, que eran más alegres y más inteligentes que los otros niños cursis de mi clase...

Pensamos que tal vez ese gran amor al pueblo, esa intensa fe democrática que informa la labor del gran satírico, tenga sus raíces en estos años de su infancia en que vivió en contacto con los chicos humildes, con esos niños del arroyo; hijos de obreros, que tienen una niñez tumultuosa, alegre y despreocupada, mucho más intensa que esa triste infancia de los niños burgueses, medrosa, cohibida y moigata...

—¿Cómo se despertaron en ti las inclinaciones literarias? — Mi padraastro

ME quedé mirando fijamente á Luis de Tapia, el gran poeta que en nuestra época sostiene gallardamente la herencia de los dos grandes satíricos españoles: Marcial, el celtibero, que fulminó sus indignaciones sobre la Roma decadente, y Quevedo, el fustigador de los favoritos soberbios y la corte corrompida del cuarto Felipe.

—¿Quieres estereotiparme la figura? — me preguntó Luis de Tapia.

Y seguidamente, con su simpática vivacidad característica, añadió:

—Te voy á ahorrar el trabajo de describirme. Verás...

De una cartera de piel negra que llevaba en la mano extrajo una cuartilla. Requirió un lápiz, y

—Dame tu estilográfica — me dijo —. A mi lápiz se le ha roto la punta. ¿Te has fijado en el acierto que tienen los lápices para despuntarse cuando más necesarios son?

Le di mi pluma, y el poeta empezó á escribir sobre su cartera.

Estábamos en la rosaleda del Retiro, á las seis de una magnífica tarde vernal. El ambiente tenía cálidas fragancias de flor, y en los arriates triunfaba el prodigio de las rosas: unas, blancas, impolutas, como mejillas virginales; otras, rojas, encendidas, como la pulpa jugosa y sensual de unos labios femeninos.

Tapia escribía. Se llevaba la diestra mano al bigote, negro y fino; se acariciaba el ala de su negro sombrero flexible, y después, la pluma se deslizaba nerviosa por las cuartillas.

A poco terminó, y alargándome el papel, dijo risueño:

—Aquí me tienes. Ya me he descrito yo mismo. Así te evito un trabajo y «me pinto yo solo». ¿Qué te parece?

Tomé la cuartilla, y leí en el escrito, con letra menuda y fina, este soneto:



CAMARAFOTO

era poeta. No digamos que fuese una lumbrera lírica; pero, en fin, gustaba de rimar sus ideas. Yo di en la afición de imitarle, y cántame aquí versificador.

—¿Dónde empezaste á publicar tus versos?

—En el *Evangelio*, donde publiqué unas composiciones tituladas *Salmos de David*, y luego en *El País*. Después trabajé en la revista que tu hermano Manolo y Gabriel España hicieron con el título de *Alma Española*. A poco, pasé á *España Nueva*. En este periódico viví mi época más agitada: procesos, denuncias, desafíos... Pero en él fué donde consolidé mi firma.

Evocamos aquella *España Nueva*, tan popular y tan briosa, que fué uno de los éxitos más clamorosos y rápidos del periodismo español.

—¿Cuándo acostumbras á escribir tus versos?

—Generalmente, por la mañana.

—¿Estás entonces más inspirado?

—¡Ca! Eso de la inspiración es una tontería que han inventado los perezosos. El escribir con más ó menos facilidad depende, casi siempre, de la mejor ó peor disposición física... A veces, un dolor de estómago basta para espantar todas las ideas de la imaginación...

—¿Y escribes con gusto?

—Sí, con mucha afición... á pesar de todo...

—¿Por qué esa salvedad? —inquirí.

—Porque yo, durante mucho tiempo, al escribir me he entregado al público con la misma fe y con la misma ilusión que se entrega una mujer enamorada. Después, me he desengañado, he comprendido que no valía la pena. Aquí todo, y principalmente la política, está podrido... De todas mis luchas, me queda una emoción deprimente, de hastío, de repugnancia, que cada día me impulsa más á aislarme, á volver á la familia, olvidándolo todo: políticos, periodismo...

—¿Qué político te interesa más?

Con un gesto expresivo y un tono de profundo desprecio, respondió enérgico, sin dudar:

—Ninguno! De todos sabemos lo que harán, porque nos sirve de falsilla lo que han hecho: engañar, abusar, robar; aliarse con los poderosos para explotar á los humildes...

—Hablas en revolucionario, casi en anarquista. Y, sin embargo, me parece haber oído que eres propietario, casi rico...

—Es verdad. Soy propietario de la casa donde vivo; pero, á pesar de eso, soy sinceramente partidario entusiasta del comunismo. Puedes decir que pasé por la vergüenza de ser heredero; un heredero más en este país de herederos. Pero al dejarme mi madre una casa y unos valores, yo, que tengo hijos, no podía renunciar á ellos sin incurrir en una responsabilidad... ¿Y á quién iba á cederlos? ¿Al Estado, para que lo devorara la desastrosa Administración que sufrimos? No; por la casa que mi madre me dejó, valorada en 35.000 duros, me han ofrecido hasta 90.000, y no he querido venderla. Renta hoy lo mismo que hace veinte años, á pesar de que se ha quintuplicado su valor... Y ahí está para mis hijos ó para lo que sea; si el día del reparto social llegara, mi casa sería la primera en ofrecerse á todos...

—Entonces, ¿tú no has tocado á tu fortuna?

—No; yo vivo de mi trabajo. Desde hace diez y ocho años, gano de 10.000 á 12.000 pesetas anuales, y con ellas me basta. Mi fortuna la con-

servo para mis hijos, por sí, como es probable, alguno no participa de mis ideas...

—¿Crees tú que en ellas no te seguirán?

—No lo sé. Yo no pienso coaccionarlos en lo más mínimo... No los he hecho bautizar; pero si, cuando sean mayores, ellos quieren hacerlo, no me opondré jamás... Yo me limito ahora á educarlos democráticamente, haciéndolos aprender un oficio, porque estoy convencido de que en el porvenir el único valor de los hombres será el de su trabajo... El régimen actual de la propiedad ha fracasado... El hombre debe vivir de lo que produzca con su esfuerzo... La herencia, acumulando el dinero en unas manos, mientras otros hombres que trabajan no tienen para vivir, es una tremenda injusticia...

Sin alardes retóricos, sencillamente, apasiona-

do. Mi padre era un gran entusiasta de la fiesta. Tengo abonada la misma localidad que él ocupó siempre, y desde ella he visto á todos los grandes toreros de la época.

—¿Cuál te ha gustado más de todos ellos?

—*Lagartijo*. Tal vez por esto — bromeó — me presenté diputado por Córdoba.

—¿Qué opinión tienes de las corridas de toros?

—Me parece una fiesta muy interesante, vistosa, llena de fuerza y de pasión, más bonita y de más emoción que todos los deportes extranjeros. No comprendo por qué hay quien se indigna contra ella, tildándola de salvaje y brutal. A mí, y refiriéndome sólo á España, me parece más salvaje el caciquismo, y más bruto que el torero, el cacique. Peor que martirizar á un toro y á unos caballos, es martirizar á un pueblo...

—¿Y tu amistad con Belmonte?

—Soy amigo de Belmonte porque es un buen muchacho y muy inteligente. Yo creo que si Belmonte hubiera sido pintor ó literato, sería hoy tan fenómeno como en el toreo, porque es un caso estupendo de voluntad imponiéndose á la vida...

—¿Qué es lo que más te inquieta?

—La salud de mis hijos.

—¿Y lo que más te gusta?

—Vivir.

Y al decirlo, el poeta tenía en su rostro trigueno la sonrisa plena y feliz de un epicúreo.

—¿Qué es lo que te molesta más?

—Todo eso que ahora se llama *bien*. El señorito *bien* me indigna y me repugna.

Comparto la opinión con el gran escritor. El señorito *bien*, ese tipo híbrido de americana entrabillada, roten bajo el brazo y sombrero encasquetado, es lo más ridículo, la peor plaga de la vida moderna. El señorito *bien*, holgazán, ineducado y petulante, con remilgos de damisela y desplantes y «timos» de baja chulería, me parece más dañino para la sociedad que el carterista habilidoso, ó el atracador que se juega la vida en una enrucijada...

—¿Cuándo te sentiste más feliz en tu vida?

—Cada vez que he tenido un hijo ó un éxito. Creo que estas dos cosas son las que hacen más dichosos á los hombres, porque halagan nuestra vanidad.

Caja ya la tarde, desan- grándose sobre el jardín con los resplandores rojos del sol en el ocaso, cuando abandonamos el invernadero dirigiéndonos á la salida del parque...

FOTS. SALAZAR



Luis de Tapia con su hijo mayor

damente, con el acento franco de la convicción, habla Luis de Tapia. Habla como escribe, con noble exaltación y cáustica ironía; y esta penetración, esta identidad del artista con su obra, por lo mismo que suele ser tan rara, nos impresiona y nos admira...

—¿No has trabajado nunca más que literariamente?

—No. Ya te he dicho que me crié en un medio modesto. Cuando, á la muerte de un tío mío, mejoramos de posición, me pusieron á estudiar, como á todos mis hermanos. No puedes imaginarte lo que esto significaba... Eramos once hermanos, de los que sólo quedo yo. A los demás se los fué llevando la Muerte... Estudié la carrera de ingeniero, me licencié en Derecho; pero no las he ejercido... No he hecho más que escribir...

—Hablemos ahora — le interrumpí — de tu aspecto de aficionado á los toros.

—También la afición á los toros la he hereda-

Mientras caminábamos, embargados por la inefable armonía crepuscular, pregunté al poeta:

—¿Te domina algún vicio?

—No; si me fuera posible, tendría el de viajar.

Hizo una pausa y añadió:

—Si la mujer es vicio, pon que lo padezco. Ahora, que yo tengo mujer y estoy muy satisfecho con la representación del sexo femenino que me ha tocado en suerte...

Y á la salida del Retiro, cuando nos dirigíamos á tomar un tranvía, aún interrogué:

—¿Cuál es tu aspiración suprema?

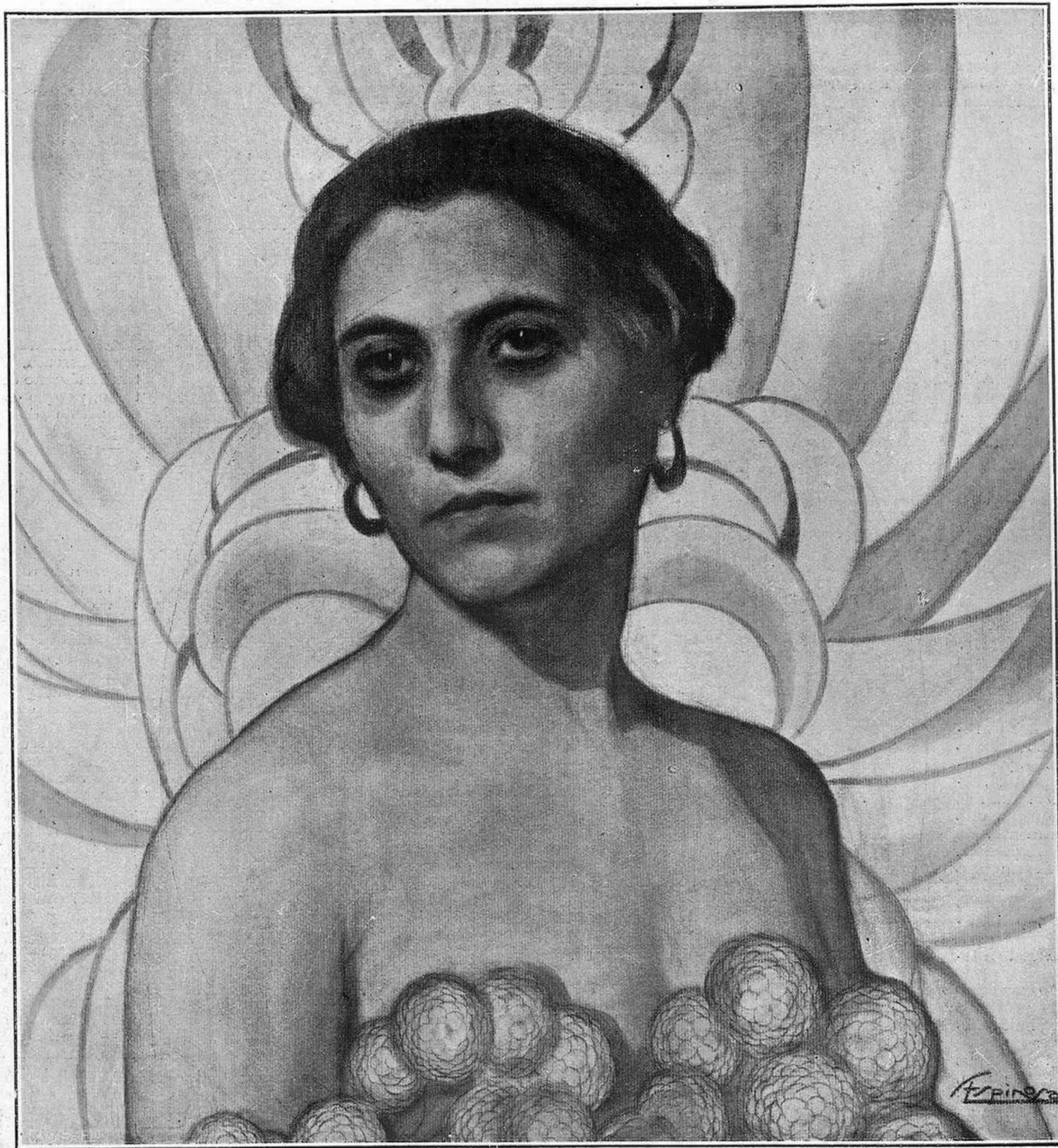
—Ser dictador en España un par de meses.

—¿Caramba! — exclamé —. Entonces te parecés á La Cierva...

—En la aspiración — terminó Luis de Tapia riendo —, puede que sí; pero los resultados yo te aseguro que serían todo lo contrario.

EL CABALLERO AUDAZ

UNOS OJOS NEGROS



TE la digo, saleroso?

Hubo un coro de risas. Al acercarse á nuestra mesa, la gitana que rondaba por la terraza del café había llamado saleroso al más desgarrado y melancólico de la tertulia, un muchachote larguirucho y tímido que no sabía donde poner la vista.

Era tibia la tarde bajo el cielo azul, tarde primaveral, con un olor de lilas nuevas y rumores jocundos. Envuelta en áureo polvillo del ocaso, deambulaba por delante de nosotros toda una multitud risueña volviendo de paseo, y entre el bullir de coches, tranvías y automóviles, cruzaban á buen paso la ancha calle, empleados que salían de sus oficinas y obreros que dejaban sus talleres. Por momentos mecíanse en el aire las risas de unas modistillas recién escapadas del obrador, ó la armonía quejumbrosa con que un ciego arañaba en su violín un *couplet* popular.

La gitana insistió, brindando la buenaventura al muchachote tímido:

—Tú no sabes que una niña rubia sueña contigo muchas noches, ni que otra personita te quiere mal por celos. ¡Déjame que te la diga, desdenoso!

—No, no me la digas—cortó en seco el interpelado, molesto por la asiduidad de la sibila callejera.

Y como asimismo se negase á darla cinco cén-

timos para sus *churumbeles*, la gitana prorrumpió en un chaparrón de maldiciones:

—¡Anda ya, ruin, y sigue echando el cerrojo á tu bolsillo! Comidito de sarna y sin manos te veas; así te roa la carcoma el corazón, que lo tienes de madera dura. ¡Te has de acordar de mí cuando lo pases muy repajoleramente por culpa de unos ojos negros!...

Y mientras se alejaba la ofendida pitonisa, nosotros nos íbamos poniendo serios ante la gravedad del feroz augurio. Cada cual sabía la influencia que en una vida de hombre pueden tener dos pupilas de azabache, y quizá casi todos las llevábamos ya clavadas en el fondo del alma como dos saetas. Por eso compadecíamos al predestinado.

¡Unos ojos negros!... La experiencia y la leyenda nos enseñan que están cargados de presagios horribles. Desde Cleopatra hasta Carmen, pasando por aquella judía á quien Baudelaire amó una noche, las mujeres más fatales de la historia y de la literatura tuvieron la mirada de basalto; las criaturas diabólicas que en la Tebaida servían de tentaciones á los monjes en oración, para perturbarlos, debieron de poner en juego los recursos nocturnos que ardían á la sombra de sus párpados ojerosos. Porque las Ofelias y las Desdémonas, cuya ingenuidad se asoma á las ventanas de sus pupilas azules,

mueren á causa de su misma ingenuidad; pero las Semíramis y las Colombas matan ó hacen morir. Y nos representamos imaginativamente una simbólica morena, bella como el dolor, bella como la noche, maleficiando al mundo con sus ojos de luto.

Un pobre inválido nos distrajo de nuestras soñaciones, tal vez más literarias que sentidas, cantando, al son de una guitarra ronca:

A todos los ojos negros
los van á prender mañana...

—Ya lo oyes, chico; no te apures—dijo en broma alguien á la presunta víctima.

Nuestro amigo sonrió forzosamente y acabó por despedirse de nosotros. Sin duda para que no le creyéramos cohibido por la profecía, no bien nos hubo abandonado, venciendo su irresistible timidez, piropeó á una morenaza envuelta en la seda ligera de un mantón de espuma, y le vimos palidecer cuando ella le hizo frente... ¿Sería la que le estaba deparada por los dioses? Fuéralo ó no, tenía los ojos más negros que el hambre.

Un proverbio árabe asegura que cada cual lleva colgado al cuello su destino.

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

DIBUJO DE ESPINOSA

LOS COPLEROS DE VIEJO
DON DIEGO RABADÁN



DON DIEGO RABADÁN

He aquí al señor D. Diego, el más insigne poeta de los tiempos fernandinos, que está sentado en su tenderete de la plaza de las Descalzas, rodeado de libros (que ha muchos años fueron nuevos), con tanta gravedad y tiesura como un Monarca entre sus vasallos.

Los pocos que llegan hasta aquella lonja del ingenio, no lo hacen por el gusto ó la necesidad de comprar libros, sino por el malhadado placer de sacar de sus casillas al buen D. Diego, y ver cómo produce más desastres en la docta República de las Letras que un caballo loco en una cacharrería.

No tocándole á los versos, es hombre que ordinariamente discurre bien y aun dice cosas de sano juicio.

También la política tiénele algo desvaído, y suele ensartar tantas necedades como palabras dice; pero ello no tiene mucho de extraño, porque, ¿quién de todos sus contemporáneos, y aun el noventa por ciento de los presentes, estará tan limpio de este pecado que pueda arrojarle la primera piedra?

Si algún parroquiano de buena fe se acerca á comprarle un libro, él le dará una ilustrada conferencia acerca de la obra que se lleva, y mostrará tantos y embrollados conocimientos sobre el texto, que el parroquiano no pensará ser otro el librero que el mismo Apolo, que ha puesto aquel tenderete de puntapié para dar salida á todas las existencias del *Parnaso*.

Su escuálida y apergaminada figura, recuerda con mucha semejanza la de aquel inmortal é Ingenioso Hidalgo, que perdiendo el seso por las lecturas, vino á florecer en el mejor libro que se ha compuesto en España y aun fuera de ella. Si no llevara rasurado el rostro, según la costumbre, tanto daría llamar á este buen mercader don Diego Rabadán, como D. Alonso Quijano ó Quijada.

Los muchachos que saben del pie que cojea su merced, acuden á la miel de su desvarío, y él, que, fuera de la mezquindad de su meollo, es un buen hombre, les distrae, si no son demasiado procaces, recitándoles los sonetos que aquel día publica en el *Diario*.

Porque ha de saberse que el *Diario de Avisos de Madrid*, era por el entonces el albañal y letrina de los malos poetas, y á él acudían todos, con la bazofia podrida de sus meollos, sin aspirar á otra cosa que á la dicha inefable de verse puestos en letras de molde.

¡Oh prolífica ascendencia de los colaboradores espontáneos que aún existe, y existirá por

los siglos de los siglos, á pesar de la profusión de periódicos y de la escasez de escritores!...

ooo

Al caer de la tarde, la lonja de Rabadán truecácase en Academia.

Unos acuden por divertirse con su locura, y no son pocos los que asisten como camaradas y discípulos, que para todo hay gente en la tierra.

El clérigo D. Manuel Gil de la Cuesta, con toda su venera de familiar del Santo Oficio, muy adepto á la escuela de D. Diego, pero del orden festivo, no deja de ser de los primeros asistentes. También es admirado y regocijado, sobre todo cuando improvisa. No lo hace con tanta espontaneidad un pastor cabrerizo de éstos que tienen la gracia de ser saludadores y poetas.

No le hablen á él del ingenio de Moratín ni de la vastísima cultura del abad Melón y el P. Estala, que por ellos dijo una tarde con tanta facilidad como si hubiera soltado un estornudo:

Aunque vengan los Melones,
Estalas y Moratines,
y se aprieten los botines,
no llegan á mis talones.

También el capellán de las Arrepentidas, don Francisco Gregorio de Salas, el cantor insigne de las veletas matritenses, es punto fuerte en la tertulia.

¿Y cómo ha de faltar aquel Malo (con mayúscula y minúscula), que andando los años, en 1823, habría de agraviar á San Bruno y ensalzar á Fernando con esta décima?:

El prodigio de las artes;
el San Bruno de los Brunos;
el perseguido de *tunos*;
el que admiro en todas partes;
el que... ¡Oh, mi Dios! no me apartes
de tenerle devoción;
el que dos veces balcón
vió este nicho convertido...
¡Gracias á Dios que ha caído
la infame y negra facción!

Así como todo el senado está completo, cálese D. Diego los descomunales anteojos, saca sus borradores que lleva almacenados y repartidos por bolsillos y faltriqueras, y lee con mucha gravedad los maestros partos de su ingenio en loor de nuestro *deseado* Monarca, porque Rabadán, antes que poeta, librero y murciano, es *fernandino* furibundo.

Días de fiesta pascual fueron en la academia *rabadanesca* aquéllos en que, engolando mucho la voz y acomodándola al tono de las circunstancias, leyó:

A LA LLEGADA DEL REY NUESTRO SEÑOR

¡Oh, Fernando! Por tu amor
hoy este pueblo glorioso
se muestra tan obsequioso
como antes en el valor.
¡Oh, qué asombro! ¡Qué fervor
de júbilos é invenciones!
Y pues largas relaciones
no las pueden explicar,
pongamos en su lugar
un millón de admiraciones!!!!

Y luego:

Noticioso el Rey Nuestro Señor (Dios le guarde) que las monjas (en general) tenían vivas ganas de conocer y tratar á S. M., ha tenido á bien el complacerlas visitando todos los conventos en varios días.

SONETO JOCO-SERIO

Nuestro benigno Rey (que de los cielos parece que ha venido en coyuntura, que los llantos, la pena y la amargura tenían á Madrid ahogando en duelos) con piadosos, benéficos anhelos, y de su amable trato la dulzura, por mil caminos nuestro bien procura, haciendo genera:es los consuelos.
Las pobrecitas vírgenes claustrales (no ménos que de Dios santas esposas y por cuya oración cura los males) de tratar á su Rey están ansiosas: Fernando, con entrañas fraternales, ¡ha dado en visitar las religiosas!!

En elogio de la buena memoria de tal poeta, justo es decir que no era su merced de aquellos copleros que improvisan á tontas y á locas, sin conocimiento de todas las leyes de la retórica no; era un ingenio original, un escritor extravagante formado por una cultura literaria embrolladísima, que tenía la desgraciada facilidad de asimilarse cuanto leía...

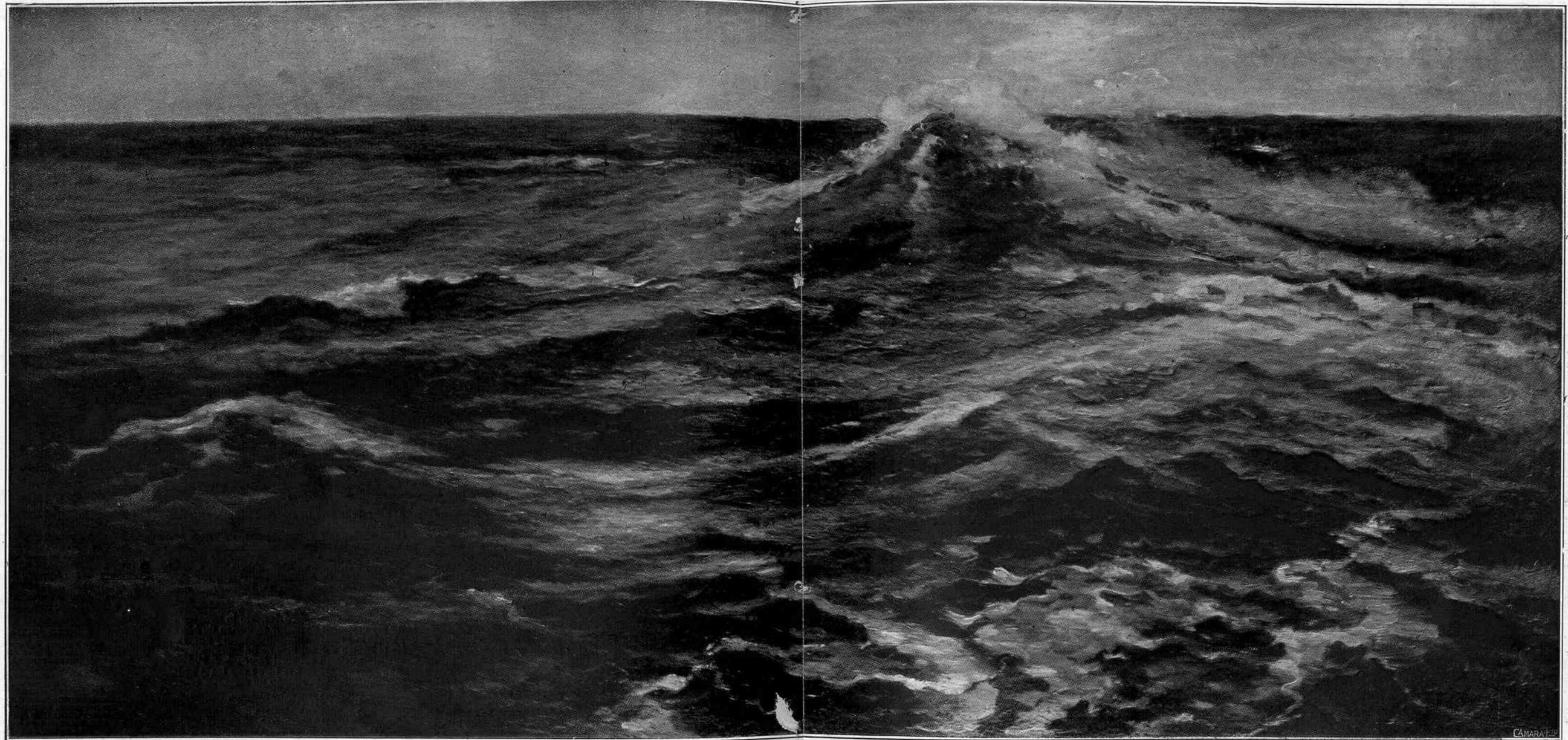
Era, en fin, un alucinado, que feneció del mismo mal que D. Quijote: de un cólico de lectura.

Vaya en su memoria este soneto (imitación de su escuela extravagante), compuesto por uno de sus apologistas burlescos:

En el día catorce del corriente del año del Señor, mil ochocientos diez y nueve, con grandes sentimientos de la española y extranjera gente, murió el señor don Diego de repente, sin siquiera llevar los Sacramentos, de lo que todos quedan descontentos, como puedes creer, doctor doliente.
Malucho andaba ya, pero no tanto que no blandiese el gran Cristovalino y no hechizase su apolíneo canto; murió á manos de duendes. Peregrino, si algo alcanzas en versos, rompe en llanto tributo al sabio numen *rabadino*...

DIEGO SAN JOSÉ

LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES



MARINA, cuadro original de Ricardo Verdugo Landi, premiado con segunda medalla en la reciente Exposición Nacional

He aquí una obra bella y honrada, en la que se alían, con singular acierto, la emoción estética y la pericia técnica, la sensación sugeridora de la realidad y el granado fruto del paciente estudio, la evocación amable del mar y la sobria seguridad del trazo pictórico.

Emana realmente un extraño poder emotivo de este cuadro, en el que su autor desdeñó fáciles asideros efectistas y se dió por completo al placer de pintar el mar libre más allá de los puertos, más allá de las playas; el mar solitario entregado á sí mismo con una fuerza rugiente y blanda, con densidad y diafanidad, con bruscos arrulos de una sonoridad rítmica é impensados saltos de rotos arabescos espumosos.

Así como el bodegón y la naturaleza muerta son la síntesis de lo que se desperdiga abstractamente en los cuadros de costumbres y los cuadros anecdóticos; así como el apunte para un retrato contiene ya latente la expresividad y caracterización del modelo que luego tal vez la obra construida desvirtúe algo, estos trozos de mar, estos «pedazos de agua» sorprendida en su libertad amplia, sintetizan la marina tradicional con sus detalles complementarios de rocas, embarcaciones, celajes, muelles y tierras acunadas por el rumor de las olas.

Y no por ello presupone la idea de ensayo, boceto ó apunte que habrá de ser totalizado para la sensación definitiva. Es el cuadro por entero, con sus cualidades concretas y definitivas de composición y asunto, plenamente acometidas y felizmente resueltas.

Por esto la *Marina* de Ricardo Verdugo Landi alcanza ese límite capaz de la expresión y del sentimiento. La mirada se deleita en la nota armónica, suavemente acordada con sus finos grises, sus densos verdes, sus azules que deslíen la intensidad entre los dos tonos anteriores, y al mismo tiempo que la mirada detiene gustosa su atención en el bello cromatismo, viaja el espíritu como en la contemplación natural del mar gusta de soñar igualmente...

El éxito de esta última obra de Ricardo Verdugo Landi, ratificado por la consagración oficial de una segunda medalla, autoriza algunos comentarios acerca de la personalidad del artista.

Ricardo Verdugo Landi es malagueño. Desde niño se acostumbró á mirar el Mediterráneo que había de imantarle para siempre el alma y las pupilas.

Han pasado muchos años. El artista vive lejos del mar, y, sin embargo, no le olvida. Toda su obra, tan vasta, tan pródiga, que se disgrega de los cuadros á las ilustraciones editoriales, está consagrada al mar. Es como esos románticos esclavos de un amor único á quienes nada, ni aún la infidelidad ajena, entibian la calidez cordial; de esos enamorados que llegan, con los cabellos blancos y una mocedad eternamente florida en el corazón, más allá de los desengaños y los desalentos sucesivos.

Exigen una voluntad recia, tenaz, estas especializaciones como la de Ricardo Verdugo. Una gran modestia también. En España el artista se cree multicorde y capaz de las más diversas aptitudes. Por eso los que resisten la tentación de la diversidad; los que se aíslan del contacto multitudinario para seguir su camino, merecen ser alentados y escuchados.

España no tiene en su historia pictórica del siglo XIX muchos nombres de marinistas. Tres, cuatro nombres á lo sumo, y destacando de ellos, por la natural resonancia de las revistas ilustradas, Martínez Abades, el pintor de las costas del Norte.

Durante su vida tuvo Martínez Abades un rival peligroso, por la importancia de su arte y amable por el noble concepto que tiene del compañerismo, en Ricardo Verdugo Landi.

Mientras Martínez Abades pintaba con preferencia las costas de Cantabria, de Galicia, de Asturias, con su mar plomo y su cielo neblinoso, Verdugo era el ma-

rinista del Sur, el intérprete fiel del Mediterráneo con sus blandas rutilancias, sus serenos crepúsculos y sus nostalgias de los remotos siglos.

Un gran marinista es el maestro de Verdugo Landi. Malagueño como él y lograda ya una sólida fama cuando Verdugo Landi, adolescente, acude á su estudio: Emilio Ocón.

Emilio Ocón ha llenado varios años el marinismo español. Todavía al entrar en algún olvidado Museo de provincias, en una de esas casas donde el espíritu racial se conserva como un fuego sacro, hemos hallado lienzos firmados por Emilio Ocón. Son grandes cuadros, un poco ennegrecidos por el tiempo. Escenas fugitivas que el arte cuidó de eternizar: barcas pesqueras á contraluz de los horizontes, calmas deliciosas en el mar suavemente adormecido, vésperos radiantes que hacen rutilar el agua con fulgores áureos y rojos.

Ricardo Verdugo aprende á pintar bajo la mirada bondadosa y el talento experto de Emilio Ocón. Del maestro conserva el respeto al natural, la normalidad constructiva, el deseo de hacer poesía de un modo sano y sencillo con el agua y las nubes. En 1887 empiezan á circular por Málaga las primeras obras de Ricardo Verdugo. Son tablitas de minucioso estilo, de ingenuos y candorosos temas. El tiempo irá ampliando su concepto del arte, depurando las cualidades innatas que el maestro Ocón procuraba encauzar y fertilizar.

Inevitablemente Ricardo Verdugo ha de concurrir á las Exposiciones Nacionales. En España la protección oficial—tan exigua, tal mal distribuída—es el lógico señuelo de los artistas que no tienen más que sus pinceles y el divino embrujamiento del arte. Por eso presenciamos el caso de tozudez necesaria con que los pintores españoles buscan la medalla que significa el dinero inmediato, la cátedra futura, el sosiego para una labor fecunda y tranquila.

Ricardo Verdugo Landi expone desde muy joven y siempre con un entusiasmo

inquebrantable. Desde hace veinticinco años su nombre aparece en todos los catálogos de los certámenes oficiales.

En 1896 obtiene tercera medalla con un cuadro donde ya encontramos latente el concepto sano y franco que esta *Marina* de 1920 sostiene en alto. El cuadro se titulaba *Oleaje*.

Diez años después otra tercera medalla con el lienzo *Alta mar*, cuando Ricardo Verdugo tenía, además de la reputación de pintor, la de ilustrador editorial.

Su firma figuraba en *Blanco y Negro*, en *Nuevo Mundo*, en *La Vida Moderna*, en todos los semanarios de aquella época. Y no solamente en los españoles. Las revistas americanas también publicaban sus dibujos de asuntos marítimos.

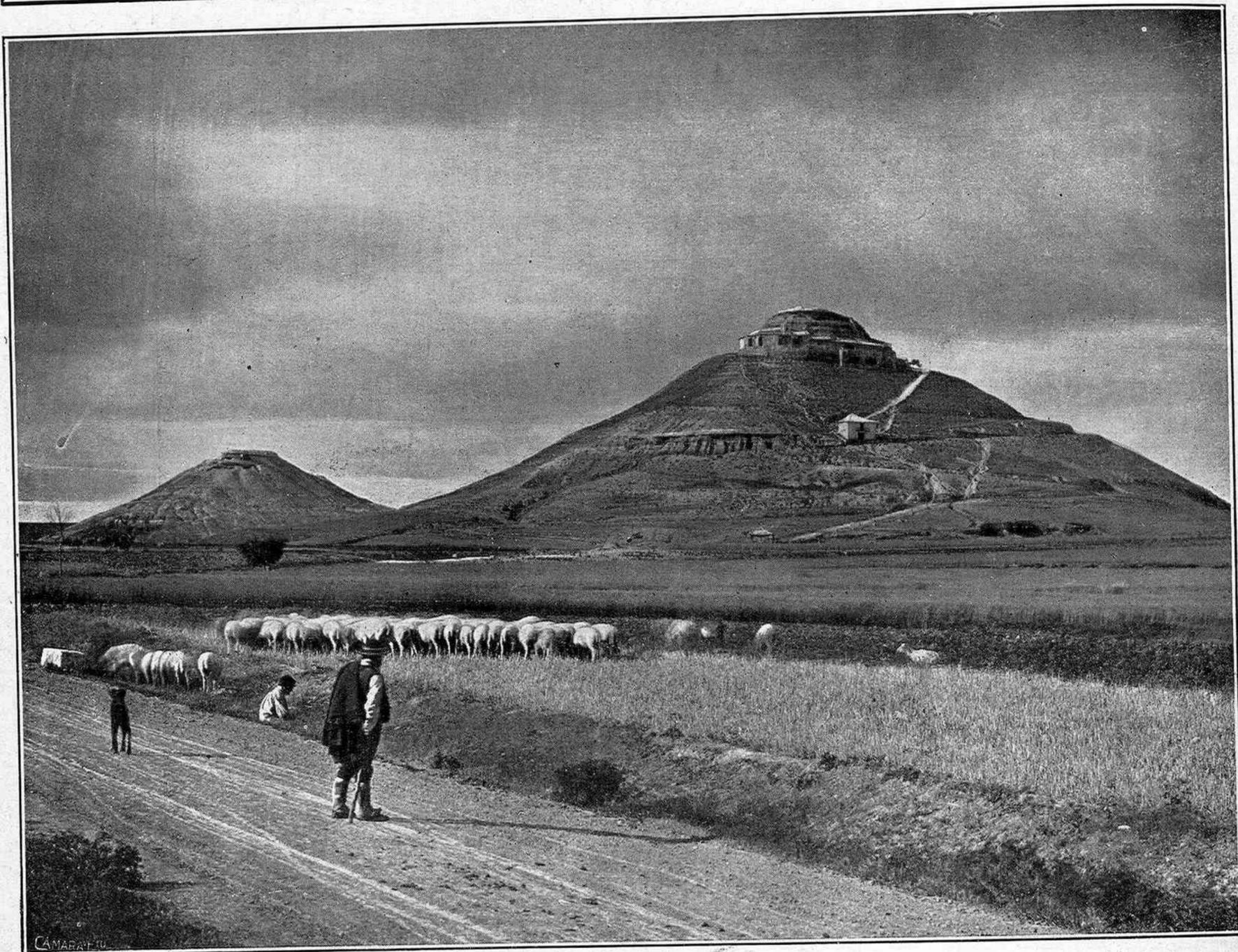
En 1917 obtiene segunda medalla en la Exposición Universal de Panamá; en 1919 gran diploma de honor en la Hispano-francesa de Zaragoza, y finalmente, en la Exposición española de París, su cuadro *Puesta de sol*, elogiado por la crítica francesa, es adquirido para una Pinacoteca particular.

Antes, en la Nacional de 1917, un cuadro de grandes dimensiones, *Sol de la tarde*, pintado con empuje vigoroso y diestro, si bien no logró esta merecida segunda medalla de ahora, se adquirió con destino al Museo de Arte Moderno, donde ya se conservaba *Alta mar*.

Ricardo Verdugo Landi, alejado del mar, al que retorna de cuando en cuando con un ansia fervorosa, va desmigajando su talento en el arte frívolo y fugaz de las ilustraciones. Pero todos los días, como un desterrado del ensueño, se encierra en su estudio y va evocando su Mediterráneo ante los centenares, los millares tal vez, de apuntes y bocetos que le rodean como las reliquias á un creyente...

:: MIRANDO ::
AL PASADO

EL CRISTO DEL OTERO



Palencia.—El Santo Cristo del Otero, al anochecer

ESTA cima culminante, parda y yerma, que en la llanura castellana avanza hacia el río Carrión, es uno de los puntos más pintorescos para abarcar todo el contorno palentino, desde las postreras arboledas de Venta de Baños hasta los caseríos de Grijota.

Antes de emprender la ascensión á ella hay que elevarse por completo al Otero, donde está el santuario del Cristo, tan venerado en la comarca y visitado desde luengos años por todos los viajeros que por allí pasaron.

No hay frondas espesas, ni colores en el campo, ni perfumes en el aire. La piedra, sólo la piedra monda, sube por la montaña áspera y se retuerce en escalares que descubren nuevos panoramas.

Abajo, perdida en la lejanía, queda Palencia, la ciudad antiquísima, que á su brillante historia une la gloria de haber tenido la primera Universidad de España, fundada por Alfonso VIII. La de las fábricas de mantas y estameñas, con su catedral gótica; la iglesia ojival de San Pablo, el palacio del Cid y las calles y casas que parecen seguir viviendo en plena Edad Media.

Y todo de una vez, de una ojeada, como á vista de pájaro.

Después de arribar al santuario y percibir el sordo esquileo del ganado que ramonea camino del aprisco, cuando nada perturba el silencio y la calma de la tarde, va y viene por los campos la voz del pasado contando curiosidades. Es entonces cuando la imaginación se abraza á la leyenda y ve todo lo que le cuentan.

Montado de espaldas en vieja y perezosa mula, un estudiante, uno de aquellos simpáticos

sopistas que envolvían su cuerpo en negra y agujereada capa, va silbando una copla alusiva á cierta hilandera festejada y coronada por Pascua de Pentecostés, y llevada en palmitas desde el pontón de San Isidro á la última parada de los molinos del Cabildo.

— Los estudiantes, inquietos y andariegos, forman parte de las antiguas caravanas, alternando con los mercaderes, gitanos y soldadesca que cruzaba la Península para guerrear y llevar prisioneros. Acaso este sopista conoció al general Blayney, del cual yo he glosado algunas Memorias, y estuvo en el Alcázar segoviano y presencié los fusilamientos de Santa María de Nieva.

Tipo singular de nuestra España y de nuestra picardía. El sopista, que padecía hambre, pedía limosna y desertaba de las aulas por correr la tuna á través de pueblos y villorrios, siempre rasgueando la vihuela y propicio al regodeo y á la jácara.

Pasa después un clérigo con el quitasol bajo el brazo y un libro en la mano. Le veis todas las tardes, luego de almorzar, en la solana de la muralla. Le veis, igualmente, á prima noche, entrar en la catedral. Y si os acercáis y conseguís su charla, os dirá al detalle todo cuanto sabe del sepulcro del abad de Husillos, de los tapices, de los cuadros, de la capilla de Santa Lucía y del reloj del trascoro.

En un birlocho cruzan dos extranjeros, prevenidos con paraguas y anguarinas. Corren de un lado á otro, mirándolo todo detenidamente, curioseándolo, anotando sus impresiones en un cuaderno. Han visitado el convento de San Fran-

cisco, el hospital de San Antolín, el castillo de Fuentes de Valdepero y la iglesia de Carrión de los Condes.

Coronadas con guirnaldas, zurrando panderos y coreando una tonada, vienen unas mozas coloridas que han tenido la honra de nacer en unos pueblos amorosos que se llaman Amusco, Piña, Torquemada, Cevico... Son las hilanderas famosas que bajan por el soto del Obispo, por el arroyo de Villalobán, y entran en los batanes á fabricar cobertores después de haber bailado en la romería.

Estos personajes suben al altozano y rezan al pie del Cristo del Otero, cuyo nombre lo toma de la colina yerma y parda que en la llanura castellana avanza hacia el río Carrión, por tierras que se llaman de Campos, y son por la producción del trigo el granero de Castilla.

Como por instinto, movidos por idéntica piedad, los labriegos se reúnen en el santuario del Cristo del Otero, esperanzados de alcanzar las divinas mercedes. Por eso en los caseríos se ve todavía la imagen milagrosa perpetuando el favor recibido. Y se invoca á Cristo en los cantos populares, y le llevan velas unas ancianitas, y todos suben en peregrinación al santuario.

Suena una campana. Hácese noche. Las horas ruedan en el correr de los siglos. Palencia se esfuma y queda como sepultada.

Los montes se empequeñecen. El espíritu sube por encima de las nubes. En el cielo brillan las estrellas. En la tierra tintinean las esquilas del rebaño.

ANTONIO VELASCO ZAZO

LIENZOS ANDALUCES
EL PATIO ÁRABE



Es como un cofre cincelado por el primor paciente de un mago artifice, este patio andaluz: pequeño, rectangular, con sus paredes de artesonados con filigranas multicolor, semeja una arqueta repujada por el buril de un prodigioso miniaturista.

Sus arcadas son encajes de complicada labor, talladas en mármol, en jaspé, en piedra, alzándose sobre columnas finas, graciosas y torneadas como brazos de danzarinas de piel dorada por el sol... Las franjas de azulejos, al reflejo de la caliente lumbre de la tarde estival, despiden fulgores metálicos... En las galerías, las puertas de recia madera tallada se cierran ante el misterio de los camarines silenciosos, durmientes en la fresca penumbra de la siesta. Un farol de forja sevillana, con hojas de acanto estriadas en hierro, pende del techo del corredor, ante una imagen de la Virgen pintada en loza de la Cartuja con vivos colores cálidos...

Es lo único que contrasta en el patio, restándole su hechizo de joya árabe, sensual y magnífica... El símbolo cristiano es como un reproche á la inefable voluptuosidad que impregna el alma ante la maga armonía de este patio andaluz, sobre cuyo suelo las losetas de fino mármol aún parecen conservar la huella, ligera como una caricia, de los pies desnudos de las odaliscas...

El fotógrafo encontró bien el complemento del ambiente en la figura femenina que decora el bello interior, como si junto al triple tazón del surtidor el objetivo hubiera retratado todo el espíritu y el encanto evocador del viejo patio...

Patio de sultana, patio de harén perfumado

por la fragancia sensual de los jazmineros; corazón de la casona árabe; junto á él, la figura de la esclava con sus brazaletes de oro sobre la piel bronceada, sus pies desnudos y sus rayadas vestiduras de brillante coloración, resucita todo el encanto del pasado, remoza el espíritu con la visión pretérita del patio morisco...

Los arcos, las columnas y el encaje de mármol rememoran al alarife gran señor y artista que lo construyera, para que en él las horas del ocio y del amor fluyeran recatadas y misteriosas, tras las urdimbres de las celosías, al dulce suspiro de la guzla que tejía en el aire su aljófár musical mientras en el triple tazón de la fuente saltaba la vena del surtidor para deshacerse en el aire, á la luz del sol, en una musical catarata de fulgente pedrería... Las enojadas manos ociosas de la favorita destrenzaban los cabellos de ébano de su esclava predilecta, tendida, con la voluptuosa pereza de un felino sobre los cojines de seda; los pebeteros embriagarían el aire con sus espirales azuladas; entre los mirtos de los arriates las adelfas abrirían sus broches de carmin; la carnazón sensual de los nardos

la imagen cristiana espantó el recuerdo de las odaliscas y de las «kasidas» sensuales; el signo de la cruz luce en la cancela de primoroso calado férreo...

En el viejo patio andaluz, la vida moderna ha matado á la tradición... En las galerías, las bujías eléctricas han sustituido á las lámparas que ardían en óleos perfumados, y en los rincones donde los pebeteros quemaban la mirra, giran ahora, en las noches de verano, las aspas de acero de un ventilador...

Todo lo que era amor, ensueño y voluptuosidad, ha desaparecido del viejo patio árabe... Tan sólo en las noches lunadas revive el pasado en la canción monorrítmica que canta el surtidor al barbotar deshaciéndose sobre el triple tazón de la fuente...

Sólo el agua canta aún la misma canción legendaria, como si á través de los siglos en ellos hubiese quedado encantado, latiendo eternamente, el corazón de la raza mora que dió vida á la maravilla sensual del viejo patio...

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

LA PINACOTECA MODERNA DE MUNICH
 LOS PINTORES DEL REY LUIS

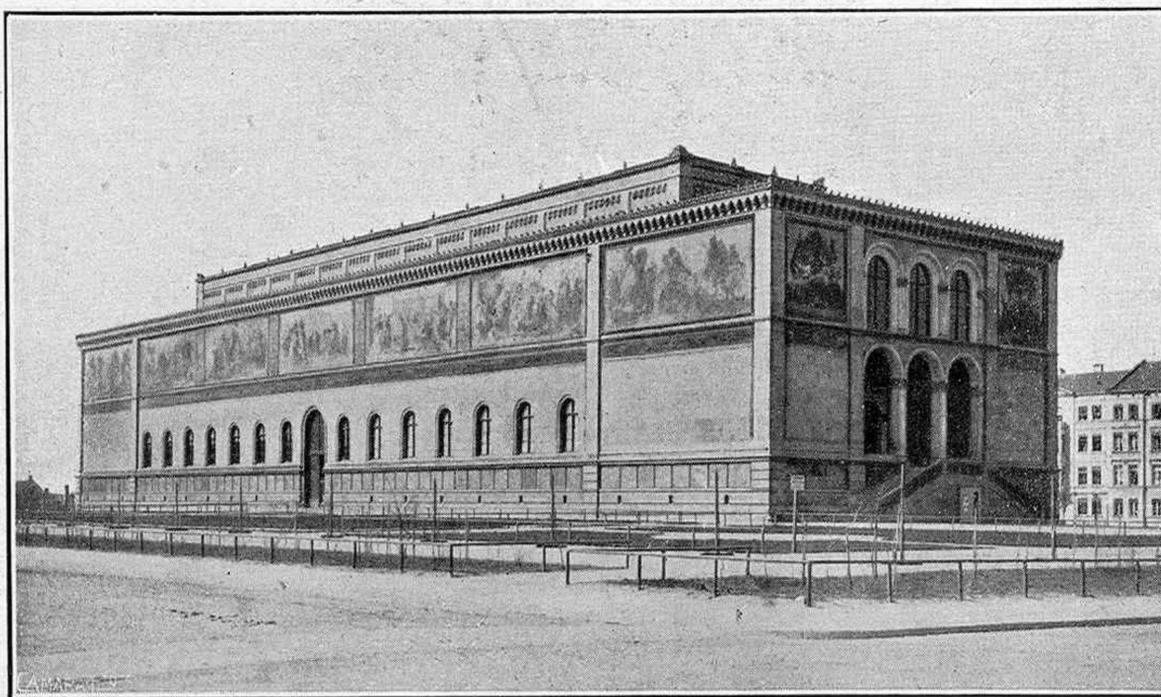


Kaulbach.—“La destrucción de Jerusalén”



Kaulbach.—“Homero”

NADA tan hermoso en Europa como la plaza de Munich, donde, rodeados de jardines, se alzan los edificios de las Pinacotecas antigua y moderna. Aquel Rey loco y artista que embelleció la capital bávara conquistó bien el recuerdo que la posteridad tiene de él, y supo hacer merecimientos para que le perdonásemos sus humanísimas extravagancias. En la Pinacoteca antigua, de la que ya he hablado en estas páginas de LA ESFERA, todo es severo y clásico, y respetuoso de la tradición y de los cánones artísticos. Su arquitecto, Klanze, parece huir en aquel edificio de su bien probada originalidad. Imita un palacio romano de



La nueva Pinacoteca

los que alzara el Renacimiento; pero ¡en la Pinacoteca de arte moderno...! Allí se desató la fantasía del Rey loco. Voit recibió el encargo de hacer un edificio que no se pareciera a ningún otro del mundo; un edificio modernísimo, que diera idea del arte nuevo y novísimo del que iba a ser templo, y además, que fuera útil; esto es, que, destinado a museo, tuviera, sobre todo, luz venida del cielo y muros donde colgar los cuadros. Voit trazó un rectángulo y alzó sobre sus líneas cuatro muros, sin más huecos que unas cuantas ventanas en el piso bajo, donde habían de instalarse el Anticuarium y la sala de las porcelanas pintadas. Así, el edificio lo mismo pue-



Ramberg.—“De sobremesa” (1819-1875)



Hasenclever.—“Un examen” (1810-1853)



Schrandolf.—“La Virgen, su Hijo y San Juan”

do parecer un enorme cajón que una fortaleza. Para cubrir los enormes muros exteriores, dibujó Kaulbach, el divino, el admirable, el latinísimo, los bocetos de unos frescos que pintó Nilson. Fué esto allá por los años 1850 al 1853, y ¿quién habló de coloristas modernistas, impresionistas, como cosa de nuestros días? ¿No conocéis la fiera indignación con que los críticos ingleses y franceses han anatematizado estas pinturas? «Nada más disparatado — dice Tissot — que aquella mezcla de chillones colorines verdes, amarillos, rojos y violetas.» A Teófilo Gautier, tan revolucionario, le indignan.

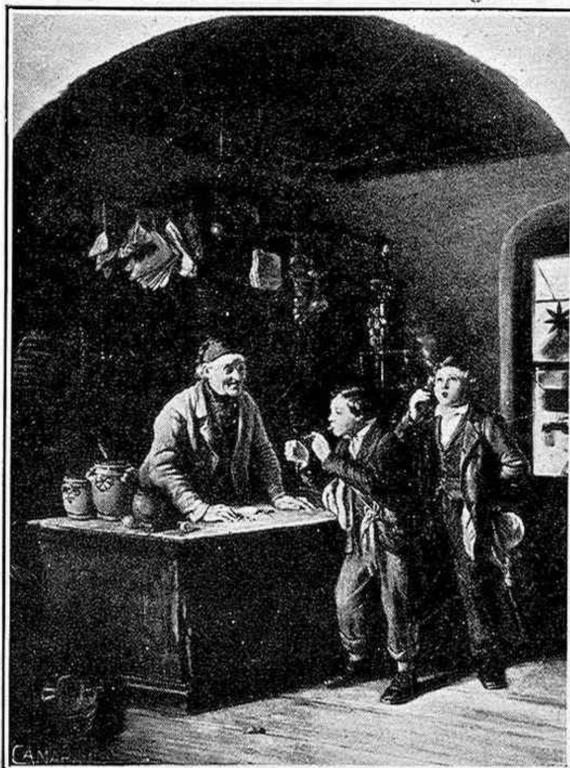
Uno de los frescos nos explica claramente el propósito de aquella intentona reformadora, y nos lo explica con una inscripción harto clara: «Los artistas del Rey Luis combatiendo á la hidra del mal gusto.» Y están allí Cornelius, Overbeck, Hasenclever, Schrandolf, el propio Kaulbach y los escultores y arquitectos de aquel reinado...

La crítica de aquella época no se atrevía á negar abiertamente á Kaulbach sus condiciones prodigiosas, y le suponía inspirado por el Rey Luis. Ciertamente, los frescos de la Nueva Pinacoteca fueron durante veinticinco años la burla de toda Europa. Luego toda Europa ha querido pintar como se pintaron aquellos frescos.

Los franceses no han transigido nunca; no han querido reconocer que la protección del Rey Luis llegó á crear una escuela de Munich. Se inclinan ante el genio de Kaulbach; se inclinan ante él, desgermanizándolo. Es el Voltaire

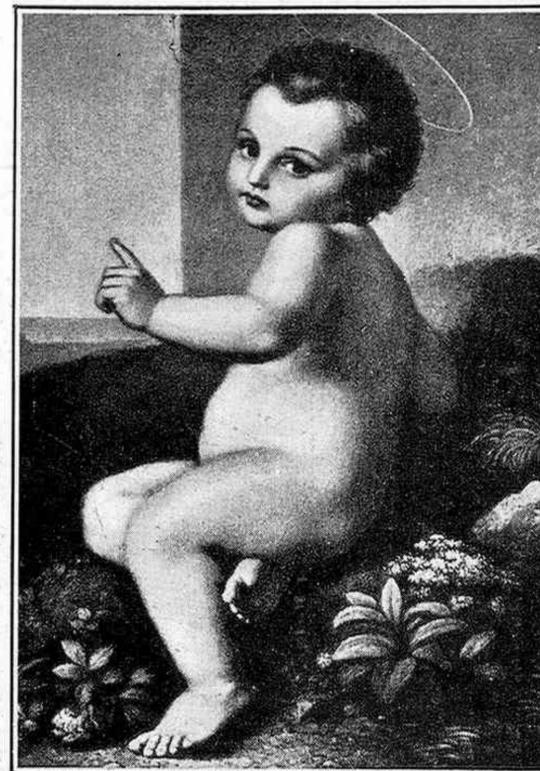
de la pintura, se dice de él. Se resume en Kaulbach el siglo XIX, con sus dudas y sus esperanzas, sus blasfemias y sus oraciones. Al salir de las orgías paganas, Kaulbach cae en éxtasis y pinta las vírgenes y los serafines que parecen arrancados á Rafael. Así también Voltaire oía misa en Ferney.

Se le censura haber sido el amigo íntimo del Rey Luis, que pasaba en su taller más tiempo que en su palacio, y se le censura que diera suelta á su vena satírica, burlándose en sus dibujos de los amores del Rey con la bailarina Lola Montes, la española que llegó á gobernar en Baviera.



Rhomber.—“El primer cigarrillo”

A principios del siglo XIX, Federico Overbeck se instala en Roma, rodeado de sus discípulos Pedro Cornelius, Guillermo Schadow, Felipe Veit, Julio Schnorr y Enrique Hess. Son los fundadores de la escuela bávara; son los precursores. No crean — os dicen los críticos —. Son esclavos del pasado y de la imitación. Se les ve en el fondo del convento romano, donde se han instalado, rehacer, como los antiguos monjes miniadores de códices, los tipos de las vírgenes italianas y las cabezas de los Cristos bizantinos. No se atreven á pasar de Rafael. Así, este arte, llamado pomposamente el «nuevo arte cristiano», no fué ni una metamorfosis ni una revelación. No hay tal escuela de Munich, ni en aquellos precursores ni en quienes siguieron su evolución. El arte alemán había quedado enterrado en las tumbas de Dürero y Lucas Kranach. Ex-



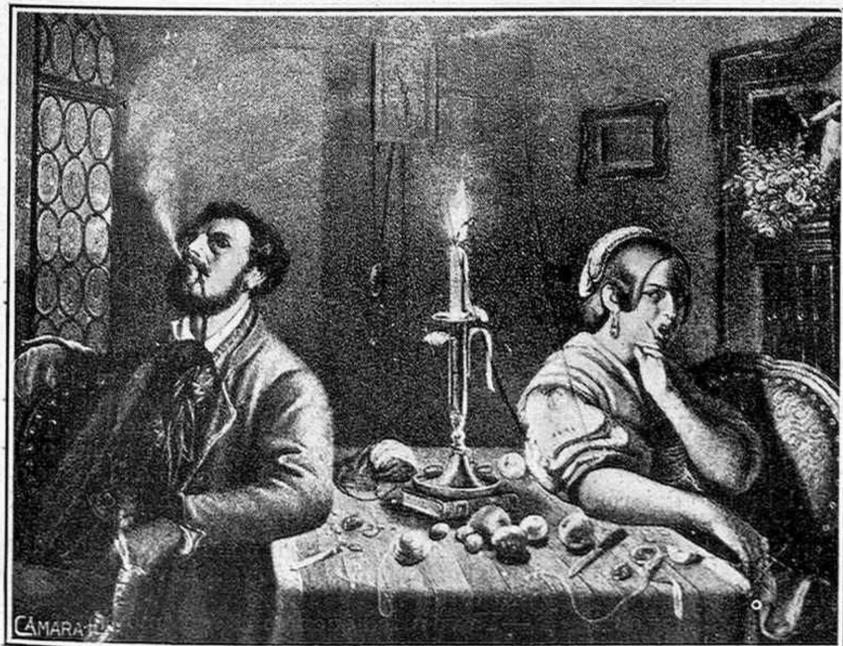
Dörner.—“El Niño Jesús” (1809-1866)

cluyendo á Kaulbach, que tiene una personalidad siguiendo á Miguel Angel, todos los demás son copistas y son imitadores. Así resume Víctor Tissot el pensamiento de la crítica francesa.

Entrad en la Nueva Pinacoteca. He aquí de Hess, uno de los precursores, el admirable retrato del escultor Thorwaldsen. ¿No lo firmaría Holbein? He aquí del suizo Keller, educado en Munich, un cuadro portentoso que han popularizado los grabadores y los litógrafos: *Jesús resucitando á la hija de Jairo*, y otro cuadro conocido en todo el mundo: *el Cristo yacente*, de Loefftz. El beso con que Romeo se despidió de Julieta en el cuadro de Víctor Muller, deja una impresión honda en nuestro espíritu latino, así como el sombrío entierro de Cristo en el cuadro de Piglhein, reproducido millares de veces. Los retratos de Isabel, la bella Emperatriz de Austria, por Schrotzberg; de Teresa, Reina de Baviera; Matilde de Hesse; Otto y Amalia, Reyes de Grecia; Leopoldo y Adalberto de Baviera y tantos otros, por Stieler; de Jenison-Walworth — portentoso como un Van-Dyck, como un Velázquez, como un Goya —, por Winterhalter, bastarán para que creyéramos que el esfuerzo del Rey Luis no fué estéril.

Habría una escuela bávara, aunque en esta Pinacoteca no pudiéramos admirar la obra portentosa de estos tres pintores que llegan á las más completas perfecciones: Kaulbach, Feuerbach y Lenbach, y que prueban que no quedó enterrado el arte alemán en las tumbas de Lucas Kranach y de Dürero.

MÍNIMO ESPAÑOL



Hasenclever.—“Disgusto de familia”



Kauffmann.—“Jesús y la Samaritana” (1741-1807)



REDENCIÓN

AQUEL grupo de solterones y de mozalbetes ya aburridos, que distraía su tedio ideando bromas de un humorismo feroz, dominaba al pueblo merced á una de esas cobardías colectivas, base de todas las tiranías del mundo. Cuando se recordaban algunas de sus farsas, siempre impunes, hasta quienes sonreían más hipócritamente acallaban un noble disgusto que no dejaba fructificar el miedo. La última fechoría llevó el ridículo y la desventura á un padre de seis muchachas harto deseosas de casarse; y fué tan descarnada, tan cruel, que decidió al párroco nuevo á intervenir. Algunos prudentes trataron de disuadirle; pero él supo responder á cuantos confundían la prudencia con la renuncia á intentar el bien rodeado de peligros:

—Mi deber es intentar algo... Ya sé que no es fácil... Menos debe de serlo el ir á evangelizar á tierras de salvajes, y otros van.

—Siquiera aquéllos son salvajes del todo... Usted es muy joven... Tenga cuidado.

—Tendré fe, que vale más... Y como ellos no han de venir por mi casa ni van por la de Dios, iré á buscarlos á su tertulia. No me van á comer... Sólo los que se sacrifican por el bien merecen la ayuda del Cielo.

Y sossegadamente se encaminó hacia el temible rincón del Casino, en donde tenían establecido, desde hacía años, su satánico laboratorio aquellas malas almas, siempre dispuestas á ahogar entre risotadas las lágrimas saturadas de dolor.

Mientras se acercaba, su imaginación, remontándose hacia el pasado, traíale recuerdos de la niñez y de los años del Seminario, donde, entre la cosecha baldía de los rumiadores de latín, sin espíritu ni elevación, había florecido su

alma férvida, ávida de abnegaciones, de continuo inclinada como un girasol maravilloso, hacia todas las fraternidades. Si su inteligencia no mostró luces excesivas, la voluntad, en cambio, fué excepcional. Huérfano desde el comienzo de la vida y sostenido en el Seminario por una de esas caridades de comité desprovistas de ternura individual, hubo de ganarse la carrera á fuerza de aplicación y sumisión. Muchas veces se mantuvo en el primer puesto á costa de la salud; muchas veces fué á arrodillarse en la capilla para pedir resistencia física. Ni en primavera, cuando él vaho á tierra húmeda y á plantas en germinación subía del patio y triunfaba del olor á incienso, salían sus sentidos de la casta somnolencia. Casi al final de la carrera tuvo delirios, visiones y éxtasis que removieron el Seminario; y cuando, al fin, tomó las órdenes y cantó la primera misa, el obispo, un señor frío, de cortesana elegancia y mirada sagaz, le dijo: «Muy temprano va á empezar usted la carrera más difícil de todas. Tenga en cuenta que la religión no puede ni debe apartarse del espíritu del siglo, y que hoy le hacen falta, más que misticismos sensibleros, un sentido constante del deber... Va usted á ese pueblo á modo de prueba. No olvide que su autoridad ha de ejercerse entre otras autoridades respetables y poderosas, y que la mía vigila.» Estas palabras lo dejaron atónico; pero el cambio de vida y el recibimiento cordial del pueblo restituyéronle pronto el entusiasmo cardinal de su ser... ¿Cómo había de desmayar ante el umbral del primer obstáculo? Los que lo acogieron con benévola duda, á causa de su juventud, veían ahora que las almas iluminadas por el Señor no siguen el escalafón de las edades... El no tuvo nunca edad de jugar, edad

de posar la mariposa frívola del capricho en los accidentes y mirajes del jardín de la juventud; su edad fué siempre la del viajero que va hacia Dios y no quiere perder ni un instante... Al llegar á la puerta del Casino, la inminencia de la realidad lo arrancó de sus evocaciones... Contra su inconfesado temor, los temibles contertulios lo recibieron sin mostrar sorpresa, con urbanidad, y hasta *el Bizco*, el jefe, famoso por su grosería, se levantó para ofrecerle sitio.

—Siéntese un ratito con nosotros, padre.

—Con mucho gusto... Pero he de advertirles que vengo á predicarles el sermón que no quieren oír en la parroquia... Un sermón sobre la caridad y el respeto que nos debemos unos á otros.

—Pues empiece, que aquí estamos nosotros para oírlo... Ya sabemos que se propone santificar al pueblo, y que desde su llegada, las mujeres, no contentas con estar mañana y tarde en la iglesia, querrian hasta meterse en la sacristía.

La saeta se embotó en la inocencia del sacerdote, que, sin hacerse rogar de nuevo, ocupó la ofrecida silla y empezó á hablar. Poco á poco, á medida que exhortaba al bien, entre el silencio misteriosamente serio de los libertinos, debió esparsirse por el pueblo la extraña noticia, pues establecióse lento desfile de curiosos, y hubo cuchicheos, aspavientos. Cuando sonó el toque de vísperas, la plática no había concluido aún, y fué preciso interrumpirla, aplazarla.

El Bizco, hablando en nombre de todos, despidió al curita con palabras á la vez afectuosas y bruscas:

—Ya ve usted que no nos comemos los frailes crudos, y hasta que sabemos atender de veras, sin roncar, como ciertas beatas. Siempre que tenga usted un ratito para dedicarlo á estos po-

bres herejes, venga por aquí. Queda invitado.

—Ya lo creo que vendré. Dios les guarde.

Y a pesar de los redoblados consejos de algunos, volvió no sólo una vez, sino varias, hallando todas la misma deferente atención. Jamás lo interrumpieron ni contradijeron, y, al cabo de un mes, sus prédicas obtuvieron dos resultados innegables: ninguna fechoría de las antes frecuentes volvieron a afligir al pueblo, y una mañana, cuando más compenetrado estaba en el sacrificio de la misa, al volverse para bendecir, vió junto á la puertecita del presbiterio á uno de los secuaces del *Bizco*... ¡Ah, qué alegría más pura, qué mirada tan plena de gratitud y júbilo la que dirigió al hombre oculto tras la columna, y á la imagen cuya triunfante mansedumbre resplandecía entre el oro mate del retablo!... Y en la oración ritual engarzóse esta otra oración: «¡Gracias, Señor, por haber permitido que siquiera una de las simientes lanzadas por tu siervo haya caído en tierra propicia!»

Por la tarde fué con emoción á la tertulia y sonrió dulcemente al neófito, que bajó los ojos. El medio día había sido canicular, y la tarde no descolgó de los vecinos montes las brisas. Aun cuando las ventanas estaban abiertas, lento sopor llenaba la sala baja del Casino. Al verlo abanicarse con la teja, *el Bizco*, guiñando casi imperceptiblemente el ojo extraviado, propuso:

—Hoy tiene que tomar algo con nosotros el señor cura; es mi cumpleaños y quiero festejar.

—Si es cosa fresca, con mucho gusto; también yo tengo algo que celebrar hoy.

El Bizco se levantó, y poco después trajo el camarero una bandeja con grandes copas llenas de un líquido rosado, en cuyo fondo descansaba densa capa de azúcar, y sobre el cual flotaban algunas hojas aromáticas entre pedacitos de hielo.

—Bebamos por la salud del padre.

—Por la de todos, y por el arrepentimiento y enmienda de los equivocados.

Y apuraron las copas hasta el fondo... Era una de esas bebidas hipócritas que refrescan la boca y llevan á las entrañas diabólico ardor, que pone en las ideas nieblas y exaltaciones. Antes de que

podiese advertirlo, hicieronle beber otra copa, y, de pronto, las luces, las palabras, los recuerdos, en lucha contra la voluntad heroicamente tenaz y más débil á cada instante, iniciaron en su cerebro una danza de ritmo loco... Las conversaciones, sostenidas hasta entonces ante él en tono de mesura, se elevaron y entrecruzaron, concluyendo de aturdirle. Quiso levantarse y no pudo. Sonó el toque de oración, y en cuanto empezaron á pasar las primeras gentes hacia la iglesia, *el Bizco* tomó al curita del brazo y lo ayudó á levantarse.

—Eso le pasa á cualquiera; no se apure... Yo le acompaño... No dé traspiés.

Salieron á la calle, que al pobre enfermo le pareció cerrada y angosta, como un ataúd donde llevaran á enterrar su dignidad. Detrás de ellos, á algunos pasos, en coro abominable, los contentulios explicaban á cuantos se sorprendían dolorosamente ante la inesperada escena:

—No se está todos los días para beber... Por mucho que se resista, siempre llega el día en que el vino puede más que uno.

Lo llevaron á su casa y, contra la voluntad de la anciana sirvienta, entraron hasta la alcaoba con algazara y befa. Ningún detalle bochornoso fué omitido; y como si esta inicua venganza del bien intentado por el cándido iluso no bastase, á los pocos días, cuando la estela de escándalo iba ya amortiguándose, comenzaron á circular, propalados nadie sabe por quién, rumores aún peores que el escándalo mismo... En vano se dirigieron al *Bizco* y á sus corifeos en demanda de confirmación: nada negaban ni afirmaban; mas sus sonrisas permitían suponer mil probabilidades, todas contaminadas de hiel y vilipendio. El rumor arrastróse primero por las calles; reptó luego, cual un reptil, para penetrar, en forma de miedo ó de insidia, en las casas... Y hubo un pasmo de consternación. «El curita ha publicado la otra tarde los pecados más íntimos y terribles de sus feligreses... Nada hay ya oculto en las conciencias... —decíase—. Las faltas, no sólo de acción, sino de pensamiento, podrán ser pregonadas en la plaza pública!...» En dos días la vida del pueblo se transformó, y

un vacío de desconfianza separó á los más íntimos. En la iglesia, ante el esplendoroso altar, las sillas, alineadas en quietud de abandono, decían al curita, abrasado más de estupor que de arrepentimiento, que su rebaño huía para no perderse con el pastor necio, olvidadizo de que los lobos más temibles suelen cubrirse con pieles de oveja... «¿Era verdad... era verdad que su boca de hombre escupió los pecados que sólo en sus oídos de sacerdote debieron caer?... La memoria, estrellándose contra el muro vaporoso y formidable del alcohol, nada le decía; y en vano impetraba de Dios, al alzarlo trasfundido entre sus manos, la revelación del misterio... «¿Era verdad ó era maldad?... Durante una interminable semana sufrió el aislamiento del que posee un secreto peligroso y contagioso cual una llaga. Alguien debió escribir al obispo, porque llegó una carta ordenándole comparecer con urgencia. Desde detrás de las ventanas, con miradas oblicuas, el pueblo lo vió una mañana partir hacia el pueblo próximo, por donde pasaba el ferrocarril, y nadie salió á despedirlo. Al otro día, por unos trajinantes, se supo que había aparecido despeñado en uno de los hondos precipicios que orillaban el camino, y una reacción de lástima devolvió entonces al pueblo su dignidad, su nobleza... Todos tuvieron esta certeza súbita: «No, no...; el curita no había dicho nada... El curita era un santo... un ángel!...» Cuando lo trajeron y, puesto entre cuatro cirios, pudieron ver su cabeza hendida, sus ojos medio cerrados, y su boca, que ya no podría descubrir ningún secreto, una procesión, verdaderamente conmovida, se organizó. Ninguno quiso dejar de velar un instante aquellos despojos jóvenes, casi infantiles, y muchos se preguntaban si la Muerte, en vez de herirlo por sorpresa con su guadaña, no habría tenido que apresurar el paso y abrir los brazos maternos para acogerlo en su refugio.

Y por primera vez desde hacía muchos años, aquella noche no acudieron *el Bizco* y sus amigos á la tertulia.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

DIBUJOS DE V. DE SEIJAS

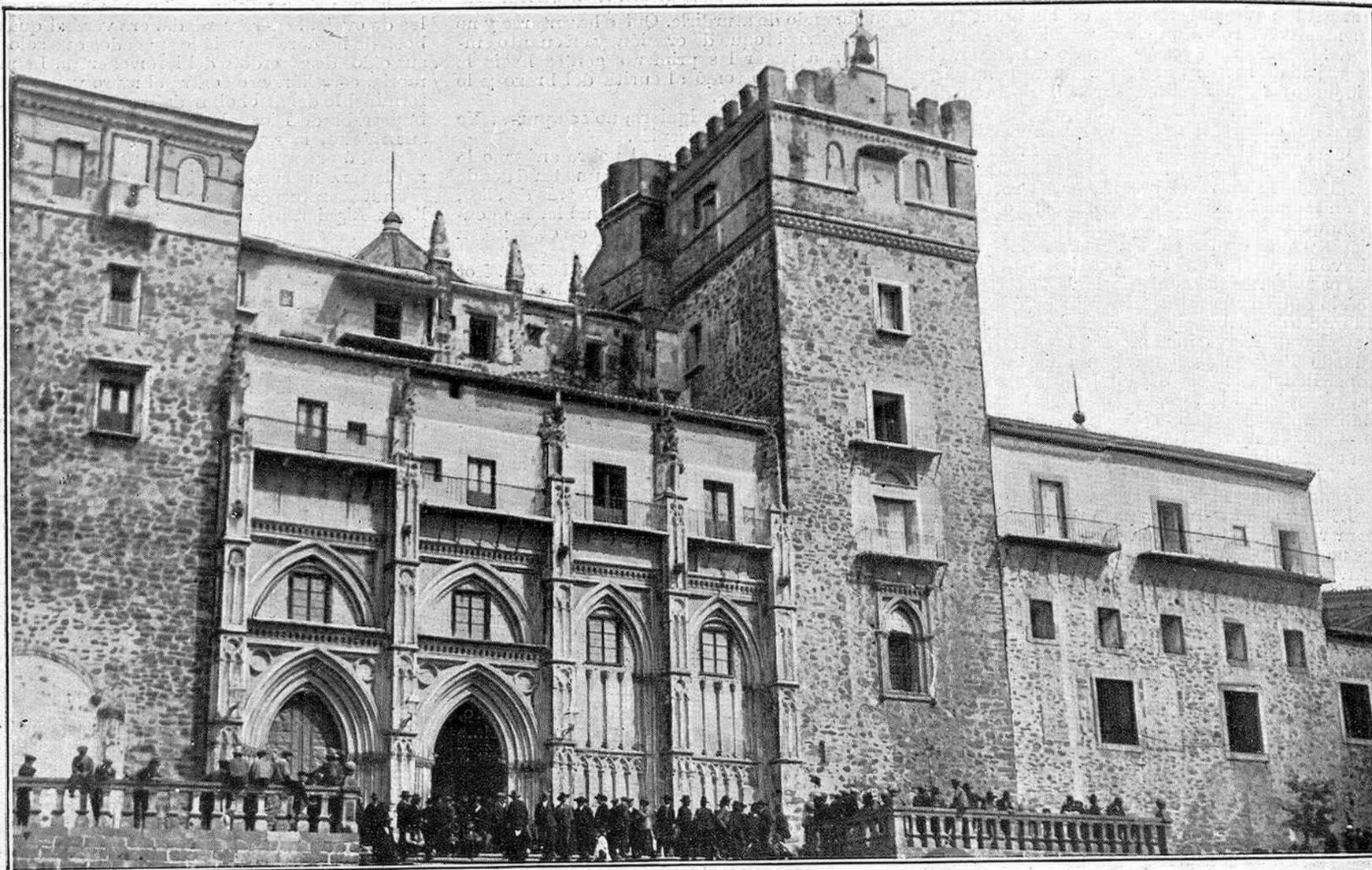
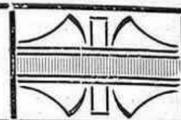


ATENCIÓN
BIBLIOTECA
MADRID



LOS TESOROS DE ESPAÑA

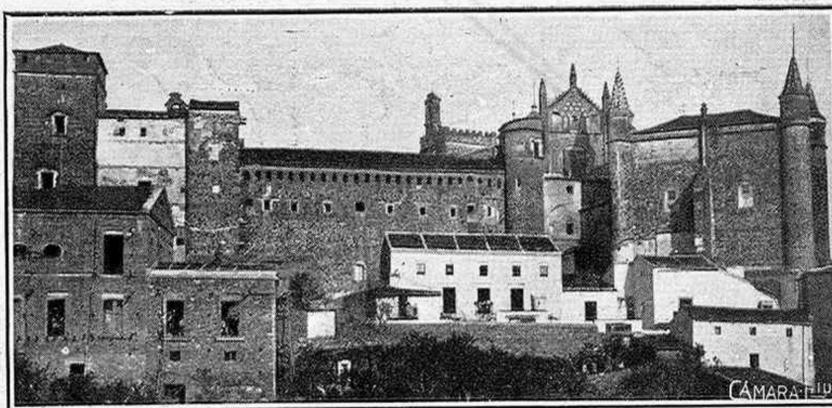
UNA EXCURSIÓN A GUADALUPE



Fachada del Monasterio y de la hospedería

La Semana Santa es para el alma cristiana un oasis, un momento de purificación en que resplandecen con mayor intensidad los sentimientos con que el Supremo Hacedor marcó en la Humanidad su obra maravillosa... Suspende la vida un punto su mecánica actividad para saturarse del aroma del espíritu, con el afán de embriagarse en la sensación del bien infinito, de la belleza perfecta, de la verdad absoluta.

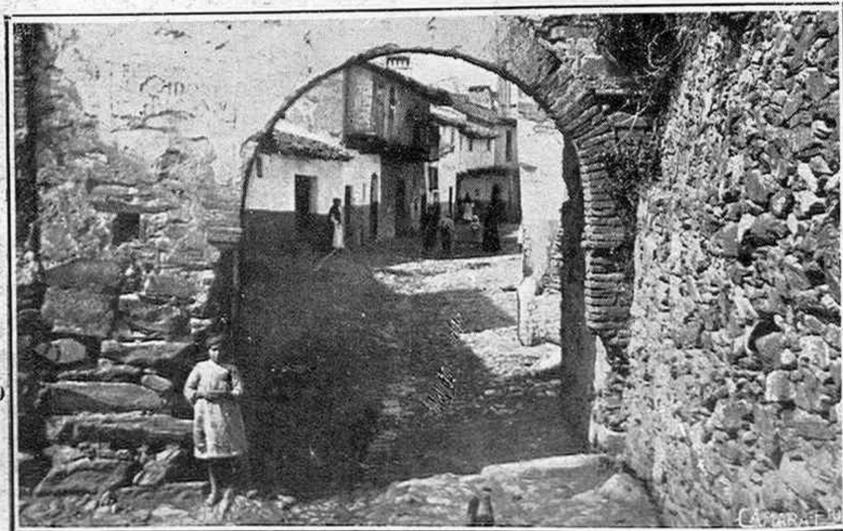
En esta disposición de mi ánimo, surgió el deseo de sorprender el misticismo de los días Santos en que conmemora la Iglesia la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, en un lugar tan adecuado, tan atra-



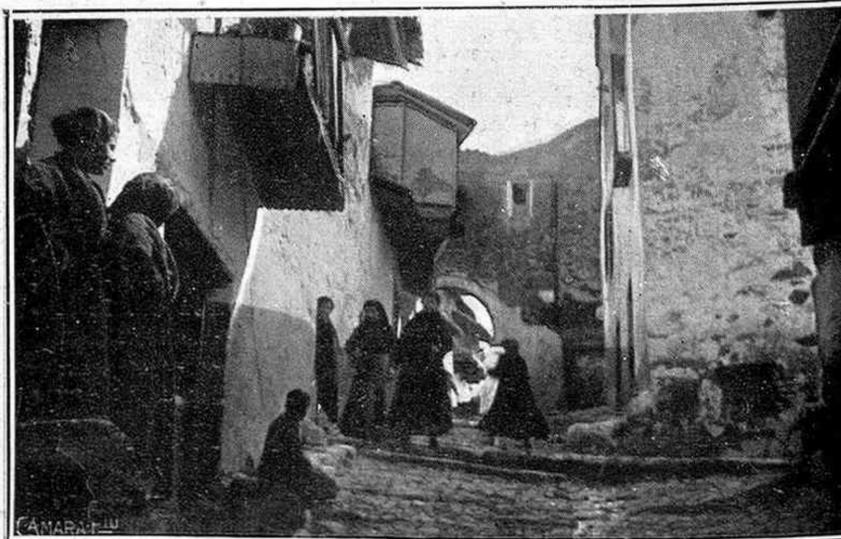
Vista general del Monasterio

yente, tan sugestivo como el Monasterio de Guadalupe. Símbolo prodigioso de la Fe cristiana, en aquel apartado rincón hundido tras la doble barrera de los cerros de San Vicente y Guadarranque, se levanta el fantástico palacio que construyeron genios y colosos de la Historia, en holocausto y tributo de humilde devoción a una imagen de la Santísima Madre de Dios, de la que se disputaron, favorecidos con milagros y mercedes, desde el humilde pastor atribulado de la leyenda, hasta Reyes tan poderosos como Isabel y Fernando y como el gran Felipe II.

Y la excursión es fácil. Los ochenta kilómetros que se re-



La entrada al pueblo



Una calle del pueblo

corren en un automóvil que sale de Oropesa á las trece y minutos, poco después de llegar el tren que parte de Madrid á las ocho y diez minutos, ofrecen al viajero, con generosa compensación, paisajes interesantes, bellísimos, en esta estación primaveral, y emocionantes en los puntos en que, culminando la altura de los puertos ya citados, á la bravía escarpadura de los picachos que emergen del valle recortándose en la caprichosas sinuosidades de los barrancos, sucede el rápido descenso por la ondulada carretera que se retuerce describiendo curvas y anillos de una perspectiva tal, que á la vista del viajero produce la ilusión de una temeraria ruta y la sensación de inminentes saltos por los atajos peligrosos que el camino va sorteando prudentemente.

A las cinco horas de camino llega el automóvil á Guadalupe, y al pie de la escalinata del Monasterio, en la plaza del pueblo, rinde el viaje.

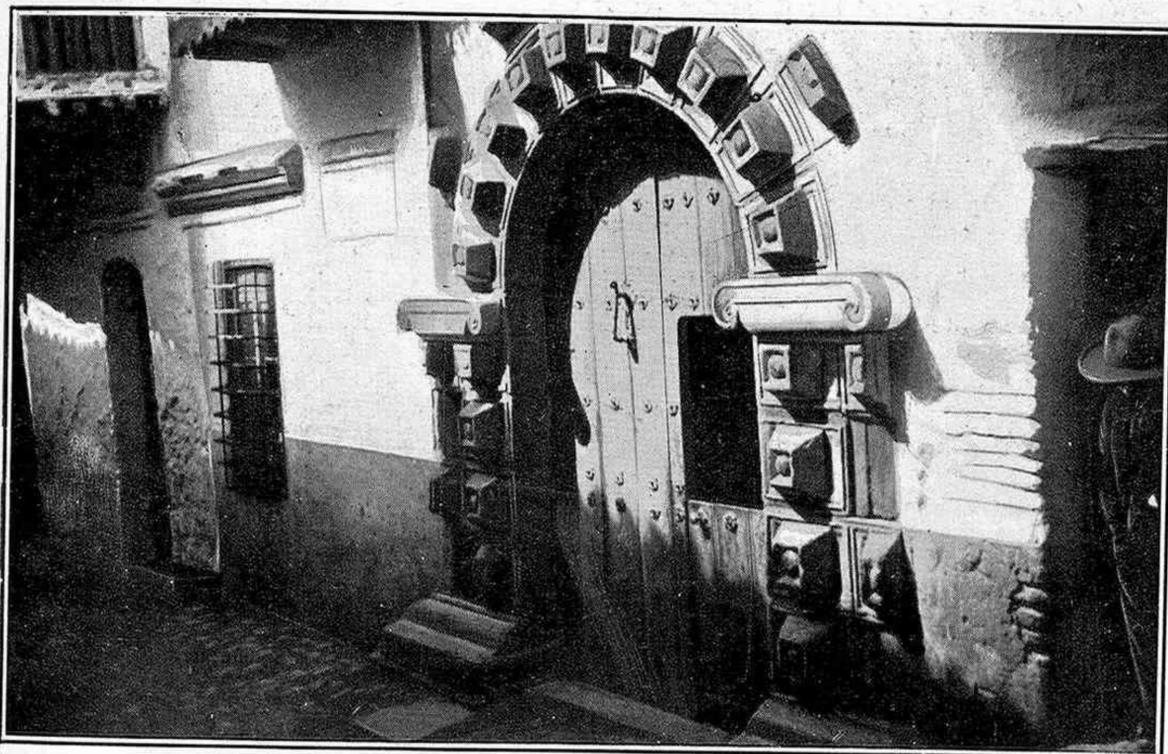
La festividad del día, congregando á los guadalupeños en la iglesia y sus alrededores, adorna con la vitola de una animación ciudadana, la presentación del pueblo al curioso visitante, produciéndole la impresión de una gran simpatía, precursora de los deleites exquisitos que luego le proporcionará la contemplación de los refinamientos del arte consagrado á Dios.

Los Padres franciscanos que guardan y rigen el Monasterio, procurando con una meritisima y constante labor reparar sus ruinas y conservar incólumes sus codiciados tesoros. tienen habili-



Detalle de la puerta gótica del Monasterio

FOTS. DEL AUTOR



Puerta de la casa donde murió Gregorio López, confeccionador de "Las Siete Partidas"

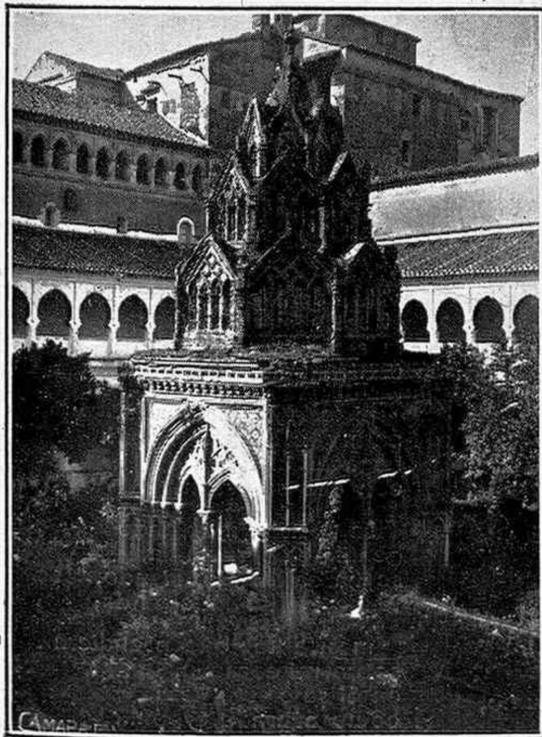
tado en la hospedería aneja al Monasterio lo necesario para «dar posada al peregrino». ¡Y buena posada, ciertamente, que no se puede pedir más de la limpieza y blandura de la cama, ni de la maestría culinaria del hermano Pablo, que es un caso feliz y rotundo de «fraile que fué antes cocinero»! Ni tampoco de la amabilidad y fraternal agrado que se representa en la simpática é inteligente compañía el Padre Juan, maestro de la capilla y de los coros, cabeza visible de la comunidad, *sede vacante*, y habilísimo é incansable guía y mentor en la exhibición de las joyas y riquezas del Monasterio.

Es la primera que se nos ofrece y nos admira la famosa sacristía, en cuyos muros pintó Zurbarán, con la plenitud de su arte, pasajes diversos de la vida de San Jerónimo, coronando su obra, allá en el fondo y á la altura del ventanal que la ilumina, el «Extasis del Santo», la *Perla* del célebre maestro.

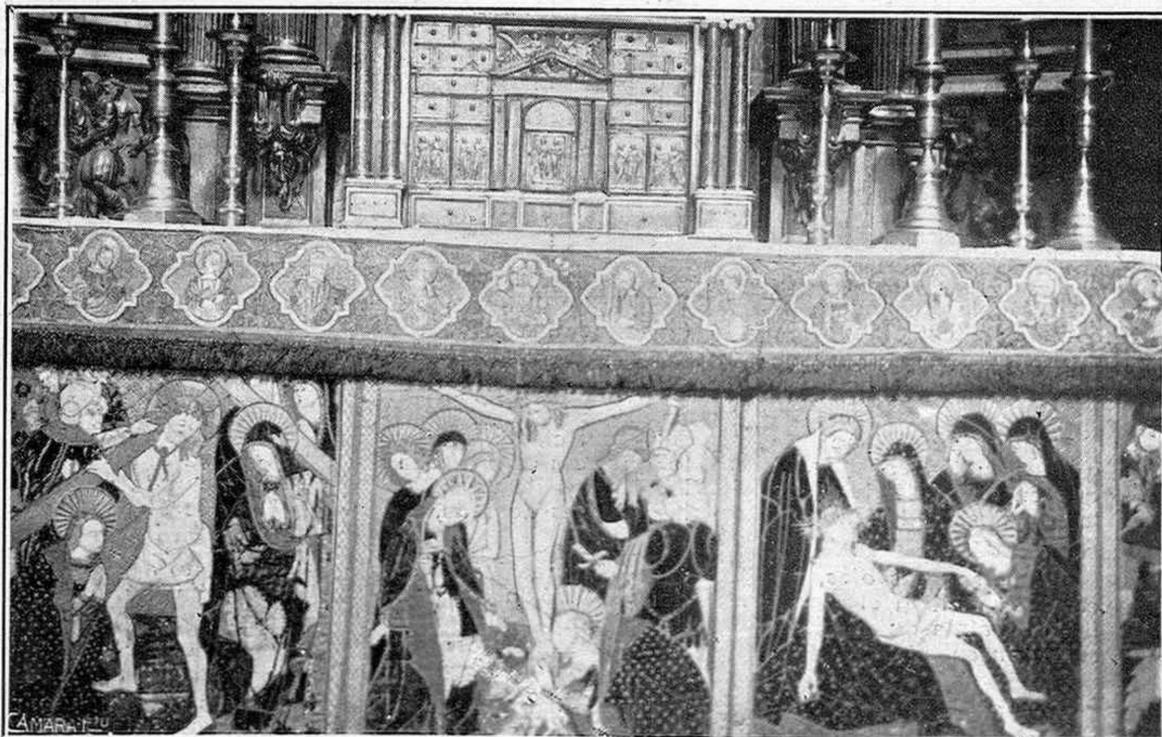
En resumen: es ésta de Guadalupe una excursión que, emprendida un sábado por la mañana, puede darse por terminada el lunes, para regresar en el automóvil que vuelve á Oropesa el martes, y enlaza con el mixto que llega á Madrid á las diez y ocho y minutos. Pero pudiendo dedicarla siquiera ocho días, ¡qué paréntesis tan encantador en la áspera rutina de esta vida cortesana!

José MOLINA y CANDELERO

Abril de 1920.



Templete gótico



Famoso escritorio de Felipe II, y uno de los riquísimos frontales bordados que atesoran el Monasterio

SOBRE MI CORAZÓN



La florista ha venido,
como una tentación,
y una flor ha prendido
sobre mi corazón.

Tiene una risa leve
y unos rubios cabellos,
que en su frente de nieve
lanzan áureos destellos.

Azules son sus ojos,
como el cielo y el mar:
llena el alma de antojos
sólo con su mirar.

Luce flores divinas,
más que en la ruín bandeja,
en sus mejillas finas
y en su boca bermeja.

Yo la he dicho: "Es bien necio
tu negocio, á fe mía.
Das por muy bajo precio
cosas de gran valía.

¡Valen, chiquitá, acaso
lo que una vil moneda
los pétalos de raso,
las corolas de seda,

donde mecióse el viento,
donde lloró la aurora,
donde halló su alimento
la abeja zumbadora,

donde la maga luna,
con lánguidos desmayos,
hizo aromosa cuna
para sus blancos rayos?..."

La florista me ha dicho
con su liviano acento:
"Pase, si es un capricho,
un sermón tan atento;

pero sabe, poeta,
que si flores doy yo
por una vil peseta,
que el uso mancilló,

no acierto todavía,
como tú, á negociar,
dando á la turba impía
por pasto mi cantar,

ni vendiendo por humo,
que es la gloria terrena,
la fe en que me consumo,
la luz que me enajena,

la tierra en fiesta loca,
el sol y sus hechizos,
la amada que se toca
con juguetones rizos,

ni toda el alma mía,
para que el mundo ruín
haga en maldito día
con ella su festín."

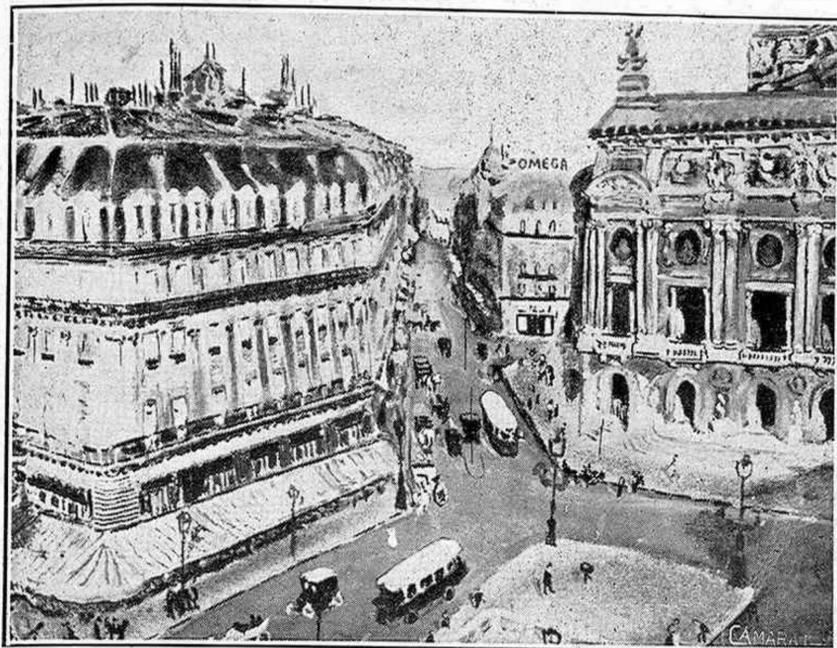
La florista, moviendo
gentilmente su falda,
se ha callado y, riendo,
hame vuelto la espalda;

mas la flor que prendiera
sobre mi corazón,
en él se eleva, fiera,
como acerado arpón...

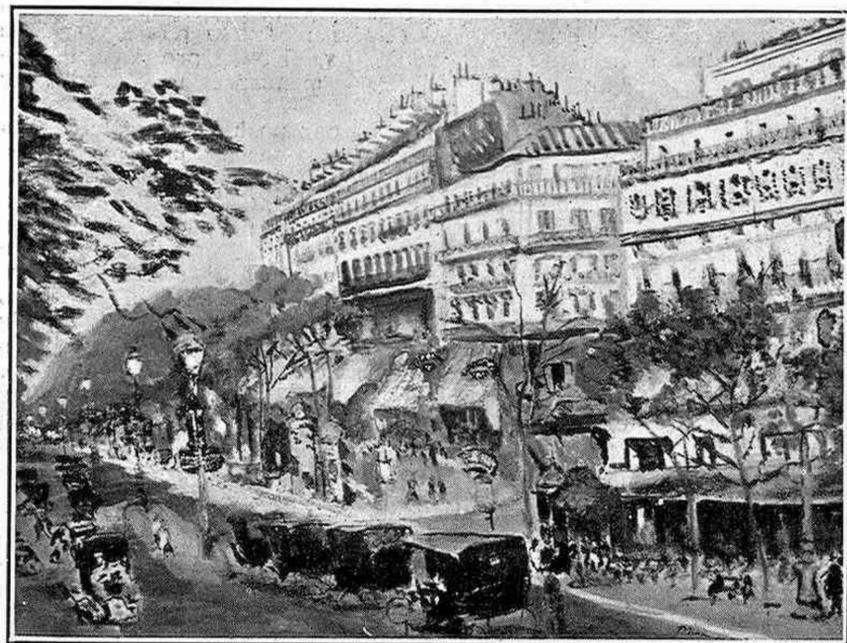
José A. LUENGO

DIBUJO DE ECHEA

DESDE PARÍS LA EXPOSICIÓN MAX JACOB



"La Opera"



"Los bulevares"

La conversión al catolicismo de Mr. Max Jacob, poeta y astrólogo, nacido israelita, ha sido uno de los acontecimientos más importantes que han conocido durante estos últimos años de guerra los pequeños cenáculos del arte y de las letras.

Según parece, Mr. Max Jacob, quien ya en una de sus obras titulada *San Martorell, ó la conversión al catolicismo de un empleado del Metropolitano*, había dado muestras de la inquietud que le atormentaba, se ha vuelto, desde su conversión, de una devoción ferviente, y las comadres de la rue Gabrielle le ven todos los días ir de buena mañana á oír misa á la iglesia de Saint Pierre de Montmartre.

Cuidadosamente afeitado, la mirada dulce de gacela, que apenas endurece en ciertos momentos un monóculo puramente decorativo, Mr. Max Jacob recuerda físicamente á algún cómico inglés que hubiese pertenecido á la compañía de sir Herbert Tree, de esos que representan el *Julio César*, de Shakespeare, en el condado de Lancashire. Habla con acento circunspecto, y acompaña sus palabras con gestos traviesos y remilgados de párroco metódico, y como sabe cultivar su mito con habilidad y fantasía, despierta en las gentes que creen que el arte es un magnífico libertinaje, añoranzas de otras épocas en que los artistas, según se ha dicho, eran bizantinos, alcohólicos, y se embriagaban con éter tendidos en divanes de raso negro.

Esa interpretación de su personalidad, por mucho que sirva para propagar su nombre, no es exacta, puesto que deliberadamente se revela lleno de una pureza encantadora y dotado de un alma de Nazareno, de un Nazareno campe-



MAX JACOB

sino é ingenuo, pero poseedor de todas las Gracias.

Je ne suis qu'un paysan mais je t'aime...

La colección de *gouaches* y dibujos que expone en la Galerie Bernheim Jeune no nos ha sor-

prendido: Mr. Max Jacob debía terminar, ó empezar, por ahí. Estaba escrito.

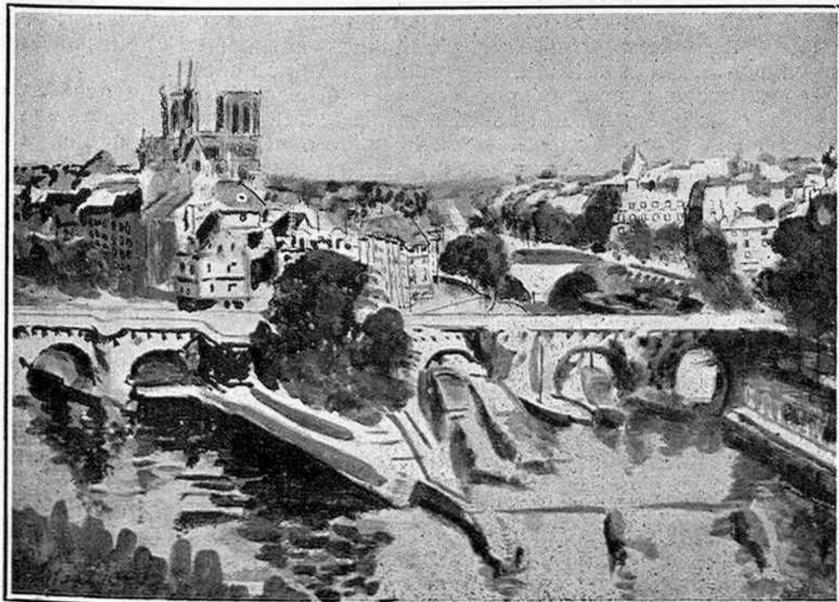
Confiesa en el prefacio del catálogo de sus obras, que en su pintura hay mucha timidez y un amor inmenso por la tierra y el cielo. Después de todo, quizá sea verdad. En todo caso, sabe y siente tantas cosas que tantos pintores no saben y no sienten; que sus mares azules, con sus barquitas de velas blancas y frágiles, sugieren los más conmovedores recuerdos de la infancia. Podrían cantarse con la música de las canciones del Prado. Y sus calles de París no pueden estar más «sentidas», y si desconciertan algo es por el punto de vista que ha escogido; ¿en qué peligroso andamio fué á colocar su caballete?

No hay que pasar por alto sus mujeres desnudas, en las que incurre en omisiones sorprendentes, no se sabe si por pudor ó por ignorancia (es cierto que una de ellas tiene un seno perfectamente dibujado, pero eso puede ser muy bien un recuerdo de nodriza); pues si no alterna con Venus no se concibe como ignore hasta ese punto á Eva. Creo que más valdrá no insistir. Pero la obra maestra es, sin duda, la que representa al Cristo desangrándose en la cruz y al niño que, cansado de esperar al Mesías, se postra con un gesto de sublime abnegación á los pies del Redentor.

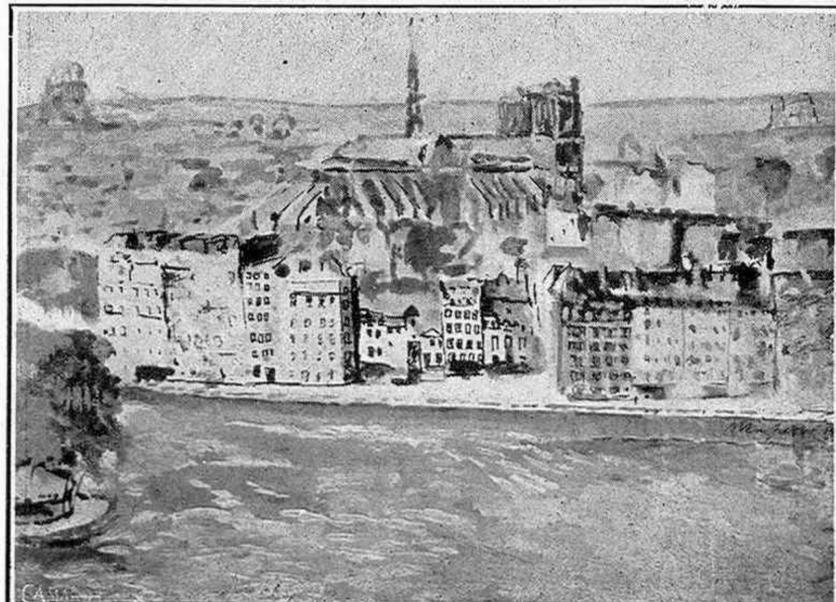
Esa obra despierta sentimientos que uno creía extinguidos para siempre y que provocarían el llanto en cualquier hombre de sensibilidad algo viva.

No sería de extrañar que Mr. Max Jacob fuese lo que se llama, hoy en día, un genio.

DARIUS-FROSTY



"El Sena"



"La Cité"

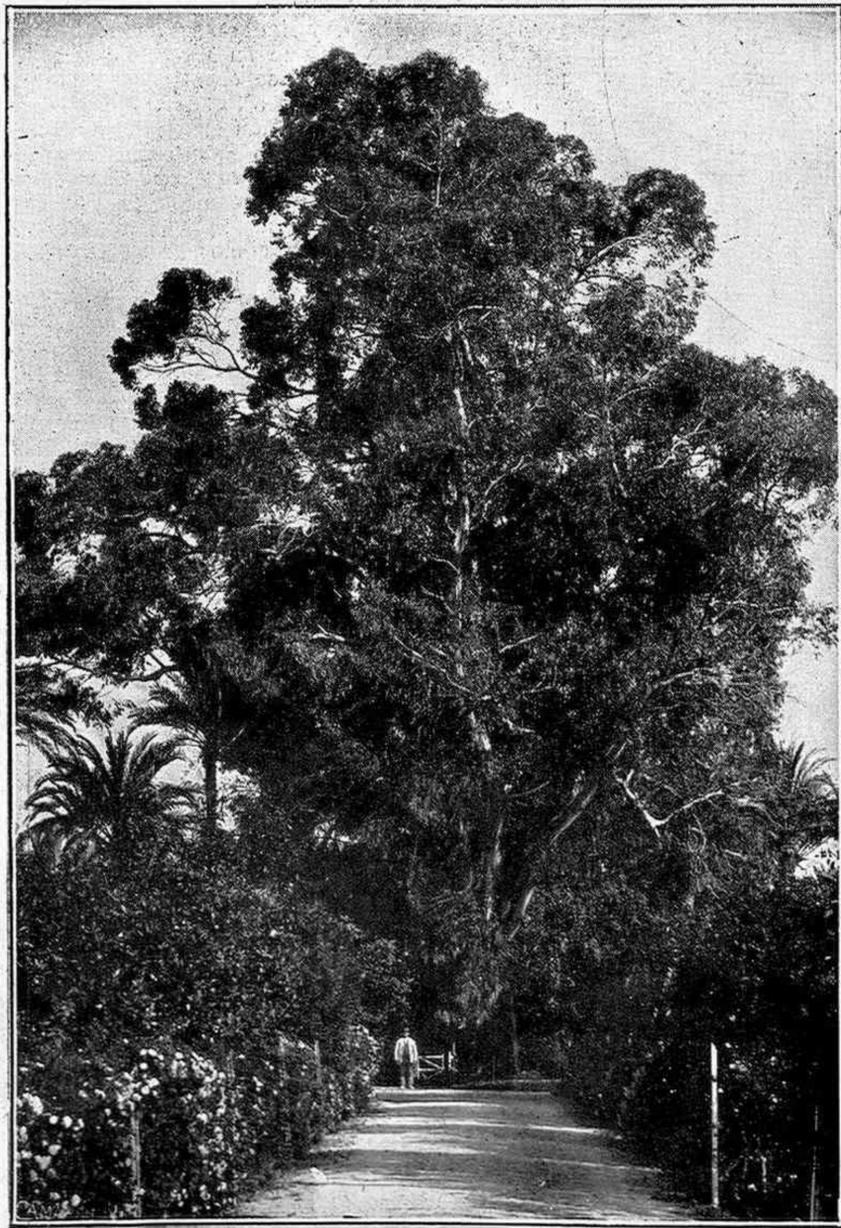
El eucalipto en España

UNA mala interpretación de un inciso de mi artículo titulado *Lo que puede hacerse en España.—El eucalipto en la Argentina*, publicado recientemente en estas páginas (1), ha motivado que los mismos lectores que me escribieron felicitándome por el buen propósito que lo inspiró, me creyesen animado del prejuicio de menospreciar lo propio por lo ajeno, intención la más imposible en mí.

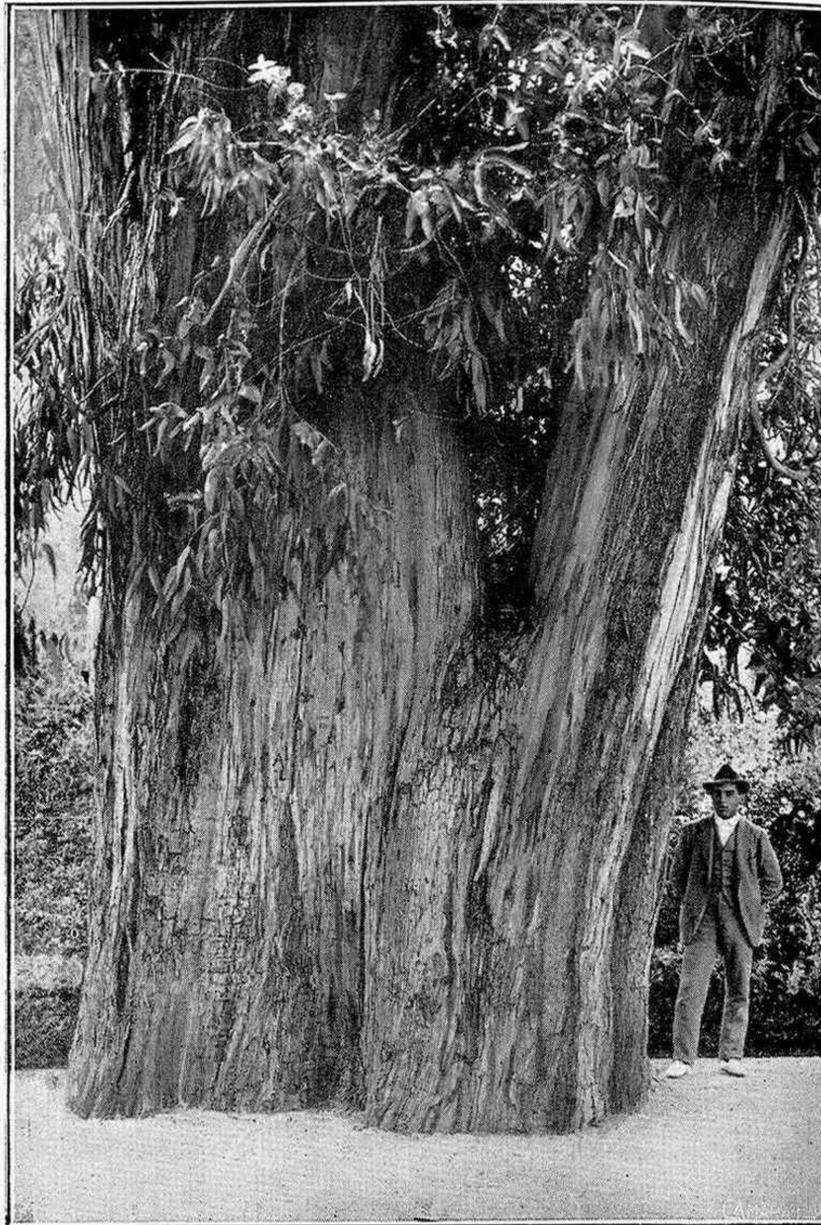
Es verdad que la culpa me la tengo yo por no haber completado el pensamiento de dicho inciso. Decía yo que copiaba los nombres de los primeros propulsores del cultivo del eucalipto en la Argentina, «sintiendo no poder estampar aquí otros de españoles que hubiesen hecho lo mismo en nuestro suelo». Se me olvidó añadir que sentía no poder estamparlos por no conocerlos todos, cosa que á nadie debe extrañar, toda vez que yo no me dedico á especialidades filotécnicas. Harta satisfacción me cabe de ver que, gracias á los primeros artículos que dedicados á estas cuestiones me atreví á entregar y al director de publicaciones de *Prensa Gráfica*, que—caso menos frecuente de lo que se piensa en las direcciones de periódicos—supo apreciar lo que tales asuntos importan al interés patrio, y les dió cabida en sus ilustraciones, tales artículos menudean ya en las revistas ilustradas, unas veces firmados por hombres de ciencia, y otras por publicistas cuya cultura alcanza más allá de los alrededores de la torre de marfil de la literatura y del acrobatismo filosófico que otros llaman crónica literaria.

Desde luego, al pergeñar aquel artículo en honra del ilustre agrónomo argentino Hugo Miatello (hijo), con motivo de su hermoso libro *El Eucalipto: Importancia y antecedentes de su cultivo en el país.—Explotación y aplicaciones de sus productos*, y para ejemplo de muchos terratenientes españoles—muchos, por desgracia—, no se me ocurrió pensar que en España no hubiese hombres de campo émulos de aquellos argentinos cuyos nombres estampaba con elogio. Demasiado sabía que los ha habido y los hay, los cuales, arrojando peligros económicos y supliendo con su inteligencia los conocimientos del cultivo que el Estado debiera difundir y no difundió ni difunde; emprendieron el del eucalipto, presintiendo que podía constituir una riqueza forestal importantísima. No puedo citar á todos cuantos lo merecen por ignorar sus nombres. En espera de que quienes estuviesen interesados en que les hiciese esta justicia me lo comunicasen, he retrasado la publicación de estas líneas de rectificación. No pudiendo demorarlas más, me resignaré á dar unos cuantos. El primer puesto corresponde, en justicia, á aquel ilustre estadista á quien, por haberle cabido en desdicha la firma del tratado de paz con los Estados Unidos, y no obstante haber sacado su prestigio, su habilidad y su ingenio más

Véase el número 330 de LA ESFERA.



Vista general del enorme eucalipto del balneario de Archena



Gigantesco eucalipto, existente en el balneario de Archena, y que tiene 59 años, mide 7,50 metros de circunferencia y alcanza 35 metros de altura FOTS. TARRAGA

partido para nuestra Patria del que había podido sacar el más hábil de nuestros diplomáticos, aún está esperando que se le haga la justicia íntegra que le debemos: D. Eugenio Montero Ríos. El ilustre canonista—como se le llamó por antonomasia—realizó en su finca de Lourizán una importante plantación de eucaliptos que ha alcanzado gran desarrollo. En la misma Galicia han seguido su ejemplo D. Federico Mariñeiro, alcalde de Ortigueira, que posee varios miles de eucaliptos, algunos de los cuales mide más de 50 metros de altura, y D. José Calvo, notario de dicha villa; el marqués de Laurada, el doctor Páez. En Madrid es también otro gran eucaliptocultor el prestigioso industrial y avicultor D. Francisco Llorente. En Andalucía, en veinte años de estudio y de perseverancia agronómicos, D. Miguel Sánchez Dalp ha conseguido reunir en sus posesiones más de trescientos mil eucaliptos, de la variedad caolo, que se desarrollaron rápidamente, y cuya madera es muy apreciada. No contento aún con eso, ha creado varios espléndidos viveros para proseguir tan importantes plantaciones.

En el balneario de Archena existen muchos eucaliptos, á los cuales falta poco para ser centenarios. De uno de ellos, muy hermoso, es la fotografía que acompaña á estas líneas. Tiene cincuenta y nueve años de edad y mide 35 metros de altura por 7 metros y 50 centímetros de perímetro. Este ejemplar no es único, ni mucho menos, en el parque de dicho balneario. No es extraño, dado aquel magnífico clima.

Pero no vaya á creerse por eso que el eucalipto tiene grandes exigencias climatológicas. Raro será el clima al que no se adapte alguna de sus numerosas variedades. Así, se ha visto aquí en España que en la Coruña, en Noya, se han vendido ya magníficos ejemplares—y no viejos—en el precio estupendo de 150 duros pieza, cantidad no alcanzada por ningún otro árbol. Y en Cerdida, de la misma provincia, un benemérito agricultor, D. Eduardo García, explota—según me comunica persona de amistad—hace diez y seis años más de veinte variedades, con tal éxito, que no sabría cuál preferir. Desde luego prefiere el eucalipto á todo otro árbol. Citaré unas cuantas para que puedan imitarle sin temor, antes bien, en la seguridad de que han de criarse bien por aquellas alturas, los demás agricultores: *Amygdalina*, *Obliqua*, *Colossea gigante*, *Diversicolor*, *Viminalis*, *Rudis*, *Coriácea*, *Maculata*, *Marginata*, *Guni*, *Globulus* y *Rostrata*, la última de las cuales tiene una hoja tan fina, que, después de seca, añadida á la picadura de tabaco, le da un gusto muy agradable y neutraliza los efectos de la nicotina, según afirmación de un médico. Lo dicho en el anterior artículo y ratificado en el presente: los agricultores españoles, por su propia conveniencia, debieran dedicar grandes atención y terreno al cultivo del eucalipto, y el Estado debiera intensificar su propagación y las enseñanzas culturales.

Para que así sea—que es como querer aumentar la riqueza patria—, debemos laborar todos, técnicos y profanos.

E. GONZÁLEZ FIAL

POR TIERRAS DE ESPAÑA

LA CIUDAD INEXISTENTE



Vista de Cuenca

FOT. LUIS NUEDA

Es Cuenca una ciudad? Nuestra primera labor ha sido comprobar con los sentidos la realidad tangible de Cuenca. Cerciorarnos de que Cuenca no era una entelequia geográfica. Convencernos de que Cuenca era un trozo de tierra española, en la que había hombres con ojos y manos, y casas en donde estaban enclavadas estas casas. Los sentidos nos han defraudado al desvanecer la duda. Cuenca existe.

La prueba hecha por nosotros puede repetirla quienquiera que posea mediana resistencia para las pruebas. Cuenca forma parte de Castilla la Nueva y está á unos doscientos kilómetros de Madrid. De Madrid con dirección á Cuenca salen al día varios trenes: un mercancias, un mixto y un correo. El más rápido de los tres es, naturalmente, el correo. El correo de Madrid á Cuenca no es un tren que sale de Madrid y pasa por Cuenca y sigue. No. Es un tren que nace en Madrid y muere en Cuenca. Es decir: un tren creado con el único y exclusivo fin de transportar correspondencia y viajeros á Cuenca. ¿No va á creerse que este tren directo es un tren de rapidez extraordinaria, que se detiene un momento en las estaciones y cruza en un momento el espacio que va de estación á estación? Va á creerse esto al coger el tren. Pero al estar en él, y marchar y advertir que pasa una hora y otra y otra; que en llegar á Cuenca desde Madrid se tarda ocho horas, preguntase con inquietud... ¿Y Cuenca? ¿Existirá Cuenca? El viaje á Cuenca, ¿no será una fantasía? ¿No será un viaje al reino de la ilusión? ¿No será la ruta hacia lo inexistente? A pesar de un tren correo que anda veinticinco kilómetros por hora, Cuenca existe. Y su existencia ennoblece el nombre de Cuenca. Cuenca tiene una parte nueva y una parte vieja: la parte nueva desmerece de la vieja; la parte vieja es la bella. ¿Es indispensable aclarar y

justificar los adjetivos? La parte nueva la constituye una calle ancha: en ella hay unos focos de luz eléctrica, unas farmacias, unas tiendas de ultramarinos, una casa suntuosa con fachada de escayola y un jardincillo público como los que hay en todas las ciudades y pueblos de España. Esto, que es lo nuevo, no es lo bello. Porque lo bello es lo que sorprende. Y ni la luz ni la botica de la Cuenca moderna, iguales á todas las luces y á todas las boticas, dejan en el espíritu inquieto y afanoso de sorpresas la menor impresión.

La parte vieja es ya otra cosa. La parte vieja de Cuenca ofrece las perspectivas más originales, los panoramas más hermosos. La eurytmia arquitectónica de las hoces del Huécar es sorprendente. El río corre en una hondonada. Una ribera es llana, poblada de chopos altísimos y erectos. La otra ribera es el talud de una montaña inmensa, en el que una necesidad apremiante y un gusto inconsciente edificaron las viviendas de todo un pueblo. Son casas blancas, pobres, antiguas, que abren sus ventanas en la roca viva. Muchas de estas casas son ya paredes en ruínas; muchas otras son únicamente un hueco abierto en la piedra. Todas ellas, en conjunto, constituyen una visión única. Y ser una cosa única es la sola razón que da derecho á ser.

Pero Cuenca posee otras pruebas de existencia gloriosa. Una de ellas es la verja del baptisterio; otra de ellas es el tono de luz del interior de la catedral. La catedral de Cuenca se halla enclavada en lo más alto de la ciudad. Para llegar á su puerta hay que pasar toda la parte nueva de Cuenca; ha de atravesarse un puente; ha de descenderse por unas calles que tienen á derecha é izquierda unas casas con escudos señoriales; ha de pasarse por bajo de los pórticos donde se cimenta el palacio que hoy ocupa el Ayuntamiento; ha de subirse una ringlera de es-

calones de anchas y gastadas losas... Traspuesta la cancela, hállase la verja. Es severa y esbelta: su labor es delicada. En el hierro de los barrotes dibujan con formas las líneas más suaves; en el frontón, el hierro reproduce con gallardía insuperable las escenas del Paraíso; el remate artístico piérdese en la penumbra. Nosotros sólo podemos compararla con otra verja: la verja oculta en el rincón más silencioso de la catedral de Sigüenza.

La verja y la luz, hemos dicho. Sí. Y la luz. Rodin escribió que «el incomunicable secreto del arte gótico consiste en saber modular la luz y la sombra». Así es. La catedral de Cuenca, que es del estilo gótico primitivo del siglo XIII, está hoy afeada por una serie de altares del gusto eclesiástico del siglo XIX; por una pintura infectada á todas las naves; por unos osarios de mármol con esculturas modernas... Pero es de recuerdo imborrable por la verja y por el tono de luz que tiene una parte de ella: aquella parte que se extiende detrás del altar mayor. Es una luz blanca, clara, con penumbras en las que revive todo el misterio del cristianismo.

Cuenca existe. Nos lo atestiguan estos sacerdotes que se encuentran en todas las calles. Nos lo prueba este entierro que hemos visto en pleno día con el ataúd al hombro de cuatro hombres y con el muerto al descubierto. Cuenca existe como panorama luminoso, como perspectiva esplendente, como símbolo de una nación que aún alberga á sus hombres en el hueco de las montañas. Pero ¿existe Cuenca como ciudad? Porque ciudad es equivalente á civilización. Y la civilización no existe allí donde existen hombres y piedras, sino allí donde una constante dinamicidad de las cosas y de los espíritus logra que los más altos ideales alcancen cada día un lugar tangible en la realidad.

MARCELINO DOMINGO



“Los ídolos”, cuadro original de Daniel Vázquez Díaz, que figura en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes

TORERITOS...

FRENTE á este cuadro *Los ídolos*, que es uno de los más ponderados de la Exposición, se ha desbordado la fácil locuacidad española en chistes, caricaturas y apóstrofes. Fuera otro el tema y habría pasado inadvertido. Pero en la tierra de la torería, la majeza y el majismo, aludir, de un modo que no sea dentro de los límites vulgares, á los toreros, inicia ya el peligro de la incomprensión y del agravio.

Cuando la Exposición se inauguró, aún se retorcía España convulsa por su nacional viudez. A la Virgen de la Macarena se la había vestido de luto para que presidiera los funerales de Joselito, y en las calles, ciegos y vagos patibularios cantaban coplas calcadas sobre las famosas del *Espartero*.

Con estos mismos ojos enrojecidos de llorar; con esa misma palpitation de entrañas y ese hervor de flamenquería en el cerebro, la España viuda se colocaba delante del cuadro de Vázquez Díaz y le encontraba irrisorio, falso é incluso herético.

Se ha pensado tal vez en la deportación de este artista insensato que se atreve á poner en ridículo los toreritos bonitos y jacarandosos. El «afisionao» opina que los temas de la torería y las figuras de la torería han de tratarse como les tratan los pintores de carteles taurinos, panderetas y aba-

nicos, ó como las fotografías les muestran en competencia de popularidad y belleza física con tonadilleras y danzarinas.

Pero yo, que no soy «afisionao», gracias á Dios, encuentro que este cuadro de Vázquez Díaz es una cabal expresión de toreritos, como lo era aquel titulado *Toreros de aldea*, original de Ignacio Zuloaga, con el cual compitieron *Los ídolos* hace seis años en París.

No he visto en toda la Exposición Nacional de este año dos cuadros más españoles que *El carnaval en la aldea*, de Gutiérrez Solana, y *Los ídolos*, de Vázquez Díaz. Aquél, barbaramente amargo, ferozmente sucio, agresivo, oliendo á cieno y sudando tedio, es algo tan elocuente y tan exacto que nos ruboriza como un reproche justo.

Este ruboriza más aún. Tiene toda la elocuencia del culto degenerativo que corroe nuestra raza sin necesidad de mostrar sangre, caballos despanzurados y toreros lívidos que se llevan la mano al vientre bajo una lumbrada solar y un clamor de muchedumbres ávidas de peligro y ahitas de cobardes pensamientos homicidas.

No. Es el momento en que los toreritos se preparan á salir en su desfile de bestiarios engalanados como bailarinas. Acaso hay delante de ellos

algún *kodak* de «afisionao» ó el trípode de un profesional á quien la veracidad idolátrica pide «¡fotografías!, ¡fotografías!», como pide «¡caballos!, ¡caballos!»

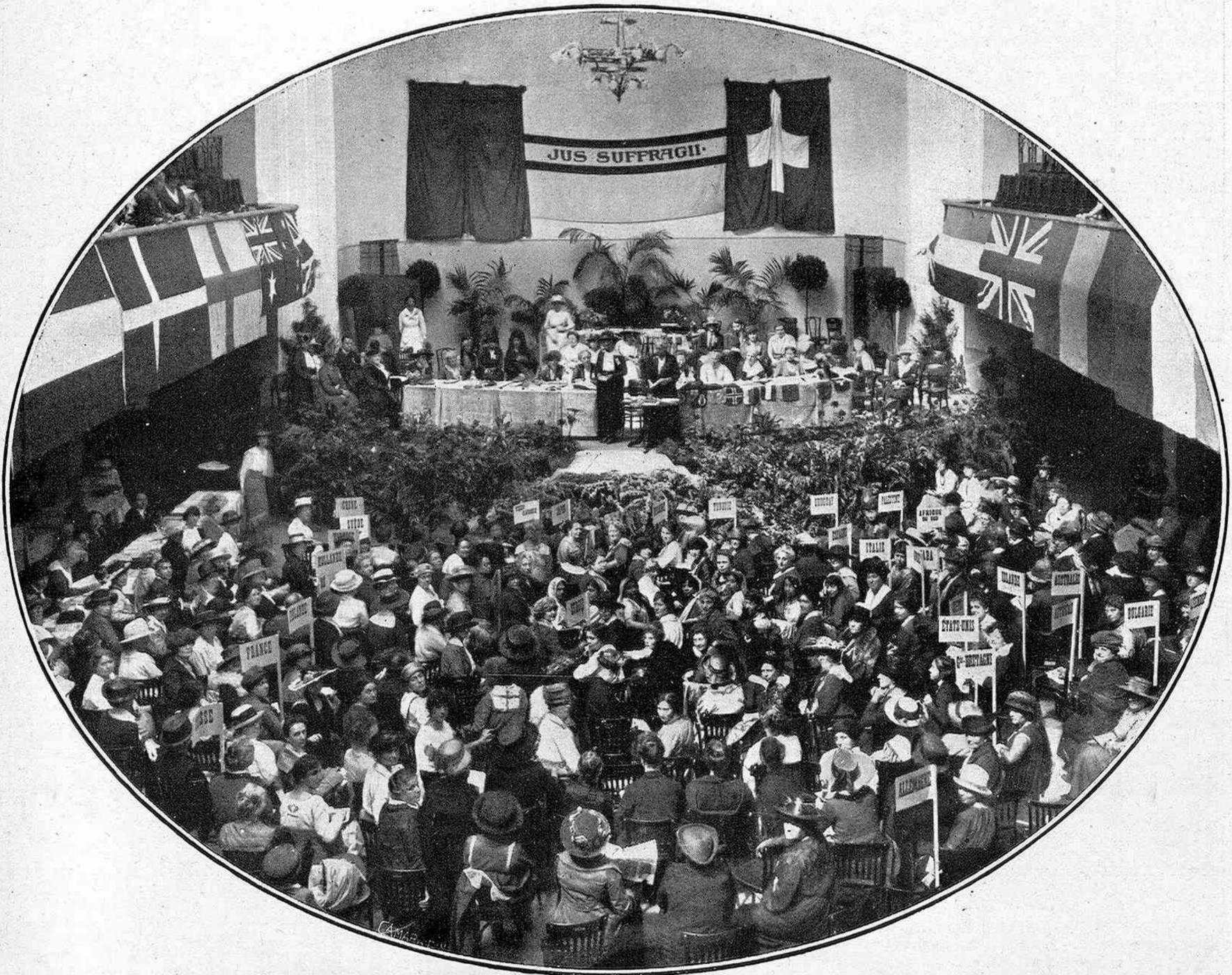
Y los toreritos adoptan posturitas jacarandosas de «¡olé tu cuerpo!» ó lánguidas de «¡já ver mi niño!»

Este es el eje del cuadro: un niño, un adolescente que sonríe entre su capote caído, como la cola de una gran dama ó los velos de una sacerdotisa, para ofrecerse á la veneración universal. El ídolo consciente de su influjo sobre la gente, enamorado de sí mismo á fuerza de saberse enamorado de los públicos, guapito de rostro y guapazo de coraje; frágil, quebradizo, afeminado y, sin embargo, capaz de blasfemar como un hombre y rugir como una fiera en medio de las plazas.

Y Vázquez Díaz, para pintar ese tipo verazmente representativo del bestiarillo adolescente y coquetón, ha pensado en los eternos ejemplos luminosos y rítmicos del *greco*, el más caracterizador—acusado de deformador—de los pintores que se asomaron á la raza y á la tierra españolas.

Pero al «afisionao» no le importa nada de esto. El no ve á sus toreritos como los ve Vázquez Díaz, y protesta, sin darse cuenta en el fondo de que su protesta es ya un homenaje.

DEL CONGRESO DE GINEBRA



Aspecto del Palais Communal, de Ginebra, durante una de las sesiones del Congreso feminista celebrado recientemente

Los que conocen la encantadora y risueña ciudad de Ginebra, comprenderán fácilmente el entusiasmo con que deseáramos expresar nuestra apreciación de la exquisita hospitalidad que en dicha ciudad han disfrutado cuantas mujeres han acudido á ella, guiadas por un anhelo de justicia y por el afán de ver reconocidos unos principios que, con el tiempo, imposibiliten el imperio de la sinrazón y de la fuerza.

Como pastores y magos tras una nueva estrella, las mujeres de los países más apartados por el espacio, las de razas más distanciadas por las costumbres, las de nacionalidades más divididas por ideales falsos, se han apresurado á responder al llamamiento, que las invitaba á exponer, en este poético rincón que la Naturaleza dotó de sus más preciados dones, las aspiraciones que el sufrimiento había hecho germinar, como nueva y espléndida promesa, en sus entrañas de madre.

Ninguna preocupación, ajena á la suprema misión de la maternidad, hubiera podido operar el milagro de unir en estrecha colaboración, en irreductible propósito, á seres que hace poco tiempo se hallaban separados por un mar de odios y de sangre. Ninguna esperanza que no fuera la de poder desempeñar libre y fecundamente su labor, hubiera impulsado á las dificultades de tan largo viaje á las mujeres que el orientalismo redujo al máximo grado de la dependencia. Ningún deseo que no hubiera sido



MRS. CARRIE CHAPMAU CATT

el de estudiar los medios de imposibilitar, de una vez y para siempre, la repetición de hechos que convirtieron en víctimas de desenfadada codicia á sus más puros amores, hubiera llevado á la mujer de todos los países á suspender momentáneamente su acción familiar y social para concurrir al Congreso, en muchos casos á costa de un enorme sacrificio pecuniario, y á prestar el apoyo de su inteligencia, de su influencia, de su fe inquebrantable y tenaz, á la formación de un nuevo ideal.

Con clara é intuitiva apreciación de lo que supone una suma de anhelos diversos, ninguna idea, ninguna apreciación, ninguna fórmula sometida á la deliberación del Congreso, ha sido juzgada de importancia secundaria. Todas las proposiciones, vinieren de quien vinieren, han sido recibidas con igual interés y entusiasmo, porque cada una de ellas respondía á una necesidad que, siquiera parcialmente, estaba relacionada con una sola aspiración fundamental.

Nosotras hemos visto á mujeres encanecidas en la lucha, aleccionadas por la experiencia y el triunfo, recibir, con la veneración que debo inspirar toda nueva floración espiritual, los ideales de todas y cada una de las delegadas que han asistido á este Congreso. Ideales que, justo es reconocer, no han sido nunca inspirados en pasiones ó sentimientos de parcialidad. Hemos visto desterrada en absoluto la envidia, al tributarse el homenaje de admiración que la acción de una mujer ó de un grupo determinado de mujeres



Llegada á Ginebra de las delegadas de Holanda, Francia, América, Dinamarca y España



El Comité internacional, formado por presidentas de grupos auxiliares. (x) Nuestra colaboradora, Isabel O. de Palencia (Beatriz Galindo)

mereciera, porque el bien de unas se ha considerado como el bien de todas, y «el tuyo» y «el mío» fueron substituídos por «el nuestro», única expresión capaz de resumir el bien de la colectividad.

Tal ambiente de alentadora cordialidad dió por resultado; no sólo una rápida solución de asuntos materiales, cuya relación han publicado la mayoría de los periódicos diarios, y que tienden todos á la reivindicación de los derechos de la mujer, para que ésta pueda desempeñar holgadamente su importante misión, sino el establecimiento de una afinidad espiritual é intelectual, de rara y extraña armonía, que ha permitido á todas las mujeres allí reunidas desplegar

libre y plenamente sus facultades como pensadoras, como oradoras, como artistas de vibrante y compleja personalidad.

Se nos dice que el feminismo destrozará espiritualmente á la mujer; que la restará ese indeterminado, vago y por todos conceptos seductor complemento que se llama «feminidad». Leal y honradamente declaramos que nada de cuanto hemos visto confirma tales preocupaciones. Las feministas congregadas en Ginebra unían á ese mismo tan decantado atractivo abstracto, un interés intelectual, una gracia de expresión, un donaire y viveza que se ha pretendido hallar únicamente en los famosos salones, centros del *esprit* francés y escena de los grandes triunfos

del feminismo de otras épocas; faltos muchas veces de la fuerza mental y moral, la elevación de miras, la abnegación y desprendimiento que caracterizan al esfuerzo de las feministas intelectuales de nuestro tiempo. Pensarán los que tal lean que son exageradas estas apreciaciones nuestras, y lejos de nosotras la intención de contrariar la suposición.

Seguras estamos de que, tarde ó temprano, en próxima ó lejana fecha, tendrán ocasión los que así razonan para juzgar por sí mismos de la sinceridad de estas impresiones y de la verdad en que han sido fundamentadas.

ISABEL O. DE PALENCIA



Grupo de congresistas. —En primer término, las delegadas de los países orientales, con sus trajes típicos



USANDO

PETRÓLEO GAL

nunca tendrá el disgusto
de ver que su pelo se cae.

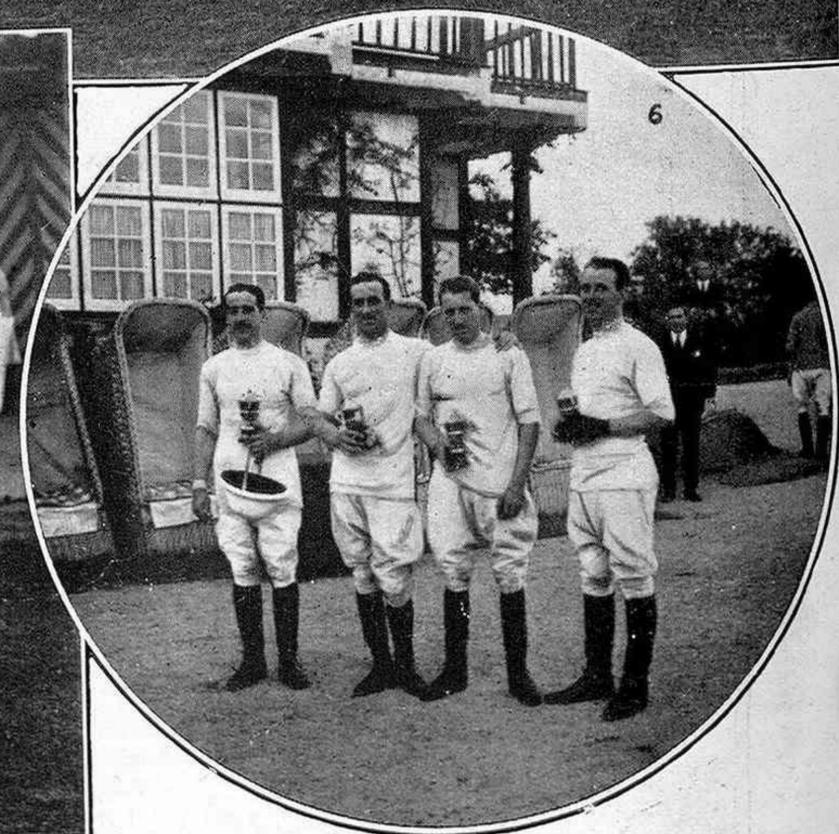
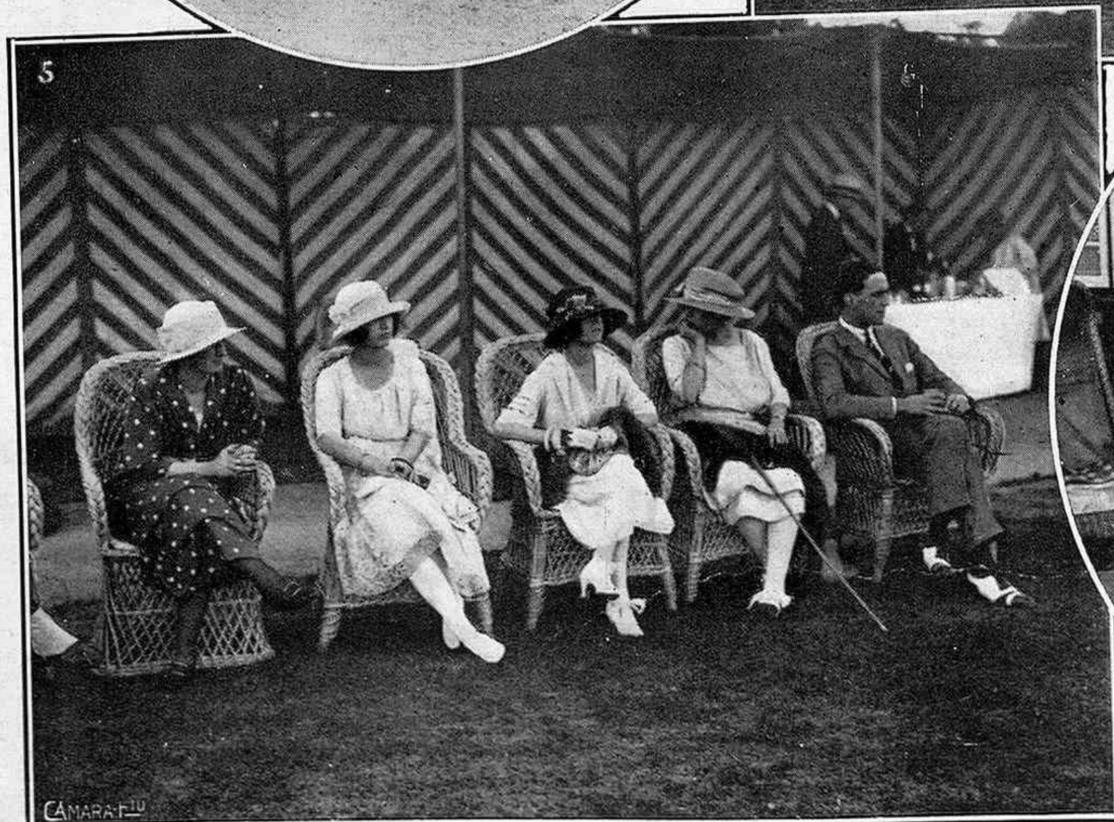
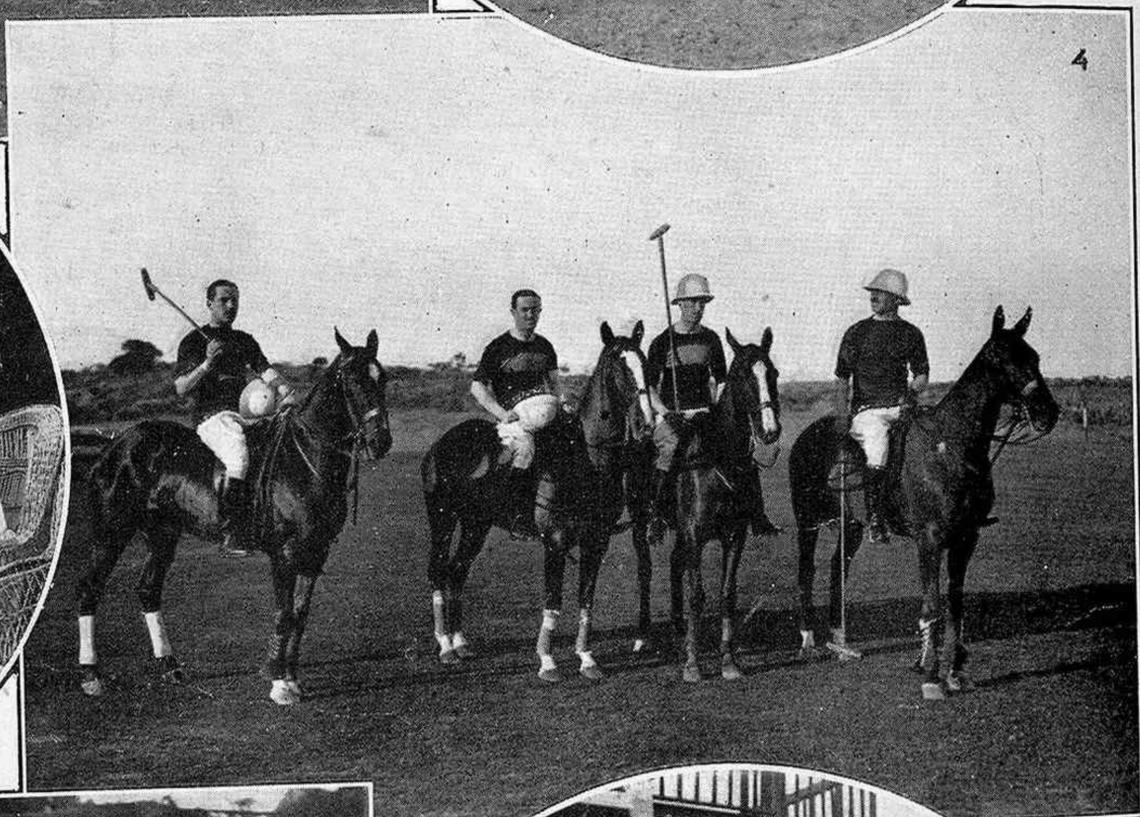
Frasco grande 4,50

Frasco pequeño 2,50



Idea

CAMPEONATO DE POLO EN MADRID



1. Equipo blanco, compuesto de los señores marqueses de San Damián y de Villabragima, y duques de Peñaranda y de Alba, que ganó el campeonato.—2. La Reina Doña Victoria entregando a los vencedores la copa ganada, que ella donó.—3. Un grupo de aristocráticas señoritas durante el partido.—4. Equipo rojo, compuesto de los señores Santos Suárez, Figueroa y condes de Velayos y de la Maza.—5. Un grupo de espectadores. 6. Los vencedores, con sus premios

FOTS, MARIN Y ORTIZ

COSTA RICA  JUAN MORA FERNÁNDEZ

El fracaso de la conspiración que, organizada por los curas Delgado y Aguilar, estalló en San Salvador en la mañana del 5 de Noviembre de 1811, motivó enérgica represión por parte del severo Bustamante, capitán general de Guatemala en aquellas fechas. Nueve penas de muerte, varias de destierro y una larga serie de condenas dictó aquel celoso gobernante, y únicamente á la influencia de los más prestigiosos próceres centroamericanos se debió que no se llevaran á cabo tan sangrientas represalias.

En el año 1813 sucedió á Bustamante el bondadoso Urrutia, cuya avanzada edad y delicado estado de su salud hizo que delegara pronto sus funciones en el subinspector Gaiza.

El apocado carácter de este último fué causa de que los patriotas guatemaltecos vencieran sin dificultad sus escrúpulos, atrayéndole fácilmente á la causa de la Libertad.

Así se explica que, llegado el 15 de Septiembre de 1821, en la Junta que para tratar de la Independencia de la Patria se reunió en el mismo Palacio del Gobierno, no hiciera oposición á proclamarla, ni tuviese inconveniente alguno en continuar al frente de la jefatura del nuevo Estado.

La provincia de Costa Rica, que formaba parte de la antigua capitania, no tardó en secundar el movimiento, organizándose pacíficamente bajo la nueva forma republicana, y aunque accidentalmente se incorporó al Imperio mexicano de Itúrbide, pasó con posterioridad á formar parte de la República Federal de Centroamérica, en la que continuó hasta el año 1838.

ooo

Juan Mora Fernández, primer Presidente de Costa Rica, nació en la ciudad de San José en el año 1784. Concluidos sus primeros estudios, que cursó con aprovechamiento, ingresó en el Ejército, formando parte, con el grado de subteniente, del batallón montado que organizó el gobernador Ayala.



JUAN MORA FERNÁNDEZ

Al iniciarse los primeros chispazos de la independencia de Centroamérica, abandonó la milicia, adhiriéndose con entusiasmo á la causa de la libertad de su patria.

Elegida la Comisión encargada de redactar el proyecto de ley constitutiva por el que hasta 1824 se rigió Costa Rica, formó parte de aquella reunión de notables, siendo recompensadas sus altas dotes

de gobierno nombrándosele dos años más tarde secretario de la Junta gubernativa, y posteriormente, en 1823, intendente general del Estado.

Al constituirse en República independiente la antigua provincia de Costa Rica, en 22 de Enero de 1825, fué elegido Juan Mora Fernández primer jefe del Estado; cargo que desempeñó con general beneplácito, hasta el punto de que en las siguientes elecciones de 1829 se le confió nuevamente la Presidencia de la flamante República, que desempeñó hasta 1833.

A pesar de transcurrir su período presidencial durante la época más borrascosa de la política centroamericana, puede decirse que durante los ocho años de su gobierno gozó Costa Rica de tranquilidad y progreso, de que tan faltos se hallaban sus vecinos Estados.

Bajo la presidencia de Mora se concedió indulto general á los reos detenidos por delitos políticos, reintegrándose los bienes embargados; se estableció una Casa de moneda; creóse en San José una escuela pública; se pidieron á la Federación 800.000 pesos para invertirlos en máquinas agrícolas, y se fundaron hospitales y obras benéficas en diversos puntos de la República.

En recompensa á los meritorios servicios prestados por tan esclarecido patricio al terminar su segundo período, acordó la legislatura colocar el retrato de Mora en el salón de sesiones de la Asamblea, como testimonio del agradecimiento de la Patria.

Elegido vicepresidente durante el mando de Gallejos, y posteriormente de Aguilar, actuó como jefe accidental de Costa Rica durante las ausencias de dichos Presidentes, hasta que la revolución llevada á cabo por Carrillo le obligó á abandonar la política, desempeñando hasta su muerte, ocurrida en 16 de Diciembre de 1854, el cargo de regente del Tribunal Supremo de la República.

CARLOS URBEZ

Lea usted los miércoles **MUNDO GRAFICO**

Remington UMC
Rifles y Cartuchos
Calibre 22

Los rifles calibre 22 son mas usados universalmente que cualquier otro. Es este el calibre que usan los jóvenes para aprender a tirar—los adultos lo emplean para el tiro al blanco y la caza—es el arma que usan en todo el mundo los clubs de rifle de pequeño calibre.

Remington UMC
'La Marca Preferida'

Se enviará gratis a quien lo solicite, catálogo especial que cita varios modelos de un solo tiro y de repetición, con información interesante respecto al tiro. Se ruega al interesado que escriba su dirección con claridad.



THE REMINGTON ARMS UMC COMPANY
233 Broadway Nueva York

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la **LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID



FOSFATINA FALIÈRES

Incomparable alimento para los niños. Todos los médicos de niños lo recomiendan a causa de las científicas cualidades de su preparación. Las madres de familia lo dan a sus chiquitines para que se pongan sólidos y resistentes; a los niños les gusta, porque la Fosfatina Falières, asociada con leche, forma una papilla de exquisito gusto.

Empléase principalmente en la época del destete y durante el crecimiento. De fácil digestión, conviene a todos los estómagos delidados.

Cuidado con las imitaciones y exijan la gran marca: **FOSFATINA FALIÈRES**

PARIS, 6, Rue de la Tacherie y Pharmacias.

CALVACHE

FOTÓGRAFO

Carrera de San Jerónimo, 16

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



Se rompen muchos espejos porque dicen la verdad. De las que usen PECA-CURA ninguna lo romperá.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCÍO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).



LA BIEN PAGADA

ÚLTIMA NOVELA DE

“El Caballero Audaz”

:: EN TODAS LAS LIBRERÍAS ::

Misterios de la Policía y del Crimen

:: PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN ::

USE Ud
la
Magnesia Efervescente
DEL
Dr. Frigo
QUE ES
LA MAS
ACREDITADA
DE ESPAÑA

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTICULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas a nuestros representantes debidamente autorizados.

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS